

Esta primera novela de un estudiante japonés de veinticuatro años fue galardonada con el prestigioso premio Akutagawa.

Los protagonistas, chicos y chicas en su mayoría jovencísimos, de esta novela viven cerca de una base norteamericana, consumiendo toda clase de drogas, yendo a conciertos de rock, organizando orgías para los soldados yanquis, todo ello sin aparente pasión ni placer. Con emblemática pasividad, se deslizan hacia la autodestrucción, como resultado no sólo de su situación presente, sino de un futuro bloqueado.

Ryu Murakami

**Azul casi transparente**

Título original: *Kagirinaku tomei ni chikai buru*

Ryu Murakami, 1976

Traducción: Jorge G. Berlanga

No era el sonido de un avión. Era el zumbido de un insecto, en algún lugar detrás de mi oreja. Más pequeño que una mosca, revoloteó por un momento ante mis ojos, luego desapareció en un oscuro rincón de la habitación.

Sobre la blanca y redonda superficie de la mesa, que reflejaba la luz del techo, había un cenicero de cristal. Un largo y fino cigarrillo, manchado de pintura de labios, se consumía en él. Cerca del borde de la mesa había una botella de vino en forma de pera, con una foto de una mujer rubia en su etiqueta, su boca llena de uvas del racimo que sostenía en su mano. La luz roja del techo se reflejaba, temblorosa, en la superficie de un vaso de vino. Los pies de las patas de las mesas desaparecían sumergidas en la espesa pelambre de la alfombra. Frente a mí había un gran tocador. La espalda de la mujer, allí sentada, estaba rociada de sudor. Extendió su pierna y se quitó una media negra.

—Eh, alcánzame esa toalla, la rosa, ¿vale? —dijo Lilly, lanzándome la media hecha un ovillo. Acababa de volver del trabajo. Cogió la colonia y se puso un poco en la frente, que relucía de grasa.

—¿Entonces qué pasó? —me preguntó frotándose la espalda con la toalla, mientras me miraba.

—Bueno, ya sabes, pensé que dándole un poco de trago se calmaría, y además había fuera otros dos tíos en el coche, todos colocados de pegamento, ya sabes, así que pensé en darle algo de beber. Estaba volado y buscaba tías.

—Ese tío es coreano.

Lilly se estaba quitando el maquillaje. Se frotó la cara con una bola de algodón, bien empapada de un líquido de olor penetrante. Se inclinó para mirarse en el espejo y se quitó las pestañas postizas; parecían las aletas de un pez tropical. Cuando tiró el algodón, estaba manchado de rojo y negro.

—Ken apuñaló a su hermano, creo que era su hermano, pero no murió y apareció por el bar un poco más tarde.

Miré la bombilla a través del vaso de vino. En el interior de la lisa esfera de cristal el filamento era de color naranja oscuro.

—Dijo que habías hablado de mí, así que ten cuidado ¿de acuerdo Lilly? No hables demasiado con tíos de esa calaña.

Lilly acabó el vaso de vino, colocado entre las barras de labios, cepillos y diferentes frascos y cajas en el tocador, y luego frente a mí se quitó sus pantalones dorados de lame. El elástico dejó una marca en el vientre. Se decía que Lilly había sido modelo, alguna vez.

En la pared había colgada una foto suya enmarcada, con un abrigo de piel. Me contó que era de chinchilla y que costaba no sé cuántos miles.

Un día que hacía frío había venido a mi habitación, su cara reflejaba una palidez cadavérica; se había chutado demasiado Philopon. Con los labios cuarteados, temblando violentamente se derrumbó tan pronto como abrió la puerta.

«Oye, me puedes quitar el esmalte de las uñas, está todo pringoso, es asqueroso». Recuerdo perfectamente que me dijo algo así mientras la ayudaba a levantarse. Aquella vez llevaba un vestido muy escotado por detrás y estaba tan empapada de sudor que hasta su collar de perlas estaba resbaladizo. Mientras le limpiaba las uñas de las manos y los pies con aguarrás porque no había disolvente de esmalte, ella decía en voz muy baja: «Lo siento, tuve un mal día en el trabajo». Mientras sostenía su tobillo y le limpiaba las uñas del pie, Lilly tenía su mirada fija en la ventana, respirando pesadamente. Deslicé mi mano por debajo de su vestido y sentí el sudor frío en el interior de sus muslos mientras la besaba y le bajaba las bragas. Sentada en la silla, con las piernas extendidas y con las bragas colgándole de un pie, Lilly dijo entonces: «Me gustaría ver la televisión, sabes, ponen una película vieja con Marión Brando, una de Elia Kazan». El sudor con aroma de frutas en mis palmas tardó mucho en secarse.

—Ryu, anteaer te chutaste morfina en casa de Jackson, ¿verdad?

Lilly estaba pelando un melocotón que había sacado del refrigerador. Estaba hundida en el sofá con las piernas replegadas. Rechacé el melocotón.

—¿No recuerdas una chica que había allí, con una blusa roja y una falda corta, con buena pinta, con un buen culo?

—No sé, había tres chicas japonesas. ¿Te refieres a la del peinado afro?

Desde donde estaba sentado, podía ver la cocina. Un bicho negro, quizás una cucaracha, se arrastraba alrededor de los platos sucios apilados en el fregadero. Lilly hablaba mientras se limpiaba el jugo de melocotón derramado en sus muslos. Balanceaba una zapatilla en el pie; se adivinaban sus venas, rojas y azules. Siempre me han parecido adorables, vistas a través de la piel.

—Así que estuvo por ahí revolcándose, la muy zorra, no fue al trabajo, dijo que estaba enferma, pero se pasó todo el día vacilando con tíos como tú. ¡Vaya golfa! ¿Se chutó también?

—Jackson no lo permitiría. Dice siempre que las chicas no deben hacerlo, sería tirar la mercancía... ¿Así que trabaja donde tú, eh? Desde luego se rió mucho; fumó demasiado y se rió mucho.

—¿Crees que la despedirán?

—¿Sabe manejar a los clientes, no?

—Sí, bueno, con un culo así no es difícil.

La cucaracha había metido su cabeza en un plato cubierto con globos de ketchup; su dorso estaba reluciente de grasa.

Cuando aplastas cucarachas, sale un jugo de diferentes colores. Las tripas de ésta debían estar llenas de rojo.

Una vez, cuando aplasté una cucaracha que andaba sobre una paleta de pintor, salió un líquido color violeta. No había pintura violeta en la paleta, pensé que el azul y el rojo debían haberse mezclado en su minúscula tripa.

—¿Entonces que pasó con Ken?

—Oh, le dejé pasar y le dije que no había chicas, que si quería beber algo, pero él dijo perdona, dame una coca, ya estoy colocado. Casi se disculpó.

—¿Qué idiota, no?

—Los tíos que esperaban en el coche agarraron una puta que pasaba por allí, era bastante vieja.

El maquillaje que quedaba en las mejillas de Lilly relucía débilmente. Echó el hueso del melocotón en el cenicero, se quitó las horquillas dejando suelto su pelo teñido y empezó a cepillárselo con lentitud, un cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

—La hermana de Ken que trabajaba donde yo, hace bastante tiempo, era bastante lista.

—¿Lo dejó?

—Parece que volvió al campo, dijo que su casa estaba en algún sitio por el norte.

Su pelo cobrizo se enrollaba alrededor del cepillo. Después de alisar la abundante mata de cabello, se levantó como si acabara de recordar algo y sacó de un cajoncito una caja plateada que contenía una delgada jeringa. Sostuvo en alto un frasquito marrón, a contraluz, para ver cuánto quedaba, cogió la cantidad precisa de líquido con la jeringa y se inclinó para pincharse en el muslo. Su otra pierna temblaba ligeramente. Supongo que metió la aguja demasiado hondo, porque cuando la sacó un estrecho reguero de sangre corrió hasta su rodilla. Lilly se frotó las sienes y se limpió la saliva de las comisuras de la boca.

—Lilly, tienes que esterilizar esa jeringa cada vez que la usas.

Sin responder, se tumbó en la cama en un rincón de la habitación y encendió un cigarrillo. Las gruesas venas de su cuello se movían mientras expulsaba el humo débilmente.

—¿Quieres chutarte, Ryu? Todavía queda algo.

—Hoy no, tengo algo también en mi casa y van a venir unos amigos.

Lilly se incorporó hacia la mesilla de noche, cogió un ejemplar de *La Cartuja de Parma* y empezó a leer. Echaba humo en la página abierta, parecía ir a la caza de palabras con una pacífica expresión impasible.

—Desde luego, tú lees en los momentos más extraños, Lilly, qué tía —dije, recogiendo la jeringa que se había caído del tocador, rodando por el suelo. Ella dijo:

—Sí, es cojonudo —con una voz que se resistía a abandonar su pastoso abrazo con la lengua.

Había sangre en la punta de la jeringa. Cuando entré en la cocina para lavarla, la cucaracha estaba todavía atareada con los platos del fregadero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lilly, rascándose la sangre de su muslo con la uña—. Eh, ven aquí —su voz era muy dulce.

Enrollé un periódico y, con cuidado de no romper los platos, le aticé al bicho cuando salió del fregadero.

El jugo de la cucaracha era amarillo. Aplastada en el borde de formica, se quedó allí plantada, con las antenas todavía agitándose débilmente.

Lilly se quitó las bragas, me volvió a llamar. *La Cartuja de Parma* se había deslizado hacia la alfombra.

Un olor agrio llenaba mi habitación, provenía de un trozo de ananás que había sobre la mesa. Me era imposible recordar cuándo lo había empezado. El extremo del corte se había puesto negro, completamente podrido, y su dulce jugo se había quedado totalmente solidificado en el plato.

Okinawa se disponía a chutarse, la punta de su nariz relucía sudorosa. Mirándolo, pensé que era realmente una noche de calor pegajoso, como acababa de decir Lilly. Ésta se derrumbó sobre la cama húmeda, y dijo:

—Oye, ¿no tienes calor? Hoy hace calor a tope.

—Eh, Ryu, ¿a cuánto te ha salido este caballo? —me preguntó Reiko, mientras sacaba un disco de los Doors de una bolsa de cuero. Cuando le dije que 10 dólares, Okinawa dijo casi gritando:

—Oh, joder, es más barato que en Okinawa.

Calenté la aguja de la jeringuilla con el mechero. Después de esterilizarla con un algodón empapado en alcohol, sopló por ella un par de veces, para cerciorarse de que el agujero no estaba obturado.

—Sabes, me ha extrañado ver las paredes y el cagadero y todo lo demás tan limpio en la comisaría de Yotsuya, sabes, él hijoputa de guardia era un bocazas. Se pasaba el tiempo haciendo chistes tan idiotas como: «Esto es mejor que el dormitorio de la policía», y un viejo le lamía el culo riéndose a carcajadas, a mí me dio la depre.

Los ojos de Okinawa eran de un color amarillento, como turbio. Bebía un licor de extraño aroma, como si fuera leche, y ya estaba bastante borracho cuando llegó a mi casa.

—¿Estuviste de verdad en un centro de desintoxicación? —le pregunté a Okinawa, mientras abría la papelina de aluminio donde guardaba la heroína.

—Sí, mi viejo me metió allí, un típico centro yanqui para drogadictos, porque el tío que me detuvo era un policía militar, ¿sabes? Primero me internaron en aquel sitio y luego me volvieron a mandar aquí. Oye, Ryu, América es realmente avanzada, sabes, a mí de verdad me impresionó.

Reiko, que había estado mirando la funda del disco de los Doors, intervino:

—Oye, Ryu, ¿no te parece acojonante que te chuten morfina todos los días? A mí también me gustaría que me metieran en algún centro yanqui.

Picó la heroína de los bordes de la papela con una cuchilla, luego Okinawa dijo:

—Mierda, ya te lo he dicho, los que se chutan en plan aficionado como tú no pueden entrar; sólo dejan entrar a yonquis de verdad, tíos como yo, ¿entiendes? Sólo los adictos de



verdad, con marcas de aguja en los dos brazos, ¿entiendes? Había allí una enfermera que se llamaba Yoshiko, bastante sexy, sabes, que me pinchaba en el culo todos los días. Yo sacaba el culo así, ¿ves? Y mientras yo miraba por la ventana a la gente de fuera, que jugaban a voleibol y estas pijadas, ella me la metía en todo el culo, ¿entiendes? Pero yo estaba tan colgado que mi polla estaba tan pequeña que ni se veía, y no quería que aquella nenita se diera cuenta. Aparte que puedo con las tías con esos culazos... como el de Reiko, mira.

Reiko gruñó algo enojada, dijo que quería algo de beber, fue a la cocina y abrió la nevera.

—¿No hay nada?

Okinawa señaló el ananás de la mesa y dijo:

—Toma un poco de esto, sabe a hogar, dulce hogar.

—Okinawa, de verdad eres asqueroso. ¿Qué me dices de esa ropa, eh? ¡Apesta! —dijo Reiko mientras bebía leche mezclada con agua, pasándose un cubito de hielo por la mejilla. Luego prosiguió:

—Yo también voy a ser una yonqui dentro de poco. Será un milagro si no me vuelvo tan adicta como Okinawa después de que nos casemos, viviremos enganchados los dos juntos, ¿no? Y luego me gustaría que lo fuésemos dejando poquito a poco.

—¿Pasaréis vuestra luna de miel en un centro de desintoxicación? —pregunté riendo.

—Oye, Okinawa, eso es lo que haremos, ¿vale?

—Eso está bien, es lo que tenéis que hacer, poner juntos vuestros culos, cojonudo, y que os pinchen morfina mientras os vais diciendo te quiero.

Okinawa se rió un poco y dijo:

—Mierda, dejad de distraerme —y con una servilleta secó la cuchara que había estado lavando con agua caliente; una cuchara de acero inoxidable con el mango doblado como un arco.

Con la cuchilla, puso un poco de heroína, más o menos del tamaño de una cabeza de cerilla, en el centro de la cuchara.

—Eh, Reiko, si ahora estornudas o haces alguna coña, te machaco ¿entiendes?

Colocó la aguja en una jeringuilla de un centímetro cúbico. Reiko encendió una vela. Con la jeringa, echó cuidadosamente un poco de agua, gota a gota, sobre la heroína,

en la cuchara.

—Oye, Ryu, ¿vas a organizar otra fiesta? —me preguntó Okinawa, secándose los dedos algo mojados en los pantalones.

—Sí, bueno, esos tíos negros me lo han pedido.

—¿Y tú vas a ir a la fiesta, Reiko?

Ella dobló la papela con el resto de la heroína. Mirándome, dijo:

—Sí, pero sólo un rato a tomar una copa.

—Mira, no quiero que cojas un pedo y te jodas a algún negro, ¿vale?

Puso la cuchara encima de la vela. En un instante, la solución se puso a hervir. Espuma y vapor salían del interior de la cuchara, la parte inferior se tiznó de negro. Okinawa apartó lentamente la cuchara de la llama y sopló para enfriarla, como si le fuera a dar sopa a un niño.

—En la clínica, sabes —empezó a decir, mientras cogía una pequeña tira de algodón—, en la clínica, sabes, me empezó a entrar un monazo ¿entiendes? Tenía estas pesadillas, sabes, no las recuerdo muy bien, pero recuerdo que vi a mi hermano mayor, yo soy el cuarto, él era el mayor, yo nunca llegué a conocerle, murió luchando en Oroku, ni siquiera había una foto suya en casa, sólo un mal retrato que mi viejo había pintado y clavado en el altar familiar, pero de todos modos mi hermano mayor aparecía en mis sueños. ¿No es extraño? ¿No te parece demasiado?

—¿Y te decía algo?

—No, bueno, ahora no me acuerdo.

Después de echar la bolita de algodón enrollado en la solución ya fría, metió la punta de la aguja en el centro de la bola empapada. Se oyó un ligero ruido, parecido al de un bebé sorbiendo leche. El líquido transparente llenó el fino tubo de cristal. Cuando acabó, Okinawa se pasó la lengua por los labios y empujó el émbolo para expulsar las burbujas de aire.

—Oye, déjame hacerlo, yo te chutaré, Ryu. Yo se lo hacía a todo el mundo en Okinawa —dijo Reiko. Se había subido las mangas.

—¡Mierda, no! —dijo Okinawa—. Ya echaste a perder cien dólares aquella vez. Sabes, no es lo mismo que preparar bolas de arroz para una excursión ni esas coñas. Jódete. Toma, ata el brazo de Ryu con esto.

Reiko hizo una mueca y le lanzó una mirada furiosa, mientras cogía la cinta de cuero

y me hacía un torniquete en el brazo izquierdo. Cuando apreté el puño, una gruesa vena asomó en mi brazo. Okinawa frotó con alcohol dos o tres veces, antes de clavar la punta de la aguja en la vena palpitante. Cuando abrí el puño, una nube de sangre casi negra subió por el cilindro. Diciendo «Heyheyhey», Okinawa apretó con calma el émbolo, y la heroína y la sangre entraron juntas en mi cuerpo.

—Bueno, así se hace. ¿Qué tal?

Okinawa sacó la aguja, riendo. En el instante en que la aguja salió mi piel se estremeció, el caballo ya me había llegado a las puntas de los pies y golpeado mi corazón con un choque sordo. Delante de mis ojos parecía crecer una especie de blanca neblina y apenas podía distinguir la cara de Okinawa. Me puse la mano en el pecho y me levanté. Quería aspirar profundamente, pero no podía, mi ritmo respiratorio estaba alterado. Mi cabeza estaba embotada como si me hubiese golpeado, y tenía la boca tan seca que parecía a punto de arder. Reiko me cogió del hombro derecho para sostenerme. Mientras intentaba tragar la poca saliva que aún quedaba en mis reseca encías, me sacudió una náusea que parecía subir desde los pies, agitando todo mi cuerpo. Me caí atontado sobre la cama.

Reiko me zarandeó, inquieto:

—Eh, ¿no crees que has puesto demasiado? Él no es un tío que se chute mucho, eh mira, está muy blanco. ¿Tú crees que está bien?

—No le he puesto tanto, no se va a morir ¿vale? Trae este cacharro, seguro que vomita.

Enterré mi rostro en la almohada. Aunque mi garganta estaba como una lija, la saliva se formaba sin parar, yo babeaba y, cuando trataba de tragarla, violentas náuseas me sacudían el estómago.

Aunque trataba de respirar lo más hondo posible, aspiraba muy poco aire, y parecía que no entrase por mi boca o por mi nariz, sino por un minúsculo agujero de mi pecho. Mis caderas estaban demasiado pesadas para moverse. A intermitencias, un fuerte dolor me apretaba el corazón, parecía como si lo estrangulara. Las venas de mis sienes retumbaban. Cuando cerraba los ojos, sentía pánico, como si cayese a una velocidad terrible por un tobogán interminable. Húmedas caricias cosquilleantes recorrían todo mi cuerpo, y empecé a derretirme como queso en una hamburguesa. Como gotas de aceite en el agua de una probeta, distintas áreas de frío y calor flotaban por mi cuerpo sin mezclarse. Oleadas de fiebre recorrían mi cabeza y mi garganta, mi corazón y mi polla.

Traté de llamar a Reiko, mi garganta se atrancó, no salía ningún sonido. Acababa de pensar que quería un cigarrillo, por eso quería llamar a Reiko, pero cuando abría mi boca, mis cuerdas vocales sólo temblaban y dejaban escapar un extraño sonido sibilante. Podía oír el sonido de un reloj cerca de Okinawa y Reiko. El tictac uniforme sonaba en mis oídos con una extraña dulzura. Apenas podía ver. En la parte derecha de mi campo de visión, brumoso como un difuso reflejo sobre el agua, un foco centelleante hería mi mirada.

Mientras pensaba que debía ser la vela, Reiko se inclinó sobre mi cara y me cogió la muñeca para tomarme el pulso, luego le dijo a Okinawa.

—No está muerto.

Moví mi boca desesperadamente. Levantando un brazo pesado como el plomo toqué el hombro de Reiko y susurré:

—Un pitillo. Pásame un pitillo.

Reiko me puso un cigarrillo encendido entre los labios, mojados de saliva. Se volvió hacia Okinawa y dijo:

—Oye, mira los ojos de Ryu, parece asustado como un niño pequeño ¿verdad? Está temblando, ¿lo ves? Es realmente patético, eh, mira, ¡si está llorando!

El humo me arañaba los pulmones como un animal vivo. Okinawa me cogió de la barbilla y me levantó la cara para examinarme las pupilas, luego le dijo a Reiko.

—Eh, ha estado cerca, ha tenido suerte, si llega a pesar unos cuantos kilos menos la palmaba.

Los rasgos de su cara estaban difuminados, como el sol a través de una sombrilla, cuando estás tendido en la playa, en verano. Tenía una sensación como de haberme transformado en una planta. Plegando mis hojas grisáceas al anochecer, sin florecer jamás, sólo esparciendo esporas con el viento, una planta tranquila, como un helecho.

Se apagó la luz. Pude oír a Okinawa y Reiko, desvistiéndose. El sonido del disco creció. *Soft Parade*, los Doors. Y entre los acordes me llegaba el ruido de revolcones en la alfombra y los sofocados gemidos de Reiko.

La imagen de una mujer arrojándose desde un alto edificio flotaba en mi mente. Con la cara descompuesta por el terror miraba con ojos desorbitados al cielo que subía, subía. Movía brazos y piernas como para nadar, tratando de elevarse de nuevo. Sus cabellos se soltaban y ondulaban tras su cabeza como una mata de algas. Los árboles de las calles, los autos, la gente, se hacían cada vez mayores, su nariz y labios se deformaban por la presión del viento, la escena en mi mente era como las pesadillas que te inundan de sudor en pleno verano. Lo que yo veía era una película en blanco y negro y a cámara lenta... los movimientos de la mujer, cayendo desde el edificio.

Reiko y Okinawa se levantaron, empapados, se secaron el sudor el uno al otro y encendieron de nuevo la vela. Yo aparté mis ojos de la luz. Hablaban en voz tan baja que escapaba a mis oídos. De vez en cuando me sentía sacudido por calambres y náuseas. Las náuseas venían por oleadas. Mordiéndome los labios, agarrándome a la sábana, pasaba el trago, y cuando paraban las náuseas, después de haber llegado hasta los labios, sentía un placer tan fuerte como el sexual.

—¡Okinawa, maldito cabrón!

La voz aguda de Reiko resonó, acompañada de un ruido de cristales rotos. Uno de los dos se echó en la cama y el colchón se fue para abajo, estuve a punto de caer. El otro, sin duda Okinawa, escupió una palabra: «¡Mierda!», abrió violentamente la puerta y se fue. La vela se apagó con la corriente de aire y oí bajar a alguien por la escalera de hierro.

En la oscuridad de la habitación sólo se oía el sonido apagado de la respiración de Reiko, y entonces comencé a desvanecerme mientras luchaba contra la náusea. Un olor igual que el del ananás podrido, el mismo olor dulzón, exactamente, que el de los jugos de esta chica de sangre mestiza, Reiko. Recordé la cara de cierta mujer, que había visto, hacía tiempo, en una película o en un sueño: largos dedos delgados, largos pies estrechos, dejando deslizar su vestido desde los hombros muy lentamente, tomando una ducha detrás de una mampara transparente; luego, gotas de agua cayendo de su mentón agudo, y ella mirándose, adentrándose en el reflejo de sus ojos verdes frente a un espejo. Una mujer blanca.

El hombre que andaba delante de nosotros miró hacia atrás y se detuvo, luego arrojó un cigarrillo al agua que corría bajo el bordillo de la acera. Agarrando firmemente su muleta de duraluminio, muy nueva, con la mano izquierda, se puso otra vez en movimiento. El sudor le caía por la nuca, y por el modo cómo se movía, pensé que debía haberse dañado la pierna recientemente. Su brazo derecho, muy rígido, parecía pesar una tonelada. Andaba arrastrando los pies, dejando un largo rastro rectilíneo detrás suyo.

El sol estaba alto. Caminando, Reiko se quitó la chaqueta que llevaba sobre los hombros. El sudor empapaba la apretada blusa pegándosele al cuerpo.

Parecía cansada, como si no hubiera dormido la noche anterior. Enfrente del restaurante le propuse comer algo. Ella movió la cabeza sin responder.

—No entiendo a Okinawa... Quiero decir que ya no había tren a la hora en que se fue, pero se largó de todos modos.

—Ya está bien, Ryu, ya he tenido bastante —dijo Reiko suavemente. Cogió una hoja de un álamo de la calle.

—Oye, ¿cómo se llama esta cosa, aquí, eso que parece una línea, lo sabes?

El envés de la hoja estaba polvoriento.

—¿No es un nervio?

—Sí, eso es, un nervio... Yo estudiaba biología en el bachillerato y llené un cuaderno con hojas de éstas. Le puse un producto químico, no me acuerdo como se llamaba, y lo dejó todo blanco y disolvió las hojas, dejando sólo los nervios, preciosos.

El hombre de la muleta se sentó en el banco de la parada de autobús y miró el horario. «Hospital Municipal de Fussa», decía el cartel de la parada. El gran edificio del hospital estaba a la izquierda, y en su jardín central, en forma de abanico, había unos diez pacientes en bata haciendo ejercicios, bajo la dirección de una enfermera. Todos llevaban gruesos vendajes en los tobillos, y giraban las caderas y las cabezas a un tiempo, a golpe de silbato. La gente que iba al hospital los contemplaba al pasar.

—Oye, me voy a pasar por tu bar hoy, quiero hablarles a Moko y a Kei de la fiesta. ¿Crees que estarán allí?

—Seguro, vienen todos los días, así que vendrán hoy también... Oye, me gustaría mucho enseñártelo.

—¿El qué?

—Ese cuaderno con todas las hojas. En Okinawa hay mucha gente que colecciona insectos, porque en ningún sitio hay mariposas tan bellas como las de allí, pero yo hice un

cuaderno de nervaduras de hojas, sabes, y el profesor dijo que era realmente bueno, y por ello conseguí un premio e hice un viaje a Kagoshima. Todavía lo guardo en mi escritorio. Lo conservo con mucho cuidado, me gustaría enseñártelo, de veras.

Cuando llegamos a la estación, Reiko dejó caer la hoja de álamo. El techo que cubría el andén resplandecía con destellos plateados y yo me puse mis gafas de sol.

—Ya estamos en verano, hace calor a tope.

—¿Eh? ¿Qué?

—Nada, dije que ya estamos en verano.

—En verano hace más calor —Reiko se quedó mirando los raíles, en silencio.

Mientras bebía vino en la barra, pude oír el sonido de alguien masticando una píldora de Nibrole en una esquina del bar.

Después de cerrar más pronto que de costumbre, Reiko había puesto sobre la mesa unas doscientas píldoras de Nibrole. Kazuo dijo que las había ligado en una droguería en Tachikawa.

—¡Esta noche es la fiesta antes de la gran fiesta! —anunció a todo el mundo.

Reiko se puso de pie encima de la barra, se quitó las medias mientras bailaba al ritmo de la música, se acercó hasta mí, se agachó y me metió la lengua, oliendo a píldoras, en la boca.

Yo acababa de tener un vómito oscuro y sanguinolento; me tumbé en el sofá, sin moverme.

Yoshiyama, —echando hacia atrás con la mano su largo pelo negro, gotas de agua cayéndole por la barba—, estaba hablando con Moko. Ésta me miró, sacándome la lengua y guiñándome un ojo:

—Eh Ryu, cuánto tiempo, ¿tienes algo para mí? ¿Algo de hash o cualquier otra cosa?

Yoshiyama, vuelto hacia mí escuchaba, riéndose. Acodado en la barra, dejaba colgar sus pies, con sandalias de goma. Me picaba la lengua de tanto fumar. El vino barato me irritaba la garganta.

—¿Eh, no tienes un vino más suave?

Kei le estaba contando a Kazuo cómo había ido a Akita para trabajar como modelo de desnudos, pero él parecía idiotizado por el Nibrole. Bebiendo whisky directamente de la botella, metiéndose cacahuetes uno por uno en la boca, ella decía:

—Así que allí estaba yo, desnuda y atada en el escenario, era espantoso, ¿eh, Kazuo?, atada con una soga de pies y manos. ¿No te parece horroroso?

Kazuo no le prestaba la menor atención. Estaba mirándome a mí por el visor de su Nikomat, de la que decía que «era más preciosa que la vida misma».

—Hey, escucha cuando la gente te habla.

Con un empujón en la espalda, Kei tiró a Kazuo del taburete al suelo.

—Eh, coño, no seas bestia —dijo él—, no tiene puta gracia. ¿Y si la hubieras roto?

Kei le hizo un gesto de desprecio, se quitó la blusa y empezó a bailar y a morrearse



con todo el que se le ponía delante.

Quizás a causa de la heroína del día anterior, me sentía colgado y no quise ninguna pastilla de Nibrole. Moko se me acercó.

—Hey, Ryu, ¿te quieres venir al bote conmigo? Yoshiyama me ha calentado y estoy toda mojada.

Llevaba un vestido de terciopelo rojo y un sombrero, y el espeso maquillaje bajo sus ojos era también rojo.

—Di, Ryu, ¿no te acuerdas de cuando me la metiste en el lavabo de la discoteca?

Sus ojos estaban vidriosos y desenfocados. La punta de su lengua se asomó entre sus labios y su voz era como azúcar fundido.

—¿Eh, no te acuerdas? Me metiste una mentira, dijiste que habían venido los polis y que teníamos que escondernos. Y me metiste contigo en aquella especie de bote de la discoteca, «Soul-tat», ¿te has olvidado?

—¡Oh, guau, primera noticia, Ryu! ¿Ocurrió así? Eres todo un semental ¿no? Aunque tengas esta cara de travestí haces estas cosas ¿eh? Primera noticia.

La voz de Yoshiyama era muy aguda. Dejó caer la aguja en el disco.

—¿De qué estás hablando, Moko? Para de decir chorradas ¿vale? Se lo ha inventado ella, Yoshiyama —le dije.

De golpe, estrépito: Mick Jagger se enrolla. Era una canción muy vieja, *Time is on My Side*. Moko me colocó una pierna sobre las rodillas y dijo con voz de borracha:

—Odio mentir, Ryu, no mientas tú, aquella vez me corrí cuatro veces, cuatro veces ¿sabes? De qué me voy a olvidar.

Reiko se levantó, con la cara de un pálido verdoso, murmurando:

—¿Qué hora es? ¿Qué hora es?

Sin dirigirse a nadie en particular, ella se acercó a la barra, cogió el whisky de la mano de Kei, bebió un buen trago, volvió a toser violentamente.

—Eres idiota, Reiko, échate y sé una buena chica.

Kei le quitó el whisky sin contemplaciones, limpió la fijaba de Reiko con la mano y tomó otro trago de la botella. Cuando Kei la empujó, Reiko se derrumbó en el sofá, luego se volvió hacia mí y dijo:

—Eh, no arméis tanta bulla, los tíos del piso de arriba me la quieren buscar. Son unos cabrones, llamarán a la policía. ¿No podéis bajarlo un poco?

Al inclinarme hacia los mandos para bajar el volumen, Moko dio un salto como un ratón, cayó sobre mí, me apretó el cuello con sus fríos muslos.

—Hey, Moko, ¿tantas ganas tienes de joder con Ryu? Más que conmigo, ¿no? Yo siempre a tu servicio —oí la voz de Yoshiyama detrás mío.

Pellizqué muy fuerte los muslos de Moko. Ella dio un grito y cayó al suelo.

—¡Idiota, gilipollas, Ryu, eres un gilipollas, ni siquiera te levanta, estoy segura de que no puedes, ya me han dicho que esos negros te dan por el culo. Y estás relleno de droga!

Quizás porque le resultaba demasiado difícil levantarse, Moko se quedó tumbada donde había caído, riéndose, tratando de clavarme en las piernas sus tacones puntiagudos.

Reiko apretó la cara contra el sofá y dijo en voz baja:

—Oooh, me quiero morir, me duele el pecho, eh, me duele mucho el pecho, yo me quiero morir.

Kei miró por encima de la funda de los Stones que había estado leyendo y fijó sus ojos en Reiko.

—Bueno, ¿por qué no vas y te mueres entonces? Oye, Ryu, ¿no tengo razón? La gente que quiere morir sólo tiene que morirse sin dar el coñazo a los demás. Es una lata tener a esta tía todo el rato dando el coñazo.

Kazuo ajustó el flash de su Nikomat y sacó una foto de Kei. A la luz del flash, Moko, tumbada en el suelo, levantó la cabeza.

—Oye, Kazuo, para ya, deja de hacer fotos sin avisar. Yo soy una profesional y poso por pelas, tengo mi tarifa. Esta mierda de flash me pone histérica, odio los fotógrafos, así que corta ya. Es por culpa de eso que no te tragan.

Reiko gimió de dolor, se dio media vuelta y vomitó. Preocupada, Kei corrió hasta ella, extendió un periódico, le limpió la boca y le dio un masaje en la espalda. Había muchos granos de arroz en el vómito; pensé en el arroz frito que habíamos cenado juntos aquella noche. La luz roja del techo se reflejaba en la superficie del vómito parduzco, sobre el periódico. Reiko, con los ojos cerrados, seguía musitando:

—Quiero irme a casa, quiero volver a casa, quiero irme allí.

Yoshiyama arrastró a Moko por los pies y mientras desabrochaba los botones

frontales de su vestido, intervino en el monólogo de Reiko:

—Sí, tienes razón, ahora es la mejor época del año para estar en Okinawa, sí.

Moko agarró la mano de Yoshiyama mientras él trataba de tocarle las tetas y luego le dijo a Kazuo con su voz almibarada:

—Hey, saca una foto. Salgo en esta revista de modas, *An-An*, en el número de este mes, como modelo. Y en color. Eh, Ryu, ¿la has visto?

Kei se secó el dedo, mojado de la saliva de Reiko, en sus vaqueros, y dejó caer la aguja en otro disco, *It's a Beautiful Day*. Los gemidos de Reiko servían de música de fondo. Kazuo, con las piernas espatarradas en el sofá, se echó hacia atrás y apretó el disparador de la cámara. La luz estalló relampagueante, yo me llevé las manos a los ojos.

—Eh, Kazuo, para ya, vas a gastar la batería.

Yoshiyama trató de besar a Kei, pero ésta lo rechazó de un empujón.

—¿Qué pasa contigo? ¿No decías ayer que estabas caliente como una burra? Cuando le diste de comer a la gata, dijiste, «Blackie, tú y yo estamos necesitando que nos jodan de verdad», ¿no? Eso es lo que dijiste, ¿no? ¡Venga ya, dame un beso!

Kei siguió bebiendo whisky en silencio.

Moko estaba posando delante de Kazuo. Se levantó el pelo por encima de la cabeza y le sonreía con toda la dentadura:

—Eh, Moko, lo que quiero es una sonrisa de verdad, no un anuncio de dentífrico.

Kei se puso a gritar a Yoshiyama:

—Me estás cabreando, déjame en paz, me pongo mala sólo con verte la cara. Esa chuleta de cerdo que has comido en la cena, ¿sabes que la he pagado con el dinero que me dio un granjero de Akita por un polvo? Me dio cien yens con su negra manaza, ¿te enteras?

Moko me miró y me sacó la lengua:

—Te odio, Ryu, eres un maldito perverso.

Sediento de agua muy fría, atacué el bloque de hielo con una piqueta y me herí en un dedo. Kei, que había estado bailando sobre la barra, ignorando a Yoshiyama, se agachó y me chupó la sangre que salía de la herida:

—Ryu, ¿has dejado la música?

Reiko se levantó del sofá y dijo:

—¡Hey, por favor, bajad el sonido de una vez!

Nadie se acercó al amplificador.

Con la parte delantera del vestido abierta, Moko se me acercó mientras yo apretaba una servilleta de papel en la herida del dedo y me preguntó, riéndose:

—Ryu, ¿cuánto te pagan esos negros?

—¿Huh? ¿Quieres decir para organizarles una fiesta?

—No; si Kei o yo lo hacemos con los negros, ¿cuánto crees que les podemos pedir? No estoy diciendo que vaya de tarifa, pero...

Sentada en la barra, Kei dijo:

—Anda, corta el rollo, Moko, es una conversación de modistilla. Si quieres dinero yo te presentaré a un tío de los buenos. Una fiesta no es para sacar dinero, es para divertirse.

Moko cogió la cadena de oro que me colgaba del cuello con un dedo y se rió con sarcasmo:

—¿Te lo ha regalado alguno de esos negros?

—Gilipollas, esto me lo dio una chica de mi clase en la universidad, el día de su cumpleaños. Toqué para ella *A Certain Smite*, le llegó al alma y me regaló esto. Era una tía rica, su padre tenía una empresa maderera. Y escucha, Moko, tienes que dejar de repetir tanto la palabra «negros» o te matarán, pueden entender bastante nuestro idioma. Si no te gusta el paño, no tienes por qué venir, ¿de acuerdo? Hay muchas otras chicas que quieren venir a nuestras fiestas.

Kei asintió, con la boca llena de whisky; Moko dijo:

—Oggh, no te enfades, sólo estaba bromeando —me abrazó—. Iré, ¿no lo hemos decidido ya? Esos negros son cojonudos, y nos darán algo de hash ¿no? —me metió la lengua en la boca.

Kazuo acercó la Nikomat casi hasta mi nariz y justo en el momento en que yo le gritaba «¡Quieto!» apretó el disparador. Como si me hubiera pegado un trompazo en la cabeza, todo se puso blanco delante de mis ojos. Me cegó. Moko batió palmas y aulló de risa. Yo me deslicé por la barra, casi me caí pero Kei me atrapó y pasó algo de whisky de su boca a la mía. Sabía a pintura de labios, espesamente aceitosa y aromática. El whisky con sabor a pintura de labios me abrasó la garganta.

—¡Hijaputa! ¡Para ya! ¿Vas a parar? —gritó Yoshiyama, arrojando al suelo el cómic que estaba leyendo.

—Kei, has besado a Ryu ¿no? ¿Por qué a él?

Dio un paso hacia nosotros y se cayó, derribando la mesa; se oyó el sonido de cristales rotos. Espuma de cervezas, cáscaras de cacahuetes rodando por el suelo. Reiko se levantó, sacudiendo la cabeza y chilló:

—¡Todo el mundo fuera! ¡Marcharos!

Frotándome la cabeza, me puse algo de hielo en la boca y me acerqué a ella.

—No te preocupes, Reiko, yo lo limpiaré todo luego, quedará bien.

—Ésta es mi casa. ¡Dile a todo el mundo que se vaya! Oye, Ryu, Ryu, tú puedes quedarte, pero diles a los demás que se vayan de aquí.

Ella me apretó la mano.

Yoshiyama y Kei se miraban el uno al otro como si fueran a pegarse.

—¿Eh, así que besas a Ryu en vez de a mí, no?

Kazuo dijo tímidamente:

—Yoshiyama, yo tengo la culpa, no es como tú te crees, yo estaba con la cámara y el flash, cegué a Ryu y ha estado a punto de caerse, así que Kei le dio un poco de whisky, ya sabes, como medicina.

Yoshiyama dijo agriamente:

—Lárgate —empujando a Kazuo tan violentamente que casi se le cae la Nikomat.

—¿Eh, qué haces? —dijo Kazuo.

Entre los brazos de Kazuo, Moko murmuró:

—Joder, esto es una completa idiotez ¿no?

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —Kei hizo sonar su zapatilla contra su pie.

Con los ojos hinchados de llorar, Reiko me tiró de la manga y dijo:

—Oye, consígueme un poco de hielo.

Envolví un poco en una servilleta de papel y se la puse en la frente. Kazuo se volvió hacia Yoshiyama, que seguía de pie con los ojos clavados en Kei, y apretó de nuevo el disparador. Yoshiyama casi le dio un puñetazo. Moko se rió con fuerza.

Kazuo y Moko dijeron que se iban a refrescar.

—Creo que nos vamos a ir un rato a la casa de baños —dijo Moko.

—Eh, Moko, mejor que te abroches el vestido o algún calentorro te meterá mano. Y acuérdate de estar mañana a la una en la estación de Koenji, así que no llegues tarde.

—Ya lo sé, pervertido, no me olvidaré de nada —respondió Moko riéndose—. Me voy a vestir como una reina.

Kazuo se arrodilló en el suelo y me tiró una vez más una foto. Un borracho que pasaba por allí se dio la vuelta gruñendo por la luz del flash.

Cuando volví, Reiko temblaba de pies a cabeza. La servilleta de papel había caído al suelo y el hielo estaba prácticamente derretido.

—¿Quieres que te diga cómo me siento? Pues bien, no me interesa para nada seguir con un tipo como tú, Yoshiyama. Y no tengo por qué acostarme contigo ¿vale? —Echando el humo del cigarrillo hacia arriba, Kei le hablaba lentamente a Yoshiyama—. Así que para de chulearme, simplemente para. A mí no me importa si rompemos, puede que a ti no te guste, pero yo me quedaré tan pancha. Bueno, anda, ¿quieres beber otra copa? Celebramos la fiesta de mañana ¿no es verdad, Ryu?

Me senté junto a Reiko. Cuando le puse la mano en la nuca, su cuerpo se estremeció ligeramente y algo de saliva le cayó por un extremo de la boca.

—Kei, deja de hablar como una puta. No me gusta que hables así, así que corta ¿vale? —dijo Yoshiyama—. De acuerdo, mañana empezaré a trabajar, eso estará bien ¿no? Sacaré pelas para los dos y todo arreglado ¿vale?

Kei estaba sentada en la barra.

—¿Ah, sí? —dijo—. Muy bien, ponte a trabajar, eso me ayudará a dejarte.

Balanceaba sus piernas atrás y adelante. Yoshiyama prosiguió:

—No me importa un carajo si vas coqueteando por ahí, es sólo esa manera de hablar como una puta lo que me pone negro. Parece que vayas caliente como una burra... Pero, bueno, todo irá bien porque voy a conseguir trabajo en los muelles de Yokohama ¿vale? —Yoshiyama agarró la pierna de Kei. Sus estrechos pantalones se le pegaban a los muslos, el vientre de Kei hace un ligero bulto encima del cinturón.

—¿De qué estás hablando? No digas chorradas, me pones a parir. Mira a Ryu, se está descojonando. Me importa un carajo lo que pienses, yo hago mi vida y eso es todo.

—¡Deja de hablar así! ¿Y dónde has aprendido a hablar así?

Kei echó su cigarrillo al fregadero. Se puso la blusa y dijo:

—Me enseñó mi mamá. ¿No sabes que mi mamá habla así? ¿Hey, no viniste una vez a mi casa? ¿Te acuerdas de la mujer con el gato, sentada junto al fuego, masticando galletas de arroz? Era mi mamá y habla como yo, ¿no te acuerdas?

Yoshiyama se inclinó y me pidió un cigarrillo, no alcanzó el Kool que le lancé. Lo recogió rápidamente, algo mojado de cerveza, se lo puso en la boca, y, encendiéndolo, dijo con calma:

—Vámonos a casa.

—Vete tú solo, yo estoy bien aquí.

Mientras limpiaba la boca de Reiko, le pregunté a Yoshiyama:

—¿No vienes mañana a la fiesta?

—Yo creo que lo mejor es que no venga ¿no? —dijo Kei—. Este tío dice que va a ir a trabajar, ¿no? Pues que vaya y que trabaje. No importa que esté o no esté, ¿no? Vuélvete a casa, si no te acuestas pronto, mañana no podrás levantarte temprano. Mañana a Yokohama ¿vale?

—Eh, Yoshiyama, ¿de verdad no piensas venir? —insistí.

Sin responder se fue a una esquina del bar y puso *Left Alone* en el plato.

Al sacar el disco de la funda, que tenía una fantasmal foto de Billie Holiday, Kei bajó de la barra y le dijo al oído:

—Pon a los Stones.

—Corta el rollo, Kei, no te quiero oír más.

Yoshiyama le miraba fijamente, con el cigarrillo apretado firmemente entre sus labios.

—Es tan estúpido, ese disco —siguió Kei—. ¿Quieres oír otra vez marcha fúnebre al piano, igual que un abuelito chocho? Para los negros estas canciones son igual de chorras que para nosotros el *Naniwabushi*. Eh, Ryu, dile algo, éste es el último de los Rolling Stones, no lo has oído, seguro. Se llama *Sticky Fingers*.

Ignorándola, Yoshiyama puso a Mal Worldlon en el plato.

—Kei, ya es muy tarde y Reiko nos dijo que bajáramos el volumen. Y a los Stones no se les puede oír con el volumen bajo ¿entiendes?

Abrochándose la blusa y arreglándose el pelo ante el espejo, Kei preguntó:

—¿Cómo quedamos mañana?

—A la una en punto en la estación de Koenji —dije. Kei asintió con la cabeza y se puso un poco de *rouge*.

—Yoshiyama, no voy a ir a casa esta noche, iré al «Siam», así que dale un poco de leche a la gata, no la leche del refrigerador, sino la de la despensa, no las confundas.

Yoshiyama no contestó.

Cuando Kei abrió la puerta, entró una ráfaga de aire fresco y húmedo.

—Eh, Kei, déjala abierta un rato.

Mientras escuchábamos *Left Alone*, Yoshiyama se llenó un vaso con ginebra. Recogí los pedazos de cristal esparcidos por el suelo y los coloqué en el periódico empapado con el vómito de Reiko.

—Qué coñazo ¿no? Pero ahora estamos siempre igual —musitó Yoshiyama mirando al techo—. Incluso antes de que empezara a ir a Akita a trabajar dormíamos separados, y aunque tampoco me importa tanto...

Bebí una Coca de la nevera. Yoshiyama movió la mano indicando que no quería y se bebió de un trago toda la ginebra.

—Ha estado diciendo que quiere ir a Hawai. Desde hace tiempo repite sin parar que su padre quizás esté en Hawai. Pienso ganar algo de dinero y la voy a mandar allí, bueno, no sé si el tipo de Hawai es realmente su padre, pero... Pienso que tengo que trabajar, ganar pasta, pero ahora todo es un lío y no tengo la menor idea de lo que ella piensa, es así continuamente, todos los días.

Yoshiyama se puso la mano en el pecho, se levantó y salió corriendo, le oí vomitar. Reiko estaba totalmente pirada. Respiraba por la boca. De un armarito tapado con una cortina saqué una sábana y la cubrí.

Él volvió sujetándose la tripa, limpiándose la boca con el puño de la camisa. Restos de vómito amarillo manchaban sus sandalias de goma, un olor agrio flotaba por su cuerpo. Pude oír la débil respiración de Reiko.



—Yoshiyama, ven mañana a la fiesta.

—Sí, bueno, es Kei, está muy embroncada con ello, dice que quiere hacerlo otra vez con esos negros, así que estoy en una situación... ya sabes. ¿Qué ha pasado hoy con Reiko? Estaba de lo más salvaje —Yoshiyama se sentó frente a mí y se bebió un trago de ginebra.

—Ayer, en mi casa, tuvo una pelea con Okinawa. No consiguió chutarse, ya sabes. Está demasiado gorda y no se le encuentran las venas, y supongo que Okinawa se puso impaciente y se lo chutó todo él, lo de ella también, todo.

—Son idiotas del culo. ¿Y tú estabas ahí mirando como un bobo?

—No, yo me chuté. Me quedé tirado en la cama, pensé que me iba a morir. Me metí demasiado, algo espantoso, me acojoné mucho.

Yoshiyama se tomó dos píldoras más de Nibrole, di sueltas en ginebra.

Yo notaba el estómago vacío, pero no tenía ganas de comer. Pensando que tal vez podría ingerir algo de sopa, miré en el puchero que había sobre el panel del gas, pero la superficie de la sopa era una película gelatinosa y grisácea, y toda la sustancia estaba descompuesta, podrida.

Como Yoshiyama dijo que le apetecía algo de café, con mucha leche, aparté el puchero que olía a demonios y recalenté el café.

Yoshiyama echó leche en su taza, lo cogió firmemente con las dos manos y se la llevó a la boca. Gritó «¡Está ardiendo!» y de sus labios cuarteados salió una vomitera, como de una pistola de agua cayendo sobre la barra.

—Oh, mierda, a ver si me sereno con licor —dijo, y se tomó la ginebra que quedaba en el vaso. Cuando le dio un ligero ataque de tos y yo le di palmadas en la espalda, se dio la vuelta y dijo:

—Tú eres un tío cojonudo. De veras.

Sus labios estaban torcidos. Su espalda, rígida y fría, tenía un olor agrio.

—Estuve en Toyama —dijo—, supongo que te lo diría Reiko. Después de estar en tu casa, mi madre murió. ¿Lo sabías?

Asentí. El vaso de Yoshiyama estaba otra vez lleno de ginebra. El café demasiado dulce se quedaba pegado en mi lengua.

—La verdad es que es una sensación divertida cuando se muere alguien cercano a ti, ésta ha sido la primera vez para mí. ¿Tus padres están bien, Ryu?

—Están bien, pero se preocupan por mí, no paro de recibir cartas.

La última canción de *Left Alone* finalizó. El disco siguió girando entre chasquidos.

—Sí, bueno, llevé a Kei conmigo, dijo que quería venir a Toyama, no quería quedarse en casa sola. Se entiende ¿no? Estuvimos en un hotel que nos cobró 2.000 yens sin comidas, una estafa.

Apagué el estéreo. Los pies de Reiko asomaban por un extremo de la sábana, las plantas estaban negras de suciedad.

—Y entonces el día del entierro, sabes, Kei me telefoneó desde el hotel pidiéndome que volviera porque se sentía sola. Cuando le dije que no podía dijo que se iba a suicidar, y yo me asusté y fui. Estaba escuchando una vieja radio en aquella apestosa habitación. Dijo que no podía coger la emisora del ejército americano y yo le dije que era imposible en Toyama, luego me hizo toda clase de preguntas idiotas acerca de mi madre. Se reía por cualquier cosa, con una risa estúpida, una situación de mierda, créeme. Me preguntó qué aspecto tenía la cara de mi madre muerta, y si es cierto que maquillan a la gente antes de meterla en el ataúd y cosas así, sabes. Cuando le dije que la habían maquillado, ella preguntó: «¿Con qué marca? ¿Max Factor? ¿Revlon? ¿Kanebo?». ¿Cómo iba a saberlo yo? Y luego empezó a suspirar, diciendo que se sentía muy sola, y después se puso a dar gritos, bueno, ya sabes.

—Bueno, creo entender cómo se sentía —dije—, esperando allí sobre todo en un día como aquél, sí, debía sentirse muy sola.

El azúcar se había ido al fondo del café; lo tragué sin darme cuenta. De golpe, el interior de mi boca quedó envasado de azúcar, me dio náuseas.

—Sí, lo comprendo, claro, pero escucha, mi madre estaba realmente muerta. Kei seguía quejándose y gritando y de repente se quitó la ropa, ¿te das cuenta? Acababa de decir adiós a mi madre muerta y allí estaba, abrazado por una putilla en pelotas. Fue una especie de... ya sabes, Ryu. Hubiera estado muy bien, supongo, si hubiéramos jodido, pero era como, ya sabes, como...

—No lo hicisteis ¿eh?

—¿Cómo podía hacerlo? Kei dando gritos y yo acojonado. ¿Sabes esas comedietas de televisión? De alguna manera me sentía como en una de estas comedietas absurdas, me preocupaba que nos pudieran oír en la habitación de al lado, estaba avergonzado. De todas formas me pregunto qué sería lo que Kei estaba pensando entonces, no nos ha ido bien desde aquel día.

El único sonido era el de la respiración de Reiko. La sucia sábana subía y bajaba a compás. De tanto en tanto, se asomaba algún borracho por la puerta abierta.

—Sí, desde entonces ha sido todo raro. Antes nos peleábamos bastante, pero ahora, de algún modo, sabes, es diferente. No es lo mismo. Y aunque habíamos hablado de Hawai y habíamos hecho muchos planes, ya has visto como ha sido esta noche. Sí, ni siquiera el sexo funciona, sería mejor que me fuera a un baño turco, un buen masaje.

—¿Estaba enferma tu madre?

—Creo que sí, era su cuerpo que ya no podía más. Sus ojos parecían muy fatigados y se había hecho mucho más pequeña de lo que era. Cuando murió. Sí, fue muy triste lo de mi madre, aunque sentía que no me concernía mucho, me dio mucha pena. ¿Sabes? Ella vendía la vieja medicina de Toyama. Cuando yo era pequeño solía ir mucho con ella. Iba todo el día con un gran cesto tan grande como una nevera a sus espaldas. Tenía mucha clientela por todo el país ¿sabes? Y llevaba también globos de papel, de los que hinchas y dejas que vuelen, ella los regalaba. Yo jugaba mucho rato con ellos... Es realmente divertido, cuando pienso ahora en ello. Era divertido, poder jugar todo el día así. Si ahora lo hiciese lo más seguro es que me aburriese... aunque también entonces me aburría, la verdad, no recuerdo haberme divertido realmente... Una vez estaba esperando a mi madre en una fonda, sabes, y se fue la luz eléctrica, vi que se había puesto el sol y que estaba oscureciendo. No pude decir nada a las camareras, ni siquiera había empezado a ir a la escuela, estaba asustado. Fui a un rincón donde entraba un poco de luz de la calle. No puedo olvidarlo, estaba asustado de veras, aquella calleja y la ciudad oliendo a pescado. Me pregunto dónde sería, toda la ciudad olía a pescado. ¿Dónde sería?

Se oyó pasar un coche. Reiko balbuceaba unas palabras de vez en cuando. Yoshiyama volvió a salir fuera. Yo lo seguí. Juntos, vomitamos en el cubo de basura. Apoyé mi mano contra la pared y me metí el dedo en la garganta; los músculos de mi estómago tuvieron un espasmo y surgió un fluido tibio. Mientras las oleadas pasaban a través de mi estómago y mi pecho, agrios pedazos me subían a la garganta y a la boca y, cuando los empujaba fuera con mi lengua, caían ¡plof! en el agua.

Al entrar de nuevo en el bar, Yoshiyama me dijo:

—Oye, Ryu, cuando vomito así, sabes, y tengo las tripas revueltas y apenas puedo sostenerme en pie y no puedo ni ver, sabes, es el único momento en que deseo de verdad una tía. Bueno, aunque hubiera alguna, no se me levantaría y me costaría demasiado abrirle las piernas, pero de cualquier manera deseo una tía. No trempo ni con la polla ni con la cabeza sino en todo mi cuerpo, es todo mi ser, la necesidad se convierte en angustia. ¿No te pasa a ti? ¿Entiendes qué quiero decir?

—Sí. En realidad, prefieres matarla que follártela, ¿no es eso?

—Sí, eso es, apretándole el cuello así, desgarrando sus vestidos, metiéndole un palo o lo que sea por el culo, a una nena con clase como las que ves paseando por el *Ginza*<sup>[1]</sup>.

Reiko estaba saliendo del water; dijo:

—Hola, entrad —con voz somnolienta.

La parte delantera de sus pantalones estaba abierta. Pareció que iba a caerse; corrí hacia ella y la sostuve.

—Gracias, Ryu. Ahora todo está tranquilo ¿verdad? Oye, dame un poco de agua. Tengo la boca seca... —Su cabeza cayó sobre su pecho. Mientras yo machacaba algo de hielo, volvió a echarse en el sofá. Yoshiyama empezó a desnudarla.

La lente de la Nikomat reflejaba un cielo oscuro y un sol minúsculo. Retrocedí, buscando un encuadre, y tropecé con Kei, que entraba.

—Ryu, ¿qué estás haciendo?

—Vaya, eres la última, siempre llegas tarde.

—En el autobús, sabes, un tío escupió en el suelo y el conductor se puso furioso, hasta paró el autobús. Se pusieron los dos rojos de ira, gritándose, con todo este calor. ¿Dónde está todo el mundo?

Yoshiyama estaba sentado, dormitando, en la calle. Ella le dijo, burlona:

—¿Eh, no ibas a ir hoy a Yokohama?

Reiko y Moko salieron por fin de la tienda de ropa que había frente a la estación. Todos los que pasaban se volvían para mirar a Reiko. Llevaba un vestido indio que acababa de comprar, de seda roja cubierto con pequeños espejitos redondos desde el cuello a los tobillos.

—Menudo trapo te has comprado —se rió Kazuo, enfocando hacia ella su Nikomat.

Kei me dijo al oído, envolviéndome con su perfume:

—Oye, Ryu, ¿es que no se dará cuenta? Tan gorda y comprándose vestidos de este tipo.

—Qué importa ¿no? Habrá querido cambiar un poco. Se cansará pronto de él y tú te lo podrás quedar, Kei, seguro que te caerá muy bien.

Mirando a su alrededor, Reiko nos dijo a todos con su vocecita:

—Me quedé alucinada, Moko lo hizo delante de las narices de los vendedores. Se lo metió en la bolsa en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué? Moko, ¿has estado robando cosas otra vez? ¿Estás pirada? Te cogerán si sigues así —dijo Yoshiyama, con la cara ladeada para evitar los humos de un autobús.

Moko me puso su brazo delante de la cara:

—¿Huele bien, eh? Dior.

—Dior está muy bien, pero no seas tan exhibicionista con tus robos. Nos meterás a todos en problemas.

Mientras Yoshiyama y Kazuo fueron a comprar hamburguesas, las tres chicas

intercambiaron cosméticos y se maquillaron las caras. Inclínándose contra la valla de la estación, se pintaban y se miraban en sus espejos. La gente que pasaba las observaba con extrañeza.

El viejo empleado de la estación le dijo a Reiko riéndose:

—Pareces una reina, hermana. ¿Adónde vais?

Levantando las cejas, muy seria, le dijo al hombre mientras él le picaba el billete:

—A una fiesta. Vamos a una fiesta.

En el centro de la habitación de Oscar, un puñado de hashish ardía en un quemador de incienso, y quisieras o no, el humo que se desprendía entraba en tus pulmones al respirar. En menos de treinta segundos, yo estaba completamente pasado. Sentía como si mis entrañas quisieran salirse por cada poro, y el sudor y la respiración de los otros fueran entrándome dentro.

La mitad inferior de mi cuerpo, en especial, la sentía pesada y torpe, como sumergida en un espeso fango, y mi boca sentía deseos cosquilleantes de tener la polla de alguien metida en ella y chupar todo el esperma. Mientras comíamos la fruta apilada en fuentes y bebíamos vino, la habitación entera sucumbía violada por el calor. Tenía ganas de que me despojaran de mi piel, como una fruta. Quería empaparme de la carne aceitosa y brillante de los negros y clavarlos dentro de mí.

Pastel de queso con frambuesa, racimos de uvas sobre el fondo rosado de las negras manos. Patas cocidas de cangrejo aún humeantes rompiéndose con pinzas, vino dulce rosado americano, dátiles como dedos llenos de verrugas cortados de cadáveres, sandwiches de bacon como labios en torno a mi lengua de mujer, ensalada rezumante de mayonesa rosa.

La enorme polla de Bob estaba metida hasta la garganta en la boca de Kei.

—Voy a ver quién la tiene más grande...

Ella se arrastró por la alfombra como una culebra y fue chupándosela a todos.

Descubriendo que la más grande pertenecía a Saburo, un mestizo de indio y japonesa, cogió una orquídea de un florero y se la puso en la punta como un trofeo.

—Mira, Ryu, ésta es al menos el doble de la tuya.

Saburo levantó la cabeza y soltó un aullido indio, Kei volvió a coger la orquídea con los dientes, saltó sobre la mesa y meneó las caderas como una bailarina española. Luces azules estroboscópicas flasheaban en el techo. La música era un samba lujuriente por Luiz Bon Fa. Kei agitó su cuerpo con violencia, muy excitada después de ver la flor húmeda de semen.

—Que alguien me lo haga, rápido, que alguien me joda —gritó Kei en inglés, y no sé cuántos brazos negros aparecieron de súbito para lanzarla al sofá y arrancarle las bragas, los pedacitos de tela negra transparente volaron hasta el suelo, igual que mariposas, dijo Reiko, aferrando uno; después untó de mantequilla la verga de Durham. De pronto, Bob aullando metió la mano entre los muslos de Kei, la habitación se llenó de gritos y risas estridentes.

Observaba a mi alrededor, uniendo los cuerpos de las tres japonesas retorciéndose, bebí peppermint y comí galletas cubiertas de miel.

Los penes de los negros eran tan largos que parecían elásticos. Incluso totalmente erecto, el de Durham se iba hacia abajo mientras Reiko jugaba con él. Sus piernas temblaron y él de repente eyaculó en mitad de la cara de Reiko, y todo el mundo se rió al ver su esperma resbalando por la cara de Reiko. Reiko también se rió, pero mientras buscaba un poco de papel kleenex para limpiarse, Saburo la levantó sin esfuerzo. Le abrió las piernas, como si estuviese ayudando a una niñita a mear y la sentó sobre él. Con su manaza izquierda la sujetó por la cabeza y con la derecha le sujetó los tobillos, la sostuvo de manera que se empalase sobre su polla.

Reiko chilló «¡Me haces daño!», y trató de escapar, pero no podía agarrarse a nada. Su cara estaba muy pálida.

Saburo, moviéndose y plegando las piernas para conseguir más fricción sobre su polla, se apoyó en el sofá y empezó a doblar de un lado a otro el cuerpo de Reiko, usando su culo como pivote.

A la primera rotación, el cuerpo de ella se convulsionó mientras el pánico se reflejaba en su cara. Con sus ojos desorbitados y las manos en las orejas, empezó a aullar. Parecía una heroína de película de terror.

La risa de Saburo era como un grito de guerra africano, mientras Reiko movía la cabeza de un lado a otro y se clavaba las uñas en el pecho. «Muévete más», dijo él en japonés y aceleró la rotación.

Oscar, que había estado chupando las tetas de Moko, Durham, que se había colocado una toalla fría en su polla palpitante, Jackson, que todavía no se había desnudado, Bob, encima de Kei... todos contemplaban boquiabiertos a la convulsionada Reiko. «¡Dios! ¡Qué espectáculo!» exclamaron Bob y Durham, y fueron a ayudar a la rotación. Bob la cogió de los pies y Durham de la cabeza; los dos agarrándola bien del culo empezaron a girarla más velozmente. Riéndose, enseñando sus blancos dientes, Saburo puso entonces sus manos detrás de su cabeza y arqueó su cuerpo para introducir su verga aún más profundamente. Reiko estalló de repente en sollozos. Se mordió los dedos y se revolvió el pelo, a causa de los giros las lágrimas salían volando sin tocar las mejillas.

Nos reímos más que nunca. Kei agitaba una loncha de bacon y bebía vino, Moko hundió sus uñas rojas en el culo grande y peludo de Oscar. Los dedos de los pies de Reiko se doblaban hacia atrás temblando. Su coño, con el frote, se puso rojo, y la mucosa relucía. Saburo empezó a respirar con fuerza y los giros decrecieron en velocidad, moviéndose al ritmo de Luiz Bon Fa que ahora cantaba *Orfeo Negro*. Yo bajé el volumen y me puse a cantar. Riéndose todo el tiempo, Kei me lamió los dedos de los pies tumbada en la alfombra. Reiko siguió chillando con el semen de Durham secándosele en la cara. Con ensangrentadas marcas de dientes en los dedos, rugiendo a ratos como una tigresa en celo...

—¡Ohh, voy a reventar, quítame este coño! —dijo Saburo en japonés y echó a Reiko a un lado, gritando:



—¡Apártate, cerda!

Reiko agarró sus piernas y se cayó hacia delante mientras la corrida de él salía disparada y caía por sus nalgas y espalda. El vientre de Reiko se estremeció y empezó a orinarse. Kei, que había estado embadurnándose las tetas con miel, se apresuró a poner un periódico debajo de Reiko.

—¡Vaya guarrada! —dijo, dio una palmada en el culo de Reiko y se rió como una loca. Moviéndonos por la habitación, retorciéndonos, acogimos las lenguas y dedos y pollas de todo el que quisimos.

«¿Dónde estoy? ¿Pero dónde estoy?» pensaba yo continuamente. Me metí en la boca algunas de las uvas que había esparcidas por la mesa. Mientras las pelaba con mi lengua y escupía las semillas en un plato, sentí un coño bajo mi mano; cuando levanté la mirada, Kei estaba allí con las piernas abiertas, sonriéndome. Jackson se levantó con calma y se quitó el uniforme. Apagando el delgado cigarrillo mentolado que estaba fumando, se volvió hacia Moko, que estaba balanceándose como una loca encima de Oscar. Vaciando una pequeña botella marrón llena de un líquido de olor dulzón sobre el culo de Moko, Jackson dijo:

—Hey, Ryu, alcánzame ese tubo blanco que está en el bolsillo de mi camisa ¿vale?

Con sus manos sujetas por las de Oscar y su culo cubierto por la crema, Moko soltó un grito: «¡Está frío!» Jackson gruñó y la agarró de las nalgas, puso su polla, cubierta también de crema, en posición, y empezó a acometer. Moko se arqueó y gimió.

Kei levantó la mirada y se fue hacia allí, diciendo:

—Esto parece divertido.

Moko gritaba. Kei la cogió del pelo y miró su cara.

—Luego te pondré un poco de pomada para que no te duela, Moko. —Ella se morreó con Oscar y se rió otra vez con ganas.

Con una cámara de bolsillo, tomé un primer plano de la cara distorsionada de Moko. Su nariz palpitaba, parecía un corredor de fondo buscando aire. Reiko abrió finalmente los ojos; quizá dándose cuenta de que estaba toda pringada, se fue hacia la ducha. Su boca estaba abierta, sus ojos vacíos, tropezó una y otra vez y se cayó. La tomé por las axilas para levantarla.

—Oh, Ryu, sálvame —dijo pegando su cara a la mía.

Un extraño olor salía de su cuerpo. La llevé hasta el baño y abrí el grifo. Mientras estaba sentada bajo la ducha, yo no podía distinguir hacia dónde miraban sus ojos enrojecidos.

—Reiko, so guarra, te vas a ahogar ahí dentro —Kei entró en la ducha, le puso a Reiko la mano en la entrepierna y luego soltó una carcajada al ver cómo Reiko daba un salto del susto.

—Ah, eres tú, Kei. Reiko la abrazó y la besó en la boca. Kei se volvió hacia mí, que estaba sentado en el retrete.

—Hey, Ryu, sienta bien refrescarse ¿verdad? Ésta tiene la piel muy fría pero debe estar muy caliente por dentro. ¡Eh, tienes una cosa muy linda!

Se metió mi polla en la boca mientras Reiko me echaba el pelo mojado hacia atrás, me buscó la lengua como un bebé busca el pezón y me la chupó con fuerza. Kei se levantó, apoyó las manos contra la pared y me puso su culo delante, luego me hizo enterrar en su agujero, limpio de mucosas por la ducha y seco en su interior. Bob, con sus manos cubiertas de sudor, entró en el baño.

—Hay pocas chicas, y tú Ryu, hijoputa, acaparando a dos.

Me agarró de la mejilla y nos llevó bruscamente hacia la sala, arrastrándonos, empapados, y tirándonos al suelo. Mi picha, todavía en la boca de Kei, se dobló al caer y yo di un grito. Reiko fue lanzada a la cama como una pelota de rugby y Bob saltó encima suyo. Ella se agitó febrilmente, pero Saburo la sujetó y un pedazo de pastel de queso le llenó la boca, enmudeciéndola.

La música del tocadiscos cambió a *Osibisa*. Moko se limpió el culo, con la cara descompuesta. Quedaron manchas de sangre en el papel. Se lo enseñó a Jackson y dijo:

—¡Eres un animal!

Kei, tumbada sobre la mesa preguntó:

—Eh, Reiko, ¿está bueno este pastel de queso?

—Se mueve por mi estómago como si me hubiera tragado un pez vivo —contestó Reiko.

Yo me levanté para sacarle una foto, pero Bob me enseñó los dientes y me apartó de un empujón. Rodando por el suelo, fui a chocar con Moko.

—Ryu, no aguanto a ese tío, ya he tenido bastante, es maricón ¿no?

Moko estaba encima de Oscar, que le pegaba sacudidas mientras ella mordía un pedazo de pollo. Empezó a llorar de nuevo.

—¿Moko, estás bien? ¿Te duele? —le pregunté.

—Oh, ya no lo sé, Ryu, ya no sé.

Era balanceada sobre Bob, al compás de *Osibisa*.

Kei se sentó en las rodillas de Jackson, bebiendo vino, hablando de no sé qué. Después de frotarle el cuerpo con un pedazo de bacon, Jackson la roció de crema de vainilla. Una voz ronca gritó:

—¡Oh, la hostia!

Un montón de cosas habían acabado tiradas en la alfombra. Ropa interior y cenizas de cigarrillo, migas de pan y trozos de lechuga y tomate, cabellos de unos y otros, papeles manchados de sangre, vasos y botellas, pieles de uvas, cerillas, cerezas, todo sucio.

Moko se levantó tambaleándose, con la mano en el culo, dijo:

—Estoy hambrienta —y se fue hacia la mesa. Jackson se acercó a ponerle una tiritita y la besó.

Apoyándose sobre la mesa, respirando fuertemente, Moko atacó una pata de cangrejo, parecía una niña muerta de hambre. Entonces uno de los negros plantó su herramienta delante suyo y ella se la metió también en la boca. Manejándola con la lengua, se la puso en un lado de la boca y siguió con el cangrejo. La roja cáscara crujía entre sus dientes, sacaba la carne blanca con sus dedos, mojóndola con la mayonesa rosa en un plato, se la llevaba a la boca, le caían gotas sobre el pecho. El olor del cangrejo llenó la habitación.

En la cama, Reiko continuaba gimiendo. Durham se la metió a Moko por detrás. Ella meneó el culo, pero siguió con el cangrejo, con la cara crispada. Trató de beber algo de vino pero con las sacudidas de su cuerpo se le fue por la nariz y se puso a toser, con lágrimas en los ojos. Al verlo, Kei se rió a carcajadas. James Brown comenzó a cantar. Reiko se arrastró hasta la mesa, vació un vaso de peppermint y dijo muy alto:

—Esto está muy rico.

—Te he dicho muchas veces que no tengas tantas confianzas con ese Jackson, la Policía Militar lo está buscando, van a cogerle un día de estos —dijo Lilly apagando la televisión, en la que se veía a un hombre joven cantando.

—Bueno, vamos a acabar —había dicho Oscar; abrió las puertas de la terraza y entró un viento frío penetrante, glacial, del que aún me acuerdo.

Pero mientras todos estaban aún por ahí tumbados, en pelotas, la mujer de Bob, Tami, había entrado y se había enzarzado en una pelea con Kei, que había intentado impedir que pegara a Bob. El hermano de Tami era un temible gángster, y como ella podía ir a contárselo todo, pensé en llevarle a casa de Lilly a ver si la calmaba. Había oído que Lilly era amiga suya, lo había dicho en alguna ocasión.

Unos minutos antes, Tami estaba sentada aquí, en el sofá, gritando:

—¡Los mataré! —Las uñas de Kei le habían arañado los flancos.

—¿No te he dicho siempre que es mejor que no te enrolles con macarras que no conocen lo que es este barrio? ¿Qué hubieras hecho sin mí, eh? No te habrías librado fácilmente, Ryu; el hermano de Tami es un tipo realmente peligroso.

Bebió un trago de un vaso de coca-cola con una rodaja de limón flotando entre los hielos, luego me lo pasó a mí. Se cepilló el pelo y se puso un camisón negro. Parecía furiosa. Se cepilló los dientes y se chutó Philopon en la cocina con el cepillo todavía en la boca.

—Oh, olvídale, Lilly, lo siento.

—Bueno, vale, sé que mañana vas a hacer lo mismo... pero escucha, el camarero de mi trabajo, sabes, un tío de Yokosuka, me ha preguntado si quiero comprar mescalina. ¿Qué te parece, Ryu? ¿Quieres probarla, no?

—¿Cuánto vale una dosis?

—No sé, él sólo dijo cinco dólares. ¿Quieres para ti?

Lilly se teñía el vello púbico del mismo color de sus cabellos.

—No venden productos para clarear el pelo aquí en Japón. Me lo hice traer de Dinamarca.

A través del pelo que me tapaba los ojos, podía ver la luz del techo.

—Oye, Ryu, he soñado contigo —dijo Lilly, pasándome la mano por el cuello.

—¿Aquel sueño en el que montaba en un caballo por el parque? Ya me lo has

contado. —Pasé mi lengua por las cejas de Lilly, que estaban creciendo de nuevo.

No, es otro, ocurre después. Los dos íbamos al mar, a una playa muy bonita. Era una playa muy grande, amplia y arenosa, y no había nadie allí más que tú y yo. Nadábamos y jugábamos en la arena, pero de repente al otro lado del mar se veía esta ciudad. Bueno, estaba tan lejos que no hubieran podido verse los detalles, sin embargo podíamos distinguir hasta las caras de la gente que allí vivía... Así son los sueños ¿no? Primero hacían una especie de gran fiesta, una especie de *kermesse*, como en Europa. Pero entonces, después de un rato, empezaba una guerra en la ciudad, con la artillería disparando bum, bum. Una guerra de verdad, y aunque ocurría tan lejos, podíamos ver los soldados y los tanques. Así que los dos, tú y yo, Ryu, lo contemplábamos desde la playa, como en un sueño y tú decías: «Eh, hostia, así que eso es la guerra», y yo decía: «Sí, así es».

—Tienes unos sueños de lo más raros, Lilly.

La cama estaba húmeda. Algunas plumas que asomaban por la almohada me pinchaban en el cuello. Arranqué una, pequeñita, y acaricié los muslos de Lilly con ella.

La habitación estaba en penumbra. Sólo un poco de luz entraba desde la cocina. Lilly seguía dormida, con su pequeña mano sobre mi pecho. Se había quitado la pintura de uñas. Su fresco aliento me acariciaba la axila. El espejo oval del techo reflejaba nuestra desnudez.

La noche antes, después de hacer el amor, Lilly se había chutado otra vez, y esto producía un ronco gemido que se escapaba de su blanca garganta.

—Cada vez me pico más, sin importar lo que sea, tengo que cortar bien pronto o me quedaré atrapada ¿verdad? —había dicho, examinando lo que quedaba.

Mientras había estado meneándose encima mío, yo había recordado el sueño que me había contado, y también la cara muy precisa de otra mujer. Mientras, contemplaba las rítmicas sacudidas de sus caderas...

... La cara de una mujer muy delgada cavando un hoyo justo al lado de una alambrada de espino que cercaba una gran finca. El sol se estaba poniendo. La cara de la mujer se inclinó para meter la pala en la tierra, junto a un capazo lleno de uvas, mientras un joven soldado la amenazaba con su bayoneta. La cara de la mujer limpiándose el sudor con el dorso de la mano, con el pelo cayéndole por encima. Mientras contemplaba a Lilly gozando, la cara de la mujer flotaba en mi mente.

De pronto nos llegó una corriente de aire húmedo procedente de la cocina.

«¿Está lloviendo?» me pregunté. El paisaje desde la ventana era nublado, como lechoso. Vi que la puerta principal estaba abierta. La noche anterior, como estábamos borrachos los dos, nos debíamos haber olvidado de cerrarla. Un zapato de agudo tacón estaba caído, de lado, en el suelo de la cocina. Asomaba el tacón, y la curva de recio cuero negro era tan lisa como la ingle de una mujer.

Afuera, en el estrecho espacio que podía ver a través de la puerta entreabierta, estaba el Volkswagen amarillo de Lilly. Las gotas de lluvia chocaban contra la carrocería; algunas, las más pesadas, caían deslizándose lentamente, como los insectos adormilados por el invierno.

La gente pasaba, como sombras. Un cartero con un Uniforme azul empujando una bicicleta, algunos escolares con bolsas de libros, una americana alta con un dogo, todos cruzando fugazmente aquel estrecho espacio.

Lilly respiró profundamente y se dio media vuelta. Dejó escapar un débil gemido y la ligera manta que la cubría cayó al suelo. Su larga cabellera estaba pegada a su espalda en forma de una gran «S». Un poco de sudor relucía alrededor de sus riñones.

Su ropa interior estaba desparramada por el suelo. Apartadas y enrolladas en pequeños bultos, las prendas parecían pequeñas quemaduras o manchas en la alfombra.

Una mujer japonesa con una bolsa negra se asomó por la puerta y miró en la habitación. Llevaba una gorra con una insignia, y las hombreras de su chaqueta de la marina estaban mojadas. Supuse que debía venir a examinar el contador del gas o del agua. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, me vio, comenzó a hablar, pero pareció pensárselo mejor y se marchó. Me volvió a mirar una vez más, desnudo y fumando un cigarrillo, y luego se fue a la calle, meneando la cabeza.

Frente a la puerta, ahora un poco más abierta, pasaron dos universitarias, hablando, gesticulando, con botas de goma rojas. Un soldado negro en uniforme pasó corriendo, sorteando los charcos como un jugador de baloncesto esquivando defensas para encestar. Más allá del coche de Lilly, cruzada la calle, se levantaba un pequeño edificio negro. En algunas partes se le estaba pelando la pintura; pintado en naranja, ponía «U-37».

Con aquella negra pared de fondo, pude ver con claridad caer la fina lluvia. Sobre el tejado habían espesos nubarrones, parecía como si alguien hubiese estado aplicando capas y más capas de pigmento gris. El cielo en el estrecho rectángulo para mí visible era la parte más brillante.

Gruesas nubes se movían febrilmente. Humedecían el aire y nos hacían sudar a Lilly y a mí; las arrugadas sábanas estaban empapadas.

Una fina línea negra atravesaba aquella porción de cielo.

Tal vez sea un cable eléctrico, pensé, o la rama de un árbol, pero arreció la lluvia y al poco tiempo ya no podía verse nada.

La gente que andaba por la calle se apresuró a abrir los paraguas y empezaron a correr.

Los charcos se extendieron en la calle embarrada, enganchándose en caprichosos meandros. Tapado por una cortina de agua, un gran coche blanco atravesó lentamente la calle, casi llenándola por completo. Dentro iban dos mujeres extranjeras, una arreglándose el peinado en el retrovisor, y la otra, la conductora, guiando con tanta precaución que casi llevaba la nariz pegada al parabrisas. Las dos iban muy maquilladas; sus secas pieles parecían tener una costra de polvos.

Pasó una chica lamiendo un polo, luego retrocedió y se asomó a la habitación. Su cabello, rubio y empapado, formaba como un casco. Cogió la toalla de baño de Lilly de la silla de la cocina y empezó a secarse. Se interrumpió, chupó un resto del polo de sus dedos y estornudó. Cuando levantó la cabeza, me descubrió. Cogiendo la sábana y cubriéndome, la saludé con la mano. Ella sonrió y señaló hacia la calle. Llevándome el dedo a los labios, le indiqué que no hiciera ruido. Mirando hacia Lilly, apoyé mi cabeza en mi mano para señalar que estaba dormida. Así que guarda silencio, le indiqué otra vez, llevándome el dedo a los labios y sonriéndole. La chica se volvió hacia el exterior y agitó su mano. Yo puse la palma de mi mano hacia arriba y levanté los ojos al techo en una pantomima de que sí, ya sabía que estaba lloviendo. La chica asintió, sacudiéndose el pelo mojado, salió fuera

y volvió a entrar calada, trayendo un sostén chorreante que parecía uno de los de Lilly.

—Eh, Lilly, está lloviendo, ¿tienes ropa colgada fuera? ¡Despierta, Lilly, está lloviendo!

Frotándose los ojos, Lilly se despertó, vio a la chica, se tapó con la sábana y dijo:

—¿Eh, Sherry, qué haces aquí?

La chica lanzó el sostén que tenía en la mano, gritó en inglés: «¡Chaparrón!» y se echó a reír mientras sus ojos se encontraban con los míos.



Ni siquiera cuando le quité con cuidado la tirita del culo, Moko abrió los ojos.

Reiko estaba envuelta en una sábana en el suelo de la cocina, Kei y Yoshiyama ocupaban la cama, Kazuo yacía junto al tocadiscos, siempre con su Nikomat en la mano, Moko estaba tumbada boca abajo en la alfombra, abrazada a un almohadón. Había una ligera mancha de sangre en la tirita, el ano se abría y cerraba al respirar, me recordaba a un tubo de goma.

El sudor que le corría por la espalda olía a flujo y esperma.

Cuando Moko abrió los ojos, aún con algunas pestañas, falsas, me sonrió. Luego gimió cuando le puse la mano entre las nalgas y se dio media vuelta.

—Tienes suerte de que llueva, la lluvia cura, apuesto a que gracias a la lluvia no te duele mucho.

El sexo de Moko estaba pegajoso. Se lo limpié con un kleenex, y cuando le metí un dedo, sus nalgas desnudas temblaron.

Kei abrió los ojos y preguntó:

—¿Eh, así que te quedaste a pasar la noche con esa putorra?

—Cállate, estúpida, no es ninguna puta —dije, espantando una nube de pequeños insectos que volaban alrededor.

—A mí no me importa, Ryu, pero tienes que andarte con cuidado a la hora de conseguirte un chute. Jackson dice que algunos de los tíos de la zona andan muy mal, te pueden hacer pedazos.

Kei se puso las bragas y fue a preparar café, Moko extendió una mano y dijo:

—Hey, dame un pitillo, uno de esos Sah-lem mentolados.

—Se dice Say-lem, no Sah-lem —dijo Kazuo, levantándose.

Frotándose los ojos, Yoshiyama dijo en voz alta a Kei:

—El mío sin leche ¿vale?

Luego se volvió hacia mí, que tenía el dedo todavía metido en el coño de Moko y dijo:

—Anoche, mientras vosotros estabais danzando en la fiesta en el piso de arriba, a mí allá abajo me dio un fuerte escalofrío de angustia, sabes, directo en el corazón... Eh, Kazuo, tú lo viste ¿verdad?

Sin contestarle, Kazuo dijo soñoliento:

—No encuentro mi flash. ¿Alguien lo ha escondido o qué?

Jackson dijo que debería volver a maquillarme:

—Como aquella vez. Aquella noche pensé que había venido Faye Dunaway de visita, Ryu, te lo juro —dijo.

Me puse un largo vestido plateado que Saburo decía que había conseguido de una profesional de strip-tease.

Antes de que todo el mundo llegara a la habitación de Oscar, vino un negro que nunca había visto antes y dejó cerca de un centenar de cápsulas; no podía distinguir de qué eran. Le pregunté a Jackson si podía ser un policía militar, pero él se rió y sacudiendo la cabeza dijo:

—Qué va, ese es Ojos Verdes. ¿Has visto que sus ojos son verdes? Nadie conoce su verdadero nombre, me han dicho que fue profesor en la universidad, pero no sé si es verdad o no. Está chiflado, la verdad, no sabemos dónde vive ni si tiene familia, sólo que lleva viviendo aquí mucho más tiempo que nosotros, parece que lleva en el Japón cantidad de años. ¿A que se parece a Charlie Mingus? Quizás haya venido porque ha oído hablar de ti. ¿Te ha dicho algo?

Aquel negro se había mostrado muy receloso. «Aquí está todo», había dicho, luego había mirado a su alrededor por la habitación y se había ido como si escapara.

Su rostro no había cambiado ni siquiera al ver a Moko desnuda, y cuando Kei le preguntó: «¿Quieres un poco de diversión?» sus labios habían temblado, pero no llegó a decir nada.

—Algún día llegarás a ver también al pájaro negro, no lo has visto todavía, pero tú, tú serás capaz de ver al pájaro, se te nota en los ojos, igual que a mí —me dijo y luego me estrechó la mano.

Oscar dijo que no tomásemos ninguna de esas cápsulas, porque Ojos Verdes había pasado una vez laxantes. Me dijo que las tirara.

Jackson esterilizó una jeringuilla de batalla:

—Soy enfermero —dijo— un verdadero profesional de las inyecciones ¿entiendes?

Primero me chutaron con heroína.

—¡Baila, Ryu! —Jackson me dio una palmada en el culo. Cuando me levanté y me miré en el espejo, vi a una persona totalmente diferente, transformada por las pinturas de Moko, una verdadera experta en maquillaje. Saburo me pasó un cigarrillo y una rosa artificial y preguntó:

—¿Qué música quieres?

Yo dije que pusiera a Schubert y todo el mundo se rió.

Una neblina de olor dulzón flotaba ante mis ojos, me sentía la cabeza pesada y entumecida. Al mover lentamente los brazos y las piernas, sentí como si hubieran lubricado mis articulaciones y un aceite resbaladizo fluyera por todo mi cuerpo. Mientras iba respirando me olvidaba de quién era. Pensé que muchas cosas fluían gradualmente de mi cuerpo, me convertí en una marioneta. La habitación estaba llena de aire dulzón, el humo me arañaba la garganta. La sensación de ser una marioneta era cada vez más fuerte. Todo lo que tenía que hacer era moverme como ellos querían, era la esclava más feliz del mundo. Bob murmuró: «Sexy»; Jackson dijo: «Cállate». Oscar apagó todas las luces y me enfocó con una lámpara naranja. En ese momento noté como mi cara se torcía y sentí pánico. Abrí al máximo los ojos, mi cuerpo se estremecía. Grité, musité canciones, chupé mermelada de mi dedo, bebí vino, me peiné el pelo para arriba, sonreí, hice girar mis ojos, lancé maleficios.

Recité a gritos algunos versos de Jim Morrison que me vinieron a la memoria: *«Cuando acabe la música, cuando acabe la música, apaga todas las luces, mis hermanos viven en el fondo del mar, mi hermana fue asesinada, la sacaron a tierra como un pez, destripada, mi hermana fue asesinada, cuando acabe la música, apaga todas las luces»*.

Como los espléndidos jóvenes de las novelas de Genet, formé saliva en mi boca hasta que fuera una bola de blanca espuma; después la hice rodar como un caramelo sobre mi lengua. Me froté las piernas y me arañé el pecho, mis caderas y los dedos de mis pies estaban pegajosos. La carne de gallina cubrió mi cuerpo como en una súbita corriente y toda mi fuerza se desvaneció.

Besé y acaricié la mejilla de una mujer negra sentada de rodillas junto a Oscar. Estaba sudando, las uñas de los pies al final de sus largas piernas estaban pintadas de plata.

Una mujer blanca fofa y gorda que había traído Saburo me miró, con sus ojos brillantes de deseo. Jackson le picó heroína a Reiko en la palma de la mano; puede que doliera, su cara se crispó. La mujer negra ya estaba borracha de no sé qué. Me cogió de las axilas y me hizo levantarme, luego se levantó ella y empezó a bailar. Durham puso otra vez hash en el quemador de incienso. Se levantó un humo púrpura y Kei se inclinó ávidamente para aspirarlo.

La negra se pegó a mí con su sudor; su olor, también pegajoso, casi me derribó. Un olor feroz, como si estuviera fermentando en su interior. Era más alta que yo, sus caderas se disparaban a lo ancho, sus brazos y piernas eran de gran longitud. Sus dientes parecían perturbadoramente blancos mientras ella se reía y se desnudaba. Sus tetas claras y puntiagudas no se bamboleaban casi, ni siquiera cuando agitaba su cuerpo. Me cogió la cara con las dos manos y me introdujo su lengua en la boca. Me acarició las caderas y me desabrochó los clips del traje de noche, luego me pasó sus manos sudorosas por el vientre. Su áspera lengua recorría mi cuerpo. Su olor me envolvía por completo; sentí náuseas.

Kei vino arrastrándose y me agarró la polla, diciendo:

—¡Hale, Ryu, trempa!

En ese momento una baba de vómito me cayó por una esquina de la boca y se me fue la vista.

Con el cuerpo entero brillante de sudor, la mujer negra lamió mi cuerpo. Mirándome a los ojos, me chupó la carne de los muslos con su lengua que olía a bacon. Ojos rojos, húmedos. Su enorme boca no paraba de reír.

Al poco rato estaba tumbado en el suelo; Moko, con las manos agarrando el borde de la cama, sacudía el trasero mientras Saburo la penetraba. Todo el mundo se arrastraba por el suelo, moviéndose, agitándose convulsivamente, haciendo ruidos. Me apercibí de que mi corazón latía con terrible lentitud. Como para acelerar su ritmo, la negra me apretó la polla palpitante. Era como si sólo mi corazón y mi polla estuvieran conectados entre sí y funcionando, como si todos mis demás órganos se hubieran esfumado.

La negra se sentó encima mío. Al mismo tiempo sus caderas empezaron a agitarse a una tremenda velocidad. Levantó la cara hacia el techo, soltó un aullido a lo Tarzán y jadeó como una lanzadora de jabalina que yo había visto en una película olímpica; afianzó las grisáceas plantas de sus pies en el colchón, metió sus largas manos bajo mis caderas y me sujetó con fuerza. Yo grité y traté de liberarme, pero su cuerpo era duro y resbaladizo como acero engrasado. Dolor mezclado con placer se revolvía en mi vientre hasta subir a mi cabeza. Los dedos de mis pies estaban tan calientes que parecía que fueran a derretirse. Mis hombros empezaron a dar sacudidas, puede que fuera a empezar a chillar. El fondo de mi garganta estaba bloqueado por algo parecido a la sopa jamaicana, de sangre y grasa, necesitaba escupir. La negra respiraba con fuerza, me cogió de los huevos para asegurarse de que mi verga estaba bien metida dentro de ella, sonrió y le pegó una calada a un cigarrillo negro como ella y muy largo.

Puso el perfumado cigarrillo en mi boca, me preguntó rápidamente algo que no entendí y cuando asentí, pegó su cara a la mía y chupó mi saliva, luego empezó a menear las caderas. Jugos resbaladizos caían de su entrepierna, mojándome los muslos y el vientre. La velocidad de sus sacudidas aumentó lentamente. Yo gemía, empezando a entrar en el juego. Cerrando mis ojos, me esforcé en no pensar en nada, concentré mi energía en mis pies. Sensaciones escalofrantes corrían por mi cuerpo junto a mi sangre y se concentraban en mis sienes. Una vez que las sensaciones se formaban y se agarraban a mi cuerpo, ya no se iban. La fina carne de mis sienes hervía como piel quemada en una hoguera. Mientras sentía esta quemazón y me concentraba en esa sensación casi me figuraba haberme convertido en un gran pene y nada más. ¿O era un hombre miniatura que podía introducirse dentro de las mujeres y hacerlas gozar con sus frenéticos temblores? Traté de agarrar los hombros de la negra. Sin disminuir la velocidad de sus caderas, se inclinó hacia delante y me mordió las tetillas hasta hacerme sangrar.

Cantando una canción, Jackson se acercó a mi cara:

—Hey, nena —dijo, pellizcándome la mejilla.

Pensé que su ano hinchado era como una fresa. Gotas de sudor de su robusto pecho me caían en la cara, el olor fortaleció la excitación que me producían las caderas de la negra:

—Eh, Ryu, no eres más que una muñeca, nuestra muñequita amarilla, podríamos dejar de complacerte y acabar contigo ¿sabes? —dijo Jackson con su voz suave, y la negra se rió con tal fuerza que me dieron ganas de taparme los oídos. Su voz parecía una radio distorsionada a todo volumen. Se reía sin parar el movimiento de sus caderas, y su saliva caía sobre mi vientre. Besó con la lengua a Jackson, mi polla saltaba en su interior como un pez agonizante. El calor de su cuerpo reseca mi cuerpo, parecía reducirlo a polvo. Jackson me metió su caliente polla en la boca seca, un pedernal caliente cauterizando mi lengua. Mientras me la metía y sacaba de la boca, él y la negra cantaban una especie de espiritual. No era en inglés, no podía entenderlo. Era como sutra con ritmo de conga. Cuando mi polla tembló y estaba a punto de correrme, la negra levantó las caderas, metió su mano entre mis nalgas e introdujo un dedo tieso en mi culo. Cuando vio las lágrimas en mis ojos, metió el dedo aún más profundo y lo hizo girar. Tenía un tatuaje blanco en cada uno de sus muslos, un burdo retrato de un Cristo sonriente.

Apretó mi polla palpitante, luego se la metió en la boca hasta que sus labios casi tocaron mi vientre. La chupó toda, lamiendo, luego atacó el glande con su lengua áspera y puntiaguda, como la de un gato. Cuando estaba a punto de correrme, apartó la lengua. Sus nalgas, resbaladizas, brillantes de sudor, me encaraban. Parecían lo bastante apartadas entre sí como para irse cada una por su lado. Extendí una mano y clavé mis uñas en una nalga lo más fuerte que pude. La negra jadeó y movió lentamente el culo de izquierda a derecha. La gorda blanca se sentó a mis pies. Su coño negro-rojizo colgando debajo de unos flácidos michelines me recordaba a un hígado de cerdo partido en dos. Jackson la agarró de las enormes tetas y me apuntó con ellas. Meneando las tetas, que ahora le caían sobre la blanca barriga, ella me las acercó a la cara y me las pasó por la boca, los labios separados por la polla de Jackson, y se rió dulcemente.

Cogió una de mis piernas y la frotó contra su pegajoso hígado de cerdo. Los dedos de los pies se me encogieron, era tan asqueroso que apenas podía aguantarlo. La tía despedía un olor como de carne de cangrejo podrida y yo quería escapar. Tuve una arcada y sin querer mordí ligeramente la polla de Jackson; él soltó un grito terrible, la sacó y me dio un puñetazo en la mejilla. La tía blanca se rió al verme sangrar por la nariz; «Ay, que espanto»; se frotó el coño aún con más fuerza contra mis pies.

La negra me lamió la sangre. Me sonrió con gentileza como una enfermera de batalla y me susurró al oído:

—Prontito vas a explotar, cariño, vamos a hacer que te corras.

Mi pie derecho comenzó a desaparecer dentro del coño de la gorda. Jackson me metió otra vez su polla en la boca, mis labios estaban cortados. Desesperadamente traté de

reprimir las náuseas. Estimulado por mi lengua resbaladiza y sanguinolenta, Jackson disparó su caliente papilla. El pegajoso fluido bloqueó mi garganta. Escupí entre arcadas una mucosidad rosácea, mezclada con sangre, y le grité a la negra:

—¡Quiero correrme!

El aire húmedo me golpeaba en la cara. Revoloteaban hojas de álamo y caía una débil lluvia. Había un olor frío de cemento y de hierba húmeda.

Las gotas de lluvia atravesaban la luz de las farolas como agujas plateadas.

Kei y Reiko se habían ido con los negros a un club de la base. La negra, una bailarina que se llamaba Ludiana, había intentado llevarme a su casa.

Las agujas plateadas se hicieron gradualmente más gruesas, los charcos que reflejaban las luces del jardín del hospital se ensancharon. El viento cubría los charcos de arrugas, y bandas de luces desteñidas trazaban complicados movimientos.

Un insecto de duro caparazón fue arrojado de la rama de un álamo por la lluvia y el viento; patas arriba en la corriente de agua, trató de nadar. Me pregunté si aquel escarabajo tendría un nido al que regresar.

Su negro cuerpo, reluciente bajo la luz, hubiera podido confundirse con un pedazo de cristal. Consiguió subirse sobre una piedra y decidió qué camino tomar. Quizás sintiéndose a salvo, bajó a un espacio de hierba no inundada, pero inmediatamente ésta fue cubierta por una oleada de agua que arrastró al insecto.

La lluvia producía diferentes sonidos en distintos lugares. Al ser absorbida entre la hierba, la gravilla o la tierra, sonaba como una orquesta de pequeños instrumentos musicales. Un soniquete como de piano de juguete, lo bastante pequeño para caber en la palma de la mano, resonaba en mis oídos, era la bajada de la heroína.

Una mujer corría por la calle. Chapoteaba descalza, sosteniendo sus zapatos. Quizás porque su falda mojada tendía a pegársele al cuerpo, la llevaba levantada y trataba de evitar las salpicaduras de los coches.

La iluminación pareció más intermitente, la lluvia arreció. Mi pulso era terriblemente lento, mi cuerpo estaba frío.

El pino seco de la terraza lo había comprado Lilly las pasadas navidades. La última estrella plateada había desaparecido de la punta. Kei dijo que la había utilizado para su baile. Le había doblado las puntas para que no pinchase los muslos y se la había pegado en el pubis para su número de strip-tease.

Sentía frío, sólo mis pies estaban calientes. A veces el calor subía con lentitud hasta mi cabeza. Parecía una bola de calor, como el hueso de un melocotón, y cuando subía, me arañaba el corazón y el estómago, los pulmones, la garganta, la lengua.

Afuera, el húmedo escenario parecía apacible. Sus inciertos contornos recogían gotas de lluvia, y las voces y los sonidos de los coches tenían sus filos como suavizados por las plateadas agujas de la lluvia. La oscuridad exterior parecía tragarme. Era opaca y húmeda como una mujer tumbada, sin fuerzas, después del amor.



Cuando tiré mi cigarrillo encendido, hizo un pequeño chasquido y se perdió en la noche antes de llegar al suelo.

—¿Te acuerdas, la última vez, asomaban algunas plumas de la almohada y después de hacer el amor tú sacaste una y dijiste: «Mira, qué plumas tan suaves», y me hiciste cosquillas con ella detrás de la oreja y por el pecho y luego la tiraste al suelo? ¿Te acuerdas?

Lilly había traído la mescalina. Me había sorprendido por detrás y me había preguntado:

—¿Qué estás haciendo aquí tan solo?

Y cuando le dije que estaba contemplando la lluvia en la terraza me habló de la pluma.

Me mordisqueó la oreja, sacó las cápsulas azules, envueltas en papel de plata, de su bolso y las puso en la mesa.

Se oían truenos y estaba entrando agua; me dijo que cerrara la puerta de la terraza.

—Ya, bueno, sólo estaba mirando fuera. ¿No mirabas la lluvia cuando eras niña? Ya sabes, no salir a jugar fuera, sólo pegarse a la ventana para contemplar la lluvia, Lilly, ¿no es bonito?

—Ryu, eres un tío extraño, lo siento por ti, hasta cuando cierras los ojos tratas de ver cosas flotando. No sé muy bien cómo decirlo, pero si estás de verdad divirtiéndote, no tienes por qué pensar y buscar más cosas ¿no tengo razón? Siempre estás intentando ver algo más, y tomar notas, como un estudiante haciendo una investigación ¿no? O como un niño pequeño. En realidad eres como un niño. Cuando eres niño quieres verlo todo ¿no? Los bebés miran directamente a los ojos a las personas que no conocen y ríen o lloran, pero intenta ahora mirar directamente a la gente a los ojos, te volverás majareta antes de que te des cuenta. Sólo inténtalo, trata de mirar directamente a los ojos de la gente que te cruzas, empezarán a saltársete los tornillos muy pronto, Ryu, no deberías mirar las cosas como un bebé.

El pelo de Lilly estaba mojado. Nos tomamos cada uno una cápsula de mescalina, nos la tragamos con leche fría.

—Nunca he pensado en ello de esa manera, sabes, sólo me parece entretenido mirar afuera.

Sequé su cuerpo con una toalla y colgué su chaqueta húmeda en un perchero. Le pregunté:

—¿Quieres que ponga un disco?

Lilly negó con la cabeza y dijo:

—No, tranquilo.

Entonces yo le dije:

—Lilly, supongo que habrás hecho viajes, ya sabes, cuando te pasas varias horas en la carretera para llegar al mar, o a un volcán o a cualquier otro sitio, saliendo por la mañana temprano y apenas puedes abrir los ojos y paras para beber té de un termo en algún lugar bonito, en el camino, y al mediodía comes bolas de arroz en una pradera, ya sabes, un viaje típico.

»Y mientras estás en el coche, piensas muchas cosas ¿verdad? “Cuando salí de casa no pude encontrar el filtro de mi cámara, ¿dónde habrá ido a parar? O, ¿cuál era el nombre de la actriz que vi ayer en la televisión? O, el lazo de mi zapato está a punto de romperse, o qué miedo tengo de tener un accidente, o me pregunto si ya no voy a crecer más...” Piensas en un montón de cosas ¿verdad? Y entonces esos pensamientos y las escenas que ves moviéndote con el coche se van apilando unos encima de otros.

»Las casas y los campos, poco a poco se acercan y luego desaparecen detrás tuyo ¿no es cierto? Y aquel escenario y lo que tú piensas se mezclan en tu cabeza. La gente esperando en las paradas de autobús, y un borracho vestido de etiqueta dando tumbos, y una vieja con un cesto lleno de naranjas, y campos de flores y montañas y bosques, los ves y al poco tiempo ya no los ves más, así que se mezclan en tu cabeza con lo que ibas pensando, ¿entiendes lo que quiero decir? Aquel filtro perdido de la cámara y los campos de flores y las montañas, todo se une. Y entonces yo lentamente lo coordino a mi gusto, las cosas que veo y las cosas que pienso, tomándome un largo tiempo y rebuscando en mi memoria sueños y libros que he leído y recuerdos, para hacer ¿cómo diría?, una foto, sí, una escena como una foto de souvenir.

»Y poco a poco añado a esta foto las nuevas imágenes que voy viendo, y finalmente la foto está llena de gente hablando y cantando y moviéndose por ella ¿entiendes? Sabes, les hago moverse por ella. Y entonces, todas las veces, sabes, todas las veces, aparece esta especie de enorme palacio, está esta cosa como un palacio en mi cabeza, con montones de gente juntándose y haciendo toda clase de cosas.

»Entonces es realmente divertido acabar este palacio y mirar en su interior, igual que mirar la tierra desde las nubes, porque allí está todo, todas las cosas del mundo. Todo tipo de personas hablando diferentes lenguas, y los pilares del palacio están hechos con estilos muy diferentes, y comida de todas las partes del mundo se amontona en las mesas.

»Es mucho más grande y más detallado que una película. Hay todo tipo de personas, realmente todo tipo de personas. Ciegos y mendigos y cojos y payasos y enanos, generales con galones dorados y soldados cubiertos de sangre, caníbales y negros pintarrajeados y prima donnas y toreros y atletas musculosos, y nómadas rezando en el desierto, allí están todos allí con algo que hacer. Y yo los observo.

»El palacio está siempre junto al mar y es hermoso, es *mi* palacio.

»Es como si tuviera mi propio parque de atracciones y pudiera ir al país de nunca-jamás cuando quisiera. Sólo aprieto un botón y todo se pone en movimiento.

»Y mientras estoy disfrutando de esta manera, el coche llega a su destino, y saco el equipaje y planto la tienda de campaña y me pongo el traje de baño y otra gente me habla, sabes, paso verdaderamente un mal rato tratando de proteger el palacio que he construido. Cuando los otros dicen que el agua está fabulosa, sin contaminar, o algo parecido, es como si fueran derruyendo mi palacio. ¿Me entiendes, no, Lilly?

»Una vez, en Kyushu, fui a un volcán, un famoso volcán en actividad; cuando llegué a la cumbre y vi el humo y las cenizas saltando a mi alrededor, quise hacer volar mi palacio. No, ya antes, cuando olí el sulfuro de aquel volcán, encendí la mecha ya puesta en la dinamita. Basta una guerra, sabes, Lilly, para acabar con el palacio. Los enfermeros corren desorientados y los oficiales gritan “¡Adelante!”» pero ya es demasiado tarde. El suelo explota y los pies vuelan en el aire, porque la guerra ha comenzado y yo ya no puedo hacer nada, yo no la he empezado, pero antes de que te des cuenta de nada todo son ruinas.

»Como es un palacio imaginado por mí no importa gran cosa lo que le ocurra. Siempre ocurre igual, sabes, cuando hago un viaje, y también cuando miro afuera los días de lluvia.

»Mira, hace un tiempo, cuando fui al lago de Kawaguchi con Jackson y los otros, tomé ácido, y cuando traté de construir el palacio, no se hizo un palacio sino una ciudad, sabes, una ciudad.

»Una ciudad con no sé cuántas carreteras y parques y escuelas e iglesias y plazas y antenas y fábricas y muelles y estaciones y mercados y zoos y oficinas municipales y mataderos. Y de mi decisión dependió también cada cara y cada tipo de sangre de todos los habitantes de la ciudad.

»Pensaba continuamente: ¿Nadie podrá hacer una película que se parezca a lo que pasa por dentro de mi cabeza? Sí, siempre lo pienso.

»Una mujer se enamora de un hombre casado, él se va a la guerra y mata a un niño en un país extranjero, la madre de ese niño lo salva a él en una tormenta sin saber lo que antes ha hecho, nace una niña, crece y se convierte en una puta y se lía con un gángster, un tío de lo más *cool*, sabes, pero un juez es muerto a tiros y el padre de este juez era de la Gestapo durante la guerra... Bueno, finalmente la chica baja por una calle bordeada de árboles mientras suena de fondo una pieza de Brahms... Pues nada de esto sino todo lo contrario.

»Sería como cuando, sabes, cortas en canal un enorme buey y te comes un filete de ese tamaño. No, eso es difícil de entender, pero escucha, incluso si el filete es pequeño puedes seguir comiendo buey y hasta *el* buey, en cierto sentido. Así que me gustaría ver una película que cortase una rodaja del palacio o de la ciudad de mi cabeza, como si cortara un buey, creo que podría hacerse.

»Creo que podría ser una película como un enorme espejo, un espejo soberbio, reflejando a todo aquel que lo viera, me gustaría mucho ver una película así. Si hicieran una película así correría a verla».

—Voy a contarte —dijo Lilly— la primera escena de la película: un helicóptero, que llegaría cargando una estatua de Jesucristo. ¿Qué te parece? ¿Vale?... La mescalina también te ha tocado. Eh, Ryu, vámonos a conducir un rato, vámonos a un volcán, y tú podrás construir otra vez una ciudad y contarme lo que veas. Estoy segura de que está lloviendo en esa ciudad, con truenos y relámpagos y todo. ¡Vámonos!

Repetí varias veces que podía ser peligroso conducir, pero Lilly no quería escuchar. Agarrando las llaves, salió corriendo a través de la flagelante lluvia.

Anuncios de neón que taladraban los ojos y faros de coches viniendo de frente cortando el cuerpo en dos, camiones que pasaban con un fragor como el de enormes cataratas, grandes árboles que de repente se cruzaban en nuestro camino y ruinosas casas abandonadas al borde de la carretera, fábricas con misteriosas máquinas alineadas y llamadas asomando por chimeneas, la carretera derramándose como acero fundido en unos altos hornos.

La sombría y caudalosa riada gimiendo como un ser viviente, la hierba crecida junto a la carretera danzando con el viento, un transformador eléctrico cercado con una valla de alambre jadeando vapor, y Lilly riéndose, riéndose como una loca, y yo, que lo registro todo.

Todo refulgía con una luz propia.

La lluvia magnificaba y ampliaba cada detalle. La luz proyectaba sombras racheadas azules y blancas en las paredes de las casas durmientes y nos sobresaltaba, como si monstruos extraños nos enseñaran los dientes, por un instante.

—Debemos estar yendo bajo tierra ahora, por un gran túnel seguro. No pueden verse las estrellas y el agua del alcantarillado corre por todas partes. Y hace tanto frío, se nos ha debido tragar la tierra, aquí sólo hay animales extraños, desconocidos.

El coche zigzaguea al azar, se detiene brutalmente repetidas veces, ninguno de los dos sabemos a dónde vamos.

Lilly detuvo el coche delante de un gigantesco transformador que parecía flotar a la luz de los faros, como sostenido por su zumbido.

Los maelstróms de gruesos cables están rodeados por una valla de alambre. Contemplamos el abrupto acantilado de una torre metálica que parecía querer clavarse en el corazón de la noche.

—Esto debe ser un tribunal —dijo Lilly, y empezó a reírse, mirando los anchos campos iluminados que rodeaban el transformador. Las huertas de tomates se encrespaban con el viento.

—Es como el mar —dijo ella.

Los tomates estaban mojados y maravillosamente rojos en la oscuridad. Relucían intermitentemente como bombillitas de árbol de navidad. Los innumerables frutos rojos temblando, alineados en bandadas, eran como peces con dientes luminosos nadando en la noche de los abismos marinos.

—¿Qué es eso?

—Creo que son tomates, aunque desde luego no lo parecen.

—Es como el mar, un mar tierra adentro en el que nunca habíamos estado. Y algo flota en este mar.

—Deben haber colocado minas. No puedes entrar, está prohibido. Tocas una de esas, vuelas y mueres. Es para proteger el mar.

Había un edificio largo y bajo más allá de los campos. Parecía una escuela o una fábrica.

Los relámpagos rasgaban el aire y el coche quedó todo salpicado de blancas chispas. Lilly gritó. Sus piernas desnudas tenían carne de gallina; pegaba sacudidas al volante, tiritaba.

—Sólo es la luz, cálmate, Lilly.

—¡No sabes lo que dices! —gritó.

Abrió de repente la puerta. Un rugido monstruoso invadió el coche. Intenté retenerla.

—Me voy al mar, aquí no puedo respirar. ¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

En un momento saltó fuera y cerró la puerta tras de sí. Con el pelo al aire, pasó por delante del parabrisas. Una humareda rosada se elevaba desde la maleza, y en la carretera el vapor flotaba iluminado por los faros de los coches. Más allá del cristal, Lilly gritó algo, enseñando los dientes. Quizás realmente estuviéramos junto al mar y Lilly fuera un sinuoso pez de las profundidades.

Me hizo señas. Su expresión y sus gestos eran iguales a los de una niña que vi una vez en un sueño, recogiendo una pelota.

El sonido de los limpiaparabrisas chirriando contra el cristal me hizo pensar en los crustáceos gigantes, capaces de atrapar a un hombre y reducirlo a papilla.

En mi cubículo de metal, los asientos blancos eran tan blandos y resbaladizos como la carne de una almeja gigante. Las paredes se contraían y exudaban un fuerte ácido, envolviéndome y disolviéndome.

—¡Ven deprisa! ¡Te vas a derretir ahí dentro!

Lilly penetró en el campo. Sus brazos extendidos son como aletas; su cuerpo ondula como un reflejo; las gotas de lluvia en su piel son como escamas brillantes.

Abrí la puerta.

El viento rugía como si se agitase el planeta entero.

Los tomates, sin ningún cristal de por medio, no eran rojos. Se aproximaban a ese anaranjado especial de las nubes en el crepúsculo. Un anaranjado flasheando con una luz desesperada que te quemaba la retina, incluso si cerrabas los ojos.

Corrí detrás de Lilly. En las hojas de tomatara que rozaban mis brazos lucía una amenaza devoradora.

Lilly cogió un tomate:

—Eh, Ryu, mira, es igual que una bombilla encendida.

Corrí hacia ella, agarré el tomate y lo lancé lejos.

—¡Al suelo, Lilly! Es una granada. ¡Al suelo!

Lilly se echó a reír a carcajadas y caímos al suelo juntos.

—Es como si estuviéramos en el fondo del mar; está tan tranquilo que casi me asusta. Ryu, ¿sabes que puedo oír tu respiración y también la mía?

Los tomates igualmente, encima de nosotros, respiraban sin ruido, y su aliento, mezclado con el nuestro, se movía como niebla entre los surcos. En la embarrada tierra negra había algunas matas de hierba que nos cosquilleaban la piel, y miríadas de minúsculos insectos. El aliento de toda esta vida sorda llegaba a nosotros desde la profundidad de la tierra.

—Mira, eso debe ser una escuela, veo una piscina —dijo Lilly.

El edificio gris-ceniza despedía sonidos y aromas, nos atraía hacia él. Aquella escuela flotando en la oscuridad era como la salida dorada del sol al final de una gruta interminable. Arrastrando nuestros cuerpos, pesados por culpa del barro, y pisoteando plantas de tomates, cruzamos el campo.

Cuando salimos del viento y la lluvia y llegamos a la acogedora proximidad del edificio, nos pareció que estuviésemos a la sombra de un dirigible que flotase en el cielo. Estaba todo demasiado en calma, y el frío nos acosaba.

Al borde de un ancho patio había una piscina, rodeada de flores. Como las erupciones de un cadáver putrefacto, como un pulmón con células cancerígenas proliferantes, las plantas florecían. Contra una pared que se agitaba como ropa blanca, se retorcián por el suelo o se elevaban de repente a bailar con el viento.

—Tengo frío, como si estuviera muerta —dijo Lilly.

Estaba temblando y me llevó de regreso al coche. Las aulas de clase vistas a través de los cristales parecían listas para devorarnos. Los pupitres y sillas en filas regulares me



recordaban a fosas comunes esperando a soldados desconocidos. Lilly trataba de escapar del silencio.

Me solté de su brazo y corriendo con todas mis fuerzas, atravesé el patio. Lilly gritaba detrás mío.

—¡Vuelve, te lo suplico, no te vayas!

Llegué a la valla metálica que rodeaba la piscina y empecé a trepar por ella. Abajo en el agua, las ondas luchaban y se cabalgaban, parecía la pantalla de un televisor al fin de la emisión. Los relámpagos se reflejaban, arrojando luces metálicas.

—¿Te das cuenta de lo que haces? ¡Vuelve, te vas a matar, vas a acabar matándote!

Apretándose el cuerpo con los dos brazos, con las piernas enroscadas, Lilly gritaba en mitad del patio.

Tenso como un desertor del ejército, me dejé caer al borde de la piscina. Miles de ondas se formaban constantemente, el agua parecía gelatina translúcida. Me metí dentro.

Un relámpago iluminó la palma de las manos de Lilly sobre el volante. Líneas azules se hundían en la piel transparente; gotas de agua rodaban por sus brazos embarrados. En la carretera, que parecía un enorme tubo de metal torcido, el coche corría junto a la valla metálica que rodeaba la base.

—Eh, me olvidé por completo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿En mi ciudad imaginaria, sabes? Me olvidé de poner un aeropuerto.

El pelo de Lilly se pegaba en mechones a causa del barro. Su cara estaba pálida, pequeñas venas palpitaban en su cuello, tenía los hombros de piel de gallina.

Veía las gotas de agua cayendo por el parabrisas como los pequeños escarabajos del verano. Pequeños escarabajos que reflejaban el bosque entero en sus redondos caparazones.

Lilly confundía el acelerador y el freno; cada vez, estiraba, rígida, sus blancas piernas y sacudía violentamente la cabeza para despejarse.

—Oye, la ciudad ya está casi hecha, pero es una ciudad submarina. ¿No sé qué puedo hacer con el aeropuerto? ¿Tienes alguna idea, Lilly?

—Oye, corta con ese rollo estúpido, estoy asustada, deberíamos volver.

—Tenías que haberte lavado todo el barro en la piscina igual que yo, Lilly. ¿A que da una horrible sensación cuando se seca? En la piscina todo era hermoso, el agua relucía. Ahí tomé la decisión de hacer una ciudad submarina, sabes.

—¡Te he dicho que cortes el rollo! Oye, dime dónde estamos. No sé dónde estamos yendo, no puedo ver bien, oye, ponte junto a mí. Podríamos morir, morir es lo único que pienso. ¿Dónde estamos, Ryu? ¡Dime dónde estamos!

Súbitamente una luz metálica naranja se encendió como si explotase en el coche, Lilly soltó un alarido de sirena y soltó el volante.

Al momento tiré del freno de mano y el coche desbocado se deslizó hacia un lado, aplastó la valla de alambre, chocó contra un listón y se detuvo.

—Ah-ah, es un avión mira. ¡Es un avión!

La pista se llenó de todo tipo de luces.

Una pléyade de focos se revolvió de un lado a otro, las ventanas de los edificios se encendieron, las luces de guía a lo largo de la pista relucieron intermitentemente.

El atronador zumbido del reactor, brillante, centelleante, corriendo por la pista, lo sacudió todo.

Había tres focos en la cumbre de una alta torre. Sus cilindros de luz pasaron por nosotros como cuellos de dinosaurios, las montañas distantes se iluminaron. Una ráfaga de lluvia allá arriba, cortada por la luz, se congeló en una centelleante sala plateada. El foco más fuerte volvió lentamente, iluminando áreas fijas, iluminando otra pista que había a poca distancia de nosotros. La violencia del choque nos había dejado aturcidos, sin voluntad. Como robots de tres al cuarto, salimos y nos pusimos a andar. Abandonamos el coche y nos dirigimos hacia la pista, acercándonos cada vez más al atronador silbido del reactor que hacía temblar el suelo.

Ahora la luz iluminaba las laderas de las montañas, al otro lado. Inmenso, el deslizante círculo naranja recorría la noche descubriendo sus secretos, sacándolos de sus oscuros escondrijos.

Lilly se quitó los zapatos embarrados y los lanzó contra la verja de alambre. La luz barrió los bosques, espantando a los pájaros dormidos que alzaron el vuelo.

—¡No tenemos tiempo, Ryu, estoy asustada, no tenemos tiempo!

La alambrada se fue volviendo como oro incandescente. Vista de cerca, la luz hacía pensar en una barra de hierro al rojo. El círculo de luz se detuvo cerca nuestro. El vapor subía de la tierra. La tierra, la hierba, el hormigón de la pista de aterrizaje, todo se volvió blanco como vidrio fundido.

Lilly entró la primera en esta blancura. Yo la seguí. Por un momento no pudimos oír nada. Pocos segundos después, un dolor insoportable maceró nuestros oídos, como si nos taladrasen con agujas hirvientes. Lilly se llevó las manos a las sienes y cayó hacia atrás. Un olor a quemado llenó mis pulmones.

La lluvia se clavaba en nuestros cuerpos como los ganchos de los refrigeradores en la carne congelada.

Lilly buscaba algo en el suelo. Como un soldado miope que perdiera sus gafas en el campo de batalla, palpaba el suelo frenéticamente.

¿Qué estaba buscando?

Las espesas nubes, la lluvia incesante, la hierba donde dormían los insectos, la entera base cenicienta, la húmeda pista reflejando la base, el aire moviéndose en ráfagas, todo era dominado por el reactor escupiendo sus llamas gigantescas.

Empezó a rodar lentamente por la pista. La tierra tembló, la gran masa de metal adquirió velocidad gradualmente. Su penetrante silbido atravesaba el aire como un bistorio de fuego. Frente a nosotros, cuatro enormes motores tubulares expulsaban llamaradas

azules. Una furiosa vaharada, impregnada de olor a keroseno, me hizo caer bruscamente.

Con la cara crispada, pegué en el suelo. Mis ojos nublados trataban desesperadamente de ver. Mientras intentaba pensar, el blanco vientre del avión empezó a flotar apartado del suelo y, antes de darme cuenta, fue aspirado por las nubes.

Lilly estaba mirándome. Tenía espuma entre los dientes, y un hilo de sangre como si se hubiera mordido en la boca.

—Oye, Ryu, ¿qué tal la ciudad?

El avión descansaba en mitad del cielo. Parecía que se hubiese parado, como un juguete colgando de un alambre del techo de una tienda. Pensé que éramos nosotros quienes nos alejábamos a una velocidad terrorífica. La impresión de que el suelo, la hierba, la pista, han basculado bajo nuestros pies y caen en el vacío.

—Oye, Ryu, ¿qué pasa con la ciudad? —preguntó Lilly, tumbada de espaldas en la pista.

Sacó un lápiz de labios de su bolsillo, se quitó la ropa y empezó a pintarse el cuerpo. Riéndose, dibujaba líneas rojas en su vientre, sus pechos, su cuello.

Mi cabeza estaba vacía, sólo había el hedor a keroseno.

Lilly se había dibujado una máscara en la cara con la barra de labios; parecía una de esas africanas que bailan en los festivales.

—Oye, Ryu, mátame. Hay algo extraño, Ryu, quiero que me mates —me dijo Lilly, con lágrimas en los ojos.

Me lancé fuera de la pista. Mi cuerpo chocó con la valla. El alambre trenzado se clavó en la carne de mi hombro. De pronto deseé un agujero abierto en mí. Quería librarme del olor a keroseno, era mi único pensamiento. Concentrándome en eso olvidé dónde estaba. Arrastrándose por el suelo, Lilly me llamó. Pataleando pintada de rojo, desnuda, me pedía que la matara. Me acerqué a ella. Su cuerpo se agitaba violentamente, lloraba con fuerza.

—¡Mátame, Ryu, mátame pronto!

Toqué su cuello, estriado de líneas rojas.

Entonces una parte del cielo se encendió.

Por un instante, a la luz azul pálido del relámpago todo se hizo transparente. El cuerpo de Lilly y mis brazos y la base y las montañas y el cielo nublado, todo transparente. Y entonces descubrí una línea curva atravesando la transparencia. Tenía una forma que

nunca antes había visto, una blancura que se curva trazando arcos espléndidos.

—Ryu, ¿sabes que eres un bebé? No eres más que un bebé, al fin y al cabo.

Aparté la mano del cuello de Lilly y con mi lengua le quité la espuma de la boca.

Ella me quitó la ropa y me abrazó.

Un aceite que fluía de alguna parte formó un delta en torno a nuestros cuerpos. Un delta con los colores del arco-iris.

Por la mañana temprano cesó la lluvia. La ventana de la cocina y las puertas corredizas de cristal brillaban como láminas de plata.

Mientras respiraba el aroma del café que estaba preparando, la puerta de la calle se abrió repentinamente. Aparecieron tres policías, con sus rotundos pechos envueltos en uniformes con olor a sudor, con insignias blancas en los hombros, sorprendido, dejé caer el azúcar en el suelo. Uno de los policías me preguntó:

—¿Qué estáis haciendo aquí, eh, chavales?

Me quedé inmóvil sin responderle, y los otros dos policías me apartaron de un empujón y entraron en la sala. Ignorando a Kei y Reiko, allí tumbadas, se plantaron con los brazos cruzados en la puerta de la terraza y entonces, de un golpe, abrieron violentamente las cortinas.

El ruido y la fuerte luz que entró al instante despertaron a Kei, que se levantó de un salto. A contrasol, los polis parecían gigantes.

El gordo que se había quedado en la puerta, un oficial ya mayor, apartó de una patada los zapatos que había por allí tirados y con calma deambuló por la sala.

—Bueno, no traemos orden, pero no os vais a enfadar por eso ¿verdad, chicos? ¿Ésta es tu casa? ¿Lo es?

Agarró mi brazo y buscó marcas de aguja.

—¿Eres estudiante?

Los dedos del gordo oficial eran cortos y sus uñas estaban sucias. Aunque no me sujetaba con fuerza, ya no podía mover el brazo. Yo miraba fijamente la mano del oficial que me agarraba, bañada por la luz de la mañana, como si fuera la primera mano que hubiera visto nunca.

En la habitación, los otros, casi todos desnudos, se apresuraban a vestirse. Los dos policías jóvenes murmuraban entre sí. Desde donde yo estaba pude oír palabras como «degenerados» y «marihuana».

—¡Vestiros deprisa, eh, tú, ponte unos pantalones!

Kei, todavía con sólo las bragas, miró con fiereza al gordo. Yoshiyama y Kazuo estaban junto a la ventana, el rostro de hielo. Mientras estaban así, frotándose los ojos, uno de los polis les ordenó apagar la radio, que estaba a todo volumen. Junto a la pared, Reiko rebuscaba en su bolso. Encontró su cepillo de pelo y comenzó a peinarse. El policía con gafas le quitó el bolso y lo vació sobre la mesa.

—Eh, qué está haciendo, estese quieto —protestó Reiko, con voz débil, pero el poli

sólo soltó un gruñido, ignorándola.

Moko, desnuda, estaba todavía tumbada boca abajo en la cama, sin hacer el menor esfuerzo para levantarse, con los flancos sudorosos expuestos a la luz. Los policías jóvenes parecían fascinados por los pelos negros que asomaban entre sus nalgas. Yo me acerqué, la cubrí con la sábana y la sacudí por el hombro, diciendo:

—Levántate.

—¡Tú, vístete! ¿Por qué me miras así, eh?

Kei murmuró algo y se dio la vuelta, pero Kazuo le alcanzó unos jeans y ella se los puso, restallando la lengua. Su garganta temblaba.

Plantados en jarras, los tres policías miraron la habitación y examinaron el cenicero. Moko abrió finalmente los ojos y musitó:

—¿Huh? ¿Qué? ¿Quiénes son estos tíos?

Los polis sonrieron sardónicamente.

—Oíd, nenes, lo vuestro es demasiado, molesta a la gente eso de que estéis ahí todos acostados en pelotas a pleno día. Quizás a vosotros no os importe, pero hay gente, no como vosotros, parias, que saben lo que es tener vergüenza.

El oficial de más edad abrió la puerta de la terraza; un fino chaparrón de polvo, parecido al agua pulverizada de una ducha, cayó y voló hacia afuera.

La ciudad, por la mañana, brillaba demasiado para poder distinguir detalles. Los parachoques de los coches que pasaban, centelleantes, me daban náuseas.

Los polis parecían tener el doble de tamaño que cualquiera de nosotros.

—¿Eh, importa que fume? —preguntó Kazuo, pero el poli con gafas dijo que lo olvidara, le cogió el cigarrillo de la mano y lo volvió a meter en el paquete. Reiko ayudaba a Moko a vestirse. Muy pálida y temblorosa, Moko se puso el sujetador.

Combatiendo mi creciente náusea, pregunté:

—¿Hay algún problema?

Los tres se miraron entre sí y se rieron con ganas.

—¿Problema? ¡Eh, esa sí que es buena, viniendo de ti! Mira, no sois perros como para ir enseñando el culo a todo el mundo. Quizás no lo sepáis, pero hay cosas que no se deben hacer.

Otro dijo:

—¿Tenéis familia, no? ¿No os dicen nada de esta vida que lleváis? No les importa ¿eh? Sabemos cómo jodéis todos con todos. Eh, tú, solo tú, seguro que lo haces con tu propio padre ¿no? ¡Te estoy hablando a ti!

Se volvió y se dirigió a Kei; ella lloraba.

—Oye, zorrita, ¿te he dicho algo malo?

Moko siguió temblando sin poder dominarse, así que Reiko le abotonó la camisa.

Kei se fue hacia la cocina, pero el oficial gordo la agarró del brazo y la hizo volver.



Después de que Yoshiyama, el mayor de nosotros, se esforzara en recitar las clásicas disculpas en la polvorienta y maloliente comisaría, sin volver al apartamento nos fuimos a un concierto de los Bar Case en el Hibiya Park al aire libre. Estábamos todos destrozados por haber dormido tan poco. En el tren nadie abrió la boca.

—Sí, fue una puta suerte que no encontraran el hash, Ryu. Lo bueno es que estaba justo delante de ellos y ni lo olieron. Fue mucha leche que sólo vinieran por el escándalo y que no fueran estupas, una leche acojonante —repetía Yoshiyama mientras salíamos del tren.

Kei hizo una mueca y saltó al andén. En los lavabos de la estación, Moko nos pasó a todos cápsulas de Nibrole.

Masticando su píldora, Kazuo le preguntó a Reiko:

—¿Oye, de qué estabais hablando con aquel poli en el vestíbulo de la comisaría?

—Me dijo que era un fan de Led Zeppelin. Había ido a una escuela de diseño, era un tío legal.

—¿De verdad? Tenías que haberle dicho que alguien me chorizó el flash.

Yo engullí también una píldora.

Cuando llegamos frente a los árboles que rodeaban el lugar, todos estábamos ya colocados. En el teatro al aire libre que había en mitad del bosquecillo, sonaba música rock lo bastante fuerte como para sacudir las hojas con violencia. Chavales con monopatines circulaban alrededor de la valla observando a los melenudos que saltaban en el escenario. Una pareja sentada en un banco al ver las sandalias de goma de Yoshiyama sonrieron y cuchichearon entre sí. Una joven madre con su niño en el regazo se alejó de nosotros. Unas niñas, que corrían jugando con sus globos, se pararon de pronto paralizadas por la estridencia aguda de la vocalista. Una dejó escapar su globo y pareció a punto de llorar. El gran globo colorado se elevó por los aires.

—Oye, tío, no tengo pasta —me dijo Yoshiyama mientras yo compraba mi entrada.

Moko dijo que tenía un amigo que trabajaba en el concierto y se fue hacia el escenario. Kei compró su entrada y se apresuró a entrar.

—No tengo bastante para dos —le dije a Yoshiyama.

—Bueno, treparé la valla y entraré por detrás.

Le dijo a Kazuo, que tampoco tenía dinero, que fuera con él.

—No sé si andan bien estos —dije, pero Reiko no pareció oírme: el solo de guitarra

era atronador.

Todo tipo de amplificadores y bafles estaban alineados en el escenario, como una arquitectura de juguete. Una chica con un vestido de lame verde estaba cantando *Me and Bobby McGee*, aunque no se podía distinguir la letra. Arqueando los riñones, lanzaba bruscamente el vientre hacia adelante cada vez que los grandes címbalos centelleantes emitían su sonoro disparo. La gente de las primeras filas daba palmas y bailaba, con las bocas abiertas. El ruido culebreaba entre los asientos y se elevaba hacia el cielo. Cada vez que el guitarrista lanzaba su mano derecha hacia abajo para un acorde, mis oídos retumbaban. Cada sonido multiplicaba los otros; a cada golpe parecía que la tierra fuese a abrirse.

Anduve por el anfiteatro, en forma de abanico, hasta la última fila de asientos; tuve la impresión de estar en pleno verano, con todas las cigarras zumbando al unísono en mitad de un bosque, durante la mañana.

Alguien pasó una bolsa con pegamento para esnifar, toda humedecida de opalescencias lechosas, otro pasó el brazo por el hombro de una chica riéndose sin parar con la boca llena de dientes, otro llevaba una camiseta con la cara de Jimi Hendrix. Todo tipo de zapatos apisonaban la tierra: de cuero *zori*, sandalias con correas atadas alrededor de los tobillos, botas de vinilo plateado con flecos, altos tacones esmaltados, zapatillas de tenis, sin contar los pies descalzos. Y toda la gama de pintura de labios, de uñas, de sombra de ojos, de pelos, de colorete oscilando al ritmo de la música el tumulto de inmensa ondulación. Cerveza espumada, desbordada, botellas de cola rotas, humo de cigarrillos alzándose espeso, el sudor resbalaba por la cara de una chica extranjera con un diamante en la frente, un tipo barbudo hacía girar un foulard verde anudado, subido en una silla y meneando los hombros. Una chica con una pluma en su sombrero escupió saliva, otra chica con gafas de sol verdes, abriendo la boca, se mordía por dentro las mejillas. Su falda, larga y mugrienta, se encrespaba ondeándose. El movimiento del aire parecía concentrarse alrededor suyo al compás del balanceo de sus caderas.

—¡Eh, Ryu! Eres Ryu ¿verdad?

El tío que me hablaba había extendido un paño negro en el suelo junto a la fuente de agua que había en la esquina del camino, y encima había colocado artículos de metal, broches y alfileres de corbata con forma de animales o símbolos zodiacales, incienso hindú, y folletos sobre yoga y drogas.

—¿Qué tal? ¿Te has hecho comerciante?

El tío, que se apodaba Macho, me sonrió mientras me acercaba, extendiendo sus manos en círculo, aquellas manos que siempre acariciaban discos de Pink Floyd cuando nos sentábamos en las cafeterías, tiempo atrás.

—No, sólo estoy ayudando a un amigo —dijo, meneando la cabeza. Era delgado, los dedos de sus pies estaban negros de mugre, le faltaba uno de los dientes frontales.

—Es un muermo, este tipo de música machacona está pasada de moda. Antes han actuado unos cantantes maricones, Julie o no sé qué, les he tirado piedras. Ahora vives cerca de la base de Yokoda ¿no? ¿Qué tal está? ¿Hay buen rollo?

—Sí, bueno, porque hay tíos negros, cuando hay negros de por medio la cosa está bien, porque son diferentes, fumando hierba y soplando vodka y luego cuando están pedos tocando el saxo de forma acojonante, sabes, son otra cosa.

Justo frente al escenario, Moko bailaba, casi desnuda. Dos fotógrafos la ametrallaban, clic-clic. Un tío que tiraba papeles ardiendo entre los asientos fue rodeado por varios guardias y lo sacaron fuera. Un tipo pequeñito que llevaba una bolsa con pegamento para esnifar trepó al escenario y agarró a la cantante por detrás. Tres tíos del servicio de orden trataron de apartarlo. Él clavó sus zarpas en la cintura del vestido de lame azul de la chica y trató también de coger el micro. Furioso, el bajista le golpeó en la espalda con un soporte de micro. El hombrecito se dobló hacia atrás llevándose las manos a los riñones, pareció que iba a caerse, entonces el bajista de un empujón lo catapultó a las primeras filas de asientos, la gente que estaba allí bailando se apartó gritando. El tipejo cayó de cabeza, sin soltar la bolsa con pegamento; dos guardias lo agarraron de los brazos y lo echaron del recinto.

—¿Ryu, te acuerdas de Meg? Ya sabes, la chica que vino a vernos en Kyoto y que quería tocar el órgano en nuestra banda. La de los ojos grandes, sí, aquella que nos contó que la habían echado de la escuela de arte —dijo Macho, sacándome un cigarrillo del bolsillo de la camisa y encendiéndolo. El humo escapó entre los huecos de sus dientes.

—Claro que me acuerdo.

—Vino a Tokyo, a mi casa, quise que se pusiera en contacto contigo también, pero no sabía tu dirección. Porque ella decía todo el rato que quería verte, sabes. Debió ser poco tiempo después de que te mudaras.

—¿De verdad? A mí también me hubiera gustado mucho verla.

—Vivimos juntos un tiempo. Era una buena chica, Ryu, realmente una buena chica. Sí, era dulce, muy dulce. Por ejemplo, en el mercado vio que un conejo no se había vendido y le dio pena y lo cambió por su reloj. Era una tía con pasta, el reloj era un Omega, por un birrioso conejo, realmente demasiado, pero era de esa clase de chicas.

—¿Sigue todavía por aquí?

Sin responder, Macho se levantó la pernera del pantalón y me enseñó su pantorrilla izquierda. Rosadas cicatrices de quemaduras le subían por toda la piel.

—¿Qué es eso? ¿Te quemaste? ¿Qué ocurrió? Tiene mala pinta.

—Sí, mal asunto, estábamos pirados y bailando, sabes, en mi habitación. Su falda se

prendió fuego, de la estufa de gas, sabes, una maxifalda. Ardió en el acto, en un instante, y ni siquiera se le podía ver la cara.

Se echó hacia atrás el pelo lacio, tiró el cigarrillo y lo apagó con su sandalia.

—Se quemó casi hasta carbonizarse, un cuerpo abrasado no es agradable de ver, sabes, una cosa mala. Vino su padre. ¿Y cuántos años te crees que tenía ella? Quince, sólo quince años, me quedé petrificado al enterarme.

Sacó chicle de un bolsillo y se lo llevó a sus dientes rotos. Lo rechazé cuando me ofreció.

—Si yo hubiera sabido la edad que tenía, la hubiera mandado de vuelta a Kyoto. Me dijo que tenía veintiuno, actuaba como si los tuviera, así que la creí, de veras.

Luego Macho dijo que quizás volviese al campo, que si quería ir a visitarle.

—Siempre me estoy acordando del aspecto de su cara en aquel momento. Para el viejo también fue terrible. No voy a pirarme nunca más. Al menos con aquella mierda de Hyminal.

—¿Le pasó algo a tu piano?

—¿Si se quemó? Ella fue la única que ardió, sabes, el piano ni se enteró.

—¿Pero ahora ya no lo tocas?

—Sí, sí lo toco. ¿Y tú que tal, Ryu?

—Me estoy quedando hecho pura herrumbre.

Macho se levantó y fue a comprar un par de coca-colas. Me ofreció unas palomitas sobrantes. De vez en cuando, soplaban una brisa caliente.

Las burbujas me pinchaban la garganta, agarrotada por el Nibrole. Sobre el paño negro, un pequeño espejito con los bordes labrados reflejaba mis ojos amarillentos.

—¿Te acuerdas cuando yo tocaba el *Crystal Ship* de los Doors?

—Cállate, ahora cuando lo oigo me dan ganas de llorar, cuando oigo ese piano es como si lo estuviera tocando yo, no puedo aguantarlo. Quizás dentro de muy poco ya no sea capaz de escuchar nada, todo es tan condenadamente nostálgico. Estoy quemado. ¿Y tú, Ryu? Porque muy pronto los dos cumpliremos los veinte ¿no? No quiero acabar como Meg, no quiero volver a ver a nadie en ese estado.

—¿Vas a volver a tocar a Schumann?

—No me refiero a eso, sabes, pero de lo que estoy seguro es de que quiero apartarme de esta asquerosa forma de vida, lo que pasa es que no sé qué hacer.

Escolares con uniformes negros pasaban en línea de a tres por el camino que había más abajo. Una mujer con un banderín de guía, con toda la pinta de ser la profesora, les estaba diciendo algo en voz alta. Una niñita se paró y nos miró a Macho y a mí apoyados en la verja de alambre, los dos con melenas y aspecto cansado. Llevaba un gorro rojo y nos miró, mientras sus compañeros iban pasando de largo. La profesora le dio un golpecito en la cabeza y ella volvió a la fila corriendo, agitando su morral blanco. Antes de perderse de vista, se dio la vuelta para echarnos una última mirada.

—Un viajecito escolar —murmuré.

Macho escupió el chicle y se rió:

—¿Un *viaje* a mi edad?

—¿Oye, Macho, qué pasó con el conejo?

—¿El conejo? Lo conservé un tiempo pero me daba malas vibraciones, y no pude encontrar a nadie que se lo quedara.

—Quizás yo podría.

—¿Eh? Demasiado tarde, me lo comí.

—¿Te lo comiste?

—Sí, le pedí al carnicero del barrio que lo matara, pero era un conejo muy pequeño, no tenía mucha carne. Lo rocié con ketchup, sabes, me costó sacar algo.

—¿Te lo comiste, eh?

El sonido de los grandes bafles parecía ajeno a la gente que se movía en el escenario. Parecía un ruido que hubiese estado sonando desde el principio de los tiempos, y que, hoy, una banda de monos maquillados bailasen a su ritmo.

Toda sudorosa, Moko vino hasta nosotros, miró a Macho y me agarró de la manga.

—Te llama Yoshiyama, allá abajo. A Kazuo le han pegado los del servicio de orden, está herido.

Macho se volvió a sentar junto al paño negro.

—Oye, Macho, avísame cuando te vayas al campo.

Le lancé un paquete de Kool mentolado.

—Sí, y tú cuídate —me lanzó un broche hecho con nácar transparente—. Aquí tienes, Ryu, es el Barco de Cristal.

—¿Oye, Moko, de verdad te diviertes, ahí metida entre todo el mundo, sudando y bailando al son de esta mierda de música?

—¿De qué hablas? ¿Si no te diviertes, para qué estás aquí?

Chupando ruidosamente de un canuto empapado de saliva, Yoshiyama se acercó hacia nosotros.

—Ese idiota de Kazuo trató de trepar la valla justo cuando un guardia estaba mirándole. Cuando quiso escapar, le dieron un garrotazo en la pierna. Mal rollo. Mierda, ese tipo del servicio de orden era un verdadero hijoputa, lo ha golpeado con un bate.

—¿Le ha llevado alguien al hospital?

—Sí, Kei y Reiko. Reiko dijo que volvía a su casa a descansar un rato, y Kei debía llevar a Kazuo a su apartamento. Esta historia me pone enfermo, me cabrea de veras.

Yoshiyama le pasó el canuto a una chica muy maquillada que estaba a su lado. Tenía altos pómulos y un montón de pintura verde pringada en los ojos.

—¿Eh, qué es esto? —preguntó.

El tío que la llevaba de la mano le dijo al oído:

—Es marihuana, gilipollas.

—Anda, gracias —dijo ella, chispeándole los ojos. Ella y su chico chuparon ruidosamente del porro.

Moko se tragó dos píldoras más de Nibrole en la fuente de agua. Estaba empapada de sudor y se le marcaban las bragas en los pantalones. Un fotógrafo que llevaba un brazalete le disparó una foto cuando vino a abrazarse a mí. Yo aparté su brazo de mi cuello.

—Eh, Moko, si quieres puedes irte a bailar un rato más.

—¿Uh? ¿Después de que te dejo aspirar mi Dior? Te odio, Ryu, no haces más que cortarme.

Me sacó la lengua y volvió a unirse al baile. A cada salto se le meneaban las tetas, una de ellas tenía un lunar.

Yoshiyama vino corriendo y me gritó al oído:

—Hemos cogido al hijoputa que pegó a Kazuo.

En el pestilente retrete público había un guardia del servicio de orden, con la cabeza

afeitada. Un hippy mestizo medio desnudo lo tenía sujeto de los brazos mientras otro le azotaba con una correa de cuero. Las paredes estaban llenas de graffiti y telarañas; el hedor de la orina me atravesaba la nariz. Las moscas revoloteaban alrededor de las rotas ventanas.

Mientras el guardia se retorció y pegaba con los pies en el suelo, Yoshiyama le clavó el codo en el vientre.

—Eh, tú vigila —me dijo.

Yoshiyama clavó otra vez su codo en el vientre del tipo, que vomitó. De una esquina de su boca, cruzada por una marca de un correazo, el líquido amarillento cayó hacia su cuello, manchando su camiseta de Mickey Mouse. Con los párpados apretados, luchaba contra el dolor. Vomitó una y otra vez; el líquido, detenido por su grueso cinturón, se deslizaba por los pantalones.

El musculoso hippy le dijo a Yoshiyama:

—Déjame un momento.

Se plantó delante del guardia y le arreó un bofetón en la cabeza caída. La fuerza de su mano la mandó hacia un lado, casi lo suficiente para arrancarla de cuajo. Saltó la sangre, pensé se le había debido romper algún diente. El tío cayó redondo al suelo. El hippy estaba terriblemente borracho o muy pirado; sus ojos enrojecidos centelleaban, apartó a Yoshiyama cuando trató de frenarle y entonces le rompió el brazo izquierdo al guardia. Un sonido seco como el chasquido de un palo. El tipo gimió y levantó la cabeza. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio su brazo colgando. Se retorció por el suelo, lentamente. El hippy se limpió las manos con un pañuelo y luego lo metió, manchado de sangre, en la boca del quejumbroso guiñapo. Entre los acordes de guitarra que azotaban mis oídos, podía escuchar los gemidos de dolor del tío. Cuando Yoshiyama y los otros salieron, dejó de retorcerse y trató de arrastrarse, apoyándose en la mano derecha.

—Eh, Ryu, nos vamos.

Con la sangre que le manchaba y corría por la parte inferior de su cara, parecía una máscara negra. Con las venas de su frente palpitantes, trató de avanzar apoyándose en los codos. Quizás atacado por un nuevo dolor, gimió y cayó sobre un costado, sus pies temblaban. Su vientre cubierto de vómito se agitaba espasmódicamente.



El interior del tren relucía, iluminado. Lleno del rugido del tren y el olor a licor, mi pecho bordeaba la náusea. Yoshiyama deambulaba, colocado de Nibrole, con los ojos enrojecidos, y Moko estaba sentada en el suelo junto a la puerta. En la estación cada uno habíamos tomado dos pastillas más de Nibrole. Colgado de la barra, yo estaba junto a Moko. Yoshiyama se llevó las manos al pecho y vomitó, luego miró con aire ausente a los otros pasajeros mientras éstos se apresuraban a apartarse. El agrio olor llegó hasta nosotros. Yoshiyama se limpió la boca con un periódico que había en un asiento.

Con las vibraciones del tren, el líquido y los grumos se extendieron por el suelo. No subieron más pasajeros a nuestro vagón, en las paradas.

—Hijos de puta —murmuró Yoshiyama, y golpeó con su mano en la ventana.

Mi cabeza me pesaba y cuando traté de relajarme apoyándome en la barra, casi me caigo. Moko levantó la cabeza y cogió mi mano, pero mis sentidos estaban tan embotados que no sentí su mano.

—Oye, Ryu, estoy tan cansada que voy a morirme.

Moko no paró de decir que deberíamos ir a casa en taxi. Yoshiyama se puso delante de una mujer inclinada leyendo un libro, al final del vagón. Cuando vio la baba cayéndole por los labios, ella trató de apartarse. Yoshiyama aulló, la agarró del brazo, la sacudió y la arrojó al suelo. Su ligera blusa se rasgó. Su chillido se elevó por encima del ruido de las ruedas del tren. Los pasajeros escaparon a los vagones contiguos. La mujer soltó el libro y el contenido de su bolso se desparramó por el suelo. Moko hizo una mueca de disgusto y murmuró, con los ojos soñolientos:

—Tengo hambre, Ryu, ¿no te gustaría una pizza, una pizza de anchoas, con montones de salsa de tabasco, tan picante que te lacere la lengua? ¿Di, no te apetecería?

La mujer apartó a Yoshiyama de un empujón y vino corriendo hacia nosotros evitando el vómito del suelo. Con la barbilla levantada, se tapó con las manos los pechos desnudos. Yo le hice la zancadilla; luego la levanté e intenté meterle la lengua. Ella apretó los dientes, apartó la cabeza, tratando de escapar.

—Hijos de puta —Yoshiyama insultaba en voz baja a los pasajeros que nos miraban, desde el otro vagón, a través del cristal, como si contemplasen una jaula del zoo.

Cuando paró el tren en la siguiente estación, escupimos a la mujer y salimos corriendo.

—¡Eh, son éstos! ¡Cójanlos! —gritó un hombre de mediana edad asomándose por una de las ventanillas, con la corbata ondeando.

Yoshiyama vomitó de nuevo mientras corría. Su camisa estaba empapada y sus sandalias resbalaban por el andén. Moko, muy pálida, llevaba las suyas en la mano y corría

descalza. En las escaleras, Yoshiyama tropezó y cayó. Se abrió la ceja con el pasamanos, y le salió sangre. Siguió corriendo, tosiendo y gruñendo.

En la verja de salida, un oficial agarró el brazo de Moko, pero Yoshiyama le pegó un puñetazo en la cara. Nos metimos entre la muchedumbre del túnel de salida. Moko estuvo a punto de derrumbarse, la atrapé a tiempo. Me dolían los ojos; cuando me froté las sienes, se me saltaron las lágrimas. Violentas oleadas de náusea parecían levantarse del suelo encerado del túnel, yo me llevé la mano a la boca.

A Moko se le enredaban las piernas al andar. El olor de los negros, que esta mañana aún se le pegaba al cuerpo, había desaparecido por completo.

Quedaban todavía algunos charcos en el jardín del hospital. Evitando los carriles surcados por los neumáticos en el barro, un niño corría llevando un paquete de periódicos.

Un pájaro cantaba desde algún lugar, pero yo no podía verlo.

La noche pasada, al entrar en mi cuarto, el olor del ananás me había sacudido violentamente.

Al chupar los labios de la mujer, en el tren, sus ojos me habían parecido extraños. Me preguntaba qué expresaba su mirada.

Los pájaros bajaban a posarse en el jardín del inmueble. La pareja de americanos que vivía en el primer piso les había echado migas de pan. Mirando a su alrededor inquietos, los pájaros picoteaban y tragaban con rapidez. Las migas habían caído entre las piedrecillas, pero los pájaros las extraían con habilidad.

Una mujer de limpieza con un trapo enrollado alrededor de la cabeza pasó a corta distancia, camino del hospital, pero los pájaros no huyeron.

Desde donde yo estaba, no podía ver sus ojos. Me gustaban los ojos de los pájaros con sus redondos bordes negros. Estos pájaros eran grises con plumas rojas, en cresta sobre sus cabezas.

Decidí darles el ananás que aún no había tirado.

—Uh, he pensado en darles esto a los pájaros —le dije a una mujer que se asomó por la ventana.

Parecía simpática. Señalando las raíces del álamo, me dijo:

—Si lo pones ahí, lo encontrarán en seguida.

Lancé el ananás, que se deformó, al caer, pero aun así rodó lentamente hasta ir a parar junto al álamo. El sonido sordo del ananás al pegar contra el suelo me recordó la paliza en el retrete público, el día anterior.

La americana salió a dar un paseo con su caniche. Vio el ananás y levantó su mirada hacia mí, haciendo visera con su mano, supongo que a causa de la luz. Asintió con la cabeza sonriéndome, y dijo:

—Creo que los pájaros te lo van a agradecer.

—¿Oye, Okinawa, dónde estuviste la otra noche? Estaba preocupado por ti.

—El tío se fue a un hotel, completamente solo en un mueble —me respondió Reiko—. Y, bueno, iba con esta pinta y la gente sospechó de él, ya sabes, y sólo se le ocurrió largarse por la ventana. ¡Y ya había pagado!... Por supuesto con mi dinero. No me importa, pero bueno...

Aquella tarde, Reiko había llegado con Okinawa. Estaba otra vez borracho y realmente apestaba, así que le dije:

—Venga, a ver si te despejas —y le empujé a la bañera.

Reiko me susurró al oído:

—No le cuentes a Okinawa la historia con Saburo y los otros, porque me mataría ¿vale?

Me eché a reír y asentí, ella se quitó la ropa y se metió también en el baño.

Yoshiyama estaba histérico porque Kei no había regresado la noche anterior. Ni siquiera mostró el menor interés cuando Okinawa le enseñó el disco nuevo de los Doors que había comprado.

Pudimos oír los gemidos de Reiko desde el baño. Con cara de disgusto, Moko dijo:

—Ryu, pon algo de música, estoy harta de sólo follar. Creo que debe haber algo más, quiero decir: otras formas de divertirse.

Mientras bajaba la aguja sobre el disco de los Doors, apareció Kazuo, cojeando, con Kei sosteniéndole del hombro.

—Venimos a recoger algún recuerdo de la fiesta. ¿Tenéis alguno?

Venían los dos ya colocados con Nibrole y se besaron con la lengua delante mismo de Yoshiyama. Incluso pegados ambos por los labios le miraban por el rabillo del ojo, como si a duras penas pudieran contener la risa.

Yoshiyama cogió de repente a Moko, que estaba tumbada en la cama leyendo una revista, y trató de besarla:

—¡Qué estás haciendo, corta el rollo! ¡A pleno día! ¡Eso es todo lo que sabes hacer!  
—chilló Moko, y lo apartó de un empujón.

Yoshiyama miró torvamente a Kei, que estaba tronchándose con la escena.

Tirando la revista sobre la alfombra, Moko dijo:

—Ryu, me voy a casa, estoy harta de todo esto.

Se puso el vestido de terciopelo que se había quitado al llegar.

—¿Kei, dónde has estado esta noche? —preguntó Yoshiyama, levantándose de la cama.

—En casa de Kazuo.

—¿Estaba Reiko contigo?

—Reiko se fue a buscar a Okinawa a un hotel, un sitio que se llamaba «Palacio del Placer y del Amor», en Shin Okubo. En todos los techos había espejos.

—¿Jodiste con Kazuo?

Moko sacudió la cabeza oyéndoles hablar. Se puso rápidamente algo de maquillaje, se arregló el pelo y me dio unos golpes en el hombro:

—Dame un poco de hash, Ryu.

—¿No te da vergüenza preguntarnos una cosa así, con todo el mundo aquí delante? —continuó Kei, dirigiéndose a Yoshiyama.

—Sí, tiene razón, Yoshiyama —dijo Kazuo riéndose, burlón—. Ella vino conmigo porque estaba herido. No digas tonterías delante de todo el mundo.

Luego me preguntó:

—¿No ha aparecido ese flash?

Cuando negué con la cabeza, él se inclinó para ajustarse el vendaje alrededor del tobillo y murmuró:

—Me costó 20.000 yens y acababa de comprarlo.

—Oye, Ryu, acompáñame hasta la estación —dijo Moko, poniéndose los zapatos junto a la puerta, y mirándose en el espejo para ajustarse el sombrero.

—Eh, Moko, ¿te vas? —preguntó Reiko, envuelta en una toalla, mientras bebía una coca-cola que había sacado de la nevera.

En el camino hacia la estación, Moko me pidió que le comprara una revista porno y cigarrillos. La chica de la tienda, que estaba regando la acera, me reconoció y dijo:

—Vaya, has ligado, qué bien.

Sus brillantes pantalones color crema le ajustaban tanto que pude distinguir la línea de sus bragas. Mientras se limpiaba las manos mojadas en su delantal y me alcanzaba los cigarrillos, miró las uñas pintadas de Moko.

—¿Te duele todavía el culo? —le pregunté a Moko.

—Bueno, un poco cuando voy al water, pero ese Jackson es muy amable, me compró este pañuelo en la tienda de la base, es de Lanvin.

—¿Lo harías otra vez? Yo estoy un poco cansado.

—Sí, bueno, es algo fuerte, pero si hay otra fiesta supongo que iré. La verdad es que no hay muchas ocasiones de divertirse ¿no? Cuando ya nada me divierta, me casaré.

—¿Eh? ¿Has planeado casarte?

—Claro, por supuesto. ¿Pensabas que no?

Un camión hizo un brusco giro a la derecha en el cruce, y una polvareda cayó sobre nosotros. Se me metió arenilla en los ojos y en la boca. Escupí.

—Maldito conductor —farfulló el cartero, bajándose de la bicicleta, frotándose también los ojos.

—Oye, Ryu, respecto a Yoshiyama, vigílale porque pega mucho a Kei. Cuando se emborracha se pone muy bestia, la pega palizas y todo eso. Habla con él sobre esto ¿vale?

—¿Lo hace de verdad? ¿Crees que lo hace en serio?

—¿Qué dices? Una vez le rompió un diente. No sé que pensar de ese Yoshiyama, es una persona completamente distinta cuando se emborracha. De cualquier modo, vigílalo.

—¿Está bien tu familia, Moko?

—Sí, bueno, mi padre ha estado un poco enfermo, pero mi hermano... Oye, ¿no te he hablado nunca de él? Es de un serio que no se puede aguantar; quizá por eso yo he acabado así. Aunque últimamente parece que ya se han resignado, y cuando les dije que había salido mi foto en *An-An*, mi madre se alegró, así que supongo que todo anda bien.

—Oye, ya es casi verano. No ha llovido mucho ¿verdad?

—No, Ryu, oye, me estaba acordando de aquella película, *Woodstock*. ¿La viste?

—Claro ¿por qué?

—¿No te gustaría verla otra vez? Me pregunto si verla ahora me decepcionaría. ¿Tú que piensas?

—Seguro que nos decepcionaría, pero Jimi Hendrix seguirá sensacional, era realmente fantástico.

—Sí, sería una decepción ¿no?, pero quizás podríamos sentir algo después de todo, aunque luego nos destrepara. A mí me gustaría probar a verla de nuevo, a ver qué pasa.

Gritando «Yiayiayiayia», Tami y Bob pasaron como una exhalación en un deportivo amarillo. Moko se rió, saludó con la mano y aplastó su cigarrillo con el fino tacón de su zapato.

—¿Qué derecho tienes para hablarme así? ¿Qué es lo que buscas, no estamos casados ni nada, qué he de hacer yo, qué es lo que quieres? ¿Quieres que diga que te quiero? ¿Es eso? Si quieres te lo digo, pero aparta tus manos de mí y deja de chulearme, ¿entiendes?

—Kei, no es eso, no te pongas histérica, lo que quiero decirte es, ya sabes, que deberíamos dejar de hacernos cabronadas el uno al otro, ¿de acuerdo? Vamos a parar ¿no? ¿Me escuchas, Kei?

—Te escucho, date prisa, escúpelo de una vez.

—No quiero romper contigo. Trabajaré en los muelles, sabes, en Yokohama puedo conseguir 6.000 yens al día, que ya es algo, ¿de acuerdo? Puedo hacerlo y no tener que vivir de ti más tiempo, no me importa si flirteas con otros tíos, no dije nada ni siquiera con esos negros ¿no? De cualquier forma, vamos a dejar de putearnos el uno al otro, no es bueno pelearse de esta forma. Iré a trabajar, mañana mismo, soy lo bastante fuerte, sabes.

El brazo de Kazuo reposaba sobre los hombros de Kei. Ella no trató en ningún momento de apartarlo. Allí mismo, delante de Yoshiyama, Kazuo trituró y se tragó dos píldoras de Nibrole, sonriendo burlonamente con el espectáculo de la trifulca.

Con sólo los calzoncillos puestos con su cuerpo despidiendo vapor, Okinawa se sentó en el suelo de la cocina y se chutó heroína. Con una mueca, Reiko se clavó también la aguja, en la palma de la mano.

—Oye, Reiko, ¿cuándo has aprendido a chutarte así? —preguntó Okinawa.

Reiko me miró, enrojeció un poco, me guiñó un ojo y reaccionó:

—¿Qué pasa? Ryu me enseñó, por supuesto.

—Mucho estás aprendiendo en esas fiestas, Reiko.

—No te hagas el gracioso. Yo odio el sexo. ¿No me crees? Sólo lo hago contigo.

Kei se levantó, puso un disco en el plato y alzó el volumen al máximo.

Yoshiyama dijo algo, pero ella hizo ver que no lo oía. Él extendió la mano hacia el amplificador para bajar el sonido y dijo:

—Tengo que hablar seriamente contigo.

—No hay nada que hablar, yo quiero oír el disco de los Bars, oye, ponlo más alto.

—Kei, esa marca en tu cuello es de Kazuo ¿verdad? ¿Es de Kazuo?



—Qué idiota eres, es de la fiesta, de uno de los negros. Mira, ¿ves esto? Me lo hizo un negro.

Kei se levantó la falda y mostró una gran marca de dientes en su muslo:

—Para ya, Kei —dijo Kazuo. Le bajó la falda y siguió:

—Ya, conocía la de tu pierna, pero la marca del cuello no estaba ayer, ¿verdad? Oye, Ryu, no estaba, ¿verdad? Creo que se la hiciste tú, Kazuo, no pasa nada si fuiste tú, pero dímelo, Kazuo.

—Mi boca no es tan grande ¿no crees? Y si no pasa nada, no tienes que organizar tanto escándalo.

—Oye, Ryu, sube el sonido. Desde que me levanté esta mañana he estado con ganas de oírlo, por eso he venido hasta aquí, sube el sonido.

Yo estaba tumbado en la cama y fingí no haber oído a Kei. Era demasiado trabajoso levantarse y caminar hasta el amplificador. Meneé los dedos de mis pies. Reiko y Okinawa habían extendido una colcha sobre el suelo de la cocina y estaban tumbados boca abajo.

—No es por una marca ni esas cosas que lo digo, sino por lo que siempre lo digo. Estoy hablando de algo más básico, ya sabes. Deberíamos ser un poco, sabes, mejores, sabes, ocuparnos el uno del otro, eso es lo que quiero decir. Estamos viviendo en una especie de nivel distinto de todos, así que deberíamos cuidarnos el uno al otro.

Frotándose la pierna, Kazuo dijo:

—¿Qué es toda esa mierda, Yoshiyama? ¿Un nivel distinto de los demás? ¿De qué estás hablando?

Sin mirarle, Yoshiyama dijo en voz baja:

—No es asunto tuyo.

Me corté las uñas de los pies, tenían un olor igual que el del ananás. Algo me molestaba en la espalda; cuando aparté la almohada y miré, vi el sostén que Moko había dejado olvidado.

El sujetador estaba adornado con flores y olía a detergente. Lo tiré al armario de la ropa. El camisón plateado estaba allí colgado. Recordé el sabor de la esperma caliente de Jackson y me sentí mal. Sentí como si aún quedaran restos en mi boca; cuando pasé mi lengua por todo el interior, a veces el sabor parecía volver. Tiré las cortaduras de uña en la terraza. Pude ver a una mujer paseando un pastor alemán en el jardín del hospital. Se encontró con alguien conocido y se paró a hablar. El perro, tiraba de la cadena. Desde donde yo estaba, el interior de la boca de la mujer parecía negro, como en la antigüedad,

cuando las mujeres se teñían los dientes. Pensé que sus dientes debían estar muy mal. Escondía la boca cuando se reía. El perro tiraba hacia delante y gruñía con fuerza.

—Nosotros, sabes, nos necesitamos mutuamente. Lo que quiero decir, no sé, es que tú eres todo lo que tengo, perdí a mi madre, y hay mucha gente que está en contra nuestra ¿no? Sería mala cosa si ese tipo de la prevención de menores te coge, y si a mí me cogen otra vez me echarán la reincidencia. Tenemos que ayudarnos el uno al otro, como solíamos hacer. ¿Te acuerdas de cómo nadábamos en aquel río, en Kyoto? Quiero que las cosas vuelvan a ser como entonces, cuando sólo tratábamos de conocernos mutuamente. No sé por qué tenemos que pelearnos así, vamos a intentar remediarlo, el dinero no es problema, hemos ido demasiado lejos, volveré a trabajar. Oye, mira, iré a recoger la mesa y las repisas de aquel sitio de Roppongi que nos dijo Moko, y me parece que hay también una cómoda. Tú puedes pintarlo todo luego, Kei.

»Conseguiré dinero para los dos, trabajaré, conseguiré dinero para los dos y tú podrás tener otro gato. ¿Te acuerdas de aquel persa de color gris que querías comprarte? Te lo regalaré. Y encontraremos un apartamento nuevo, con baño propio, y empezaremos de nuevo.

»Sí, incluso podremos venirnos aquí, a Fussa, como Ryu, conseguir una casa y traer a Reiko y Okinawa o a alguien a vivir con nosotros. ¿De acuerdo? Hay muchas habitaciones y casas viejas del ejército americano por aquí, y podremos conseguir hierba y hacer fiestas. Incluso tener un coche barato de segunda mano, Ryu tiene un amigo extranjero que quiere vender uno, lo compraremos y me sacaré el carnet. Puedo sacarme uno rápido, y entonces podremos ir a la playa y todo lo demás. ¿De acuerdo? Y nos divertiremos, Kei, nos divertiremos.

»Cuando murió mi madre, sabes, no estaba tratando de ponerte por debajo, trata de comprender, no quise decir que ella fuese más importante que tú, y de cualquier forma ella ya no está, y tú eres todo lo que me queda, ¿entiendes? Volvamos a casa y empecemos de nuevo. ¿Sabes a lo que me refiero, Kei? ¿Sabes a lo que me refiero?

Yoshiyama extendió su mano para tocar la mejilla de Kei. Ella la apartó fríamente, bajó la cabeza y se rió.

—Me pregunto cómo puedes decir en serio estas chorradas. ¿No te da vergüenza? Todo el mundo está escuchando. ¿Y qué coño es eso de tu madre? Eso no tiene nada que ver con lo que ahora ocurre, yo ni la conocía, lo de aquella vez no viene a cuento, sólo que no estoy a gusto contigo, ¿puedes entenderlo? No lo aguanto, me siento como una piojosa cuando estoy contigo, no puedo soportar sentirme tan despreciable.

Kazuo intentaba no explotar de risa, mientras escuchaba a Yoshiyama, se tapaba la boca con la mano. Luego, cuando escuchó a Kei discutiendo de nuevo, me miró y no pudo aguantarse más.

—¡Un gato persa! ¿Qué te parece? ¡Vaya despilfarro!

—Escucha, Yoshiyama: si tienes algo que decirme, dímelo cuando desemeñes mi broche, ¿de acuerdo? Di lo que quieras cuando me devuelvas el broche de oro que me regaló mi padre. Entonces podrás hablar. Tú lo empeñaste, decías que querías comprar algo de Hyminal, te emborrachaste y lo empeñaste.

Kei empezó a llorar. Se le descompuso la cara. Kazuo dejó de reírse.

—¿De qué estás hablando, Kei? Dijiste que podía empeñarlo, ¿no? Dijiste que querías probar el Hyminal, tú la primera, dijiste que lo empeñaríamos.

Kei se enjugó las lágrimas.

—¡Oh, para ya! Eres el clásico tío cabrón, no hay manera. Supongo que no sabrás lo que lloré después, no te diste cuenta de lo que lloré de vuelta a casa. Y tú, mientras, cantando ¿te acuerdas?

—¿Qué estás diciendo? No llores, Kei, lo recuperaré, lo puedo sacar en seguida. Trabajaré en los muelles y lo sacaré pronto, todavía no se ha perdido, no llores, Kei.

Pero ella ya dejó de responderle; se secó los ojos, se sonó y le pidió a Kazuo de salir con ella. Kazuo mostró la pierna y dijo que estaba cansado, pero Kei le tiró del brazo y cuando él vio sus ojos llenos de lágrimas, accedió a regañadientes.

—Ryu, nos vamos a la azotea, vente luego a tocar la flauta.

Mientras la puerta se cerraba, Yoshiyama gritó con vehemencia «¡Kei, Kei!», pero no hubo respuesta.

Okinawa trajo tres tazas de café que acababa de preparar. Estaba pálido y tembloroso, y se le derramó un poco sobre la alfombra.

—Oye, Yoshiyama, toma un poco de café, tienes mala pinta. ¿No van bien las cosas? No importa, todo da igual. Toma... café.

Yoshiyama lo rechazó. Okinawa murmuró:

—Bueno, vete al diablo.

Yoshiyama se incorporó, miró a la pared, suspirando de cuando en cuando, parecía que iba a decir algo, pero luego cambió de idea. Pude ver a Reiko tumbada en el suelo de la cocina. Su pecho subía y bajaba lentamente; sus piernas estaban extendidas como las de un perro muerto. De tanto en tanto, su cuerpo se estremecía.

Yoshiyama nos miró a todos, uno a uno, se levantó y se fue hacia fuera. Miró a Reiko, bebió un poco de agua del fregadero y abrió la puerta.

—Eh, Yoshiyama, no vayas, quédate aquí —dije yo.

La única respuesta fue el sonido de la puerta cerrándose.

Okinawa lanzó una risita amarga y chasqueó la lengua.

—Nadie puede hacer nada por ellos, es demasiado tarde, pero Yoshiyama es demasiado tonto para darse cuenta. ¿Ryu, quieres chutarte? Es un caballo muy puro, todavía queda algo.

—No, gracias, estoy bastante jodido.

—¿De verdad? Y la flauta, ¿la sigues tocando?

—No.

—¿Pero quieres continuar con la música, no?

—No lo he decidido todavía, sabes; de cualquier manera, no quiero hacer nada estos días, no me siento con ánimos.

Okinawa se puso a oír el disco de los Doors que había comprado.

—¿Así que estás deprimido?

—Sí, bueno, pero es diferente, es algo distinto a una depresión.

—Me encontré a Kurokawa el otro día, dijo que estaba harto de todo. Me dijo que iba a irse a Argelia, a la guerrilla. Bueno, si se pone a contar esas cosas a un tipo como yo, supongo que en realidad no piensa ir, ¿no? ¿Pero tú no estarás pensando algo así, no?

—¿Kurokawa? No, lo mío es diferente. Lo que me pasa es que, sabes, mi cabeza está completamente vacía, hueca; tengo ganas de mirar más a mi alrededor, quiero ver cosas nuevas.

El café estaba demasiado cargado. Comencé a hervir algo más de agua para aclararlo.

—Bueno, quizás deberías irte a la India.

—¿Uh? ¿Qué pasa con la India?

—Podrías ver muchas cosas en la India, supongo.

—¿Para qué tendría que irme a la India? No es eso a lo que me refiero, aquí hay suficientes cosas. Quiero mirar aquí, no necesito irme a sitios como la India.

—¿Bueno, hablas del ácido? ¿Quieres experimentar con psicodélicos? No acabo de entender lo que quieres decir.

—Ya, tampoco yo lo entiendo, no sé realmente lo que quiero hacer. Pero no pienso irme a la India ni nada por el estilo, no quiero ir a ningún sitio, la verdad. Estos días, sabes, miro por la ventana, completamente solo. Sí, miro mucho el exterior, la lluvia y los pájaros, sabes, y la gente que camina por la calle. Si te pones a mirar un rato largo, es realmente interesante, me refiero a eso cuando hablo de ver cosas. No sé por qué, pero estos días las cosas me parecen realmente nuevas.

—No hables como un viejo, Ryu, decir que las cosas parecen nuevas es un signo de senilidad, ¿no lo sabías?

—No, es diferente, no es eso lo que quiero decir.

—*No* es diferente, sólo que no te das cuenta porque eres mucho más joven que yo. Oye, deberías tocar la flauta, tocar la flauta es lo que tendrías que hacer, inténtalo y hazlo con decisión, sin andar por ahí danzando con mierdas como Yoshiyama. Eh, ¿te acuerdas cómo tocaste en mi cumpleaños?... Fue en el bar de Reiko, yo aquel día me sentía verdaderamente bien. Algo se agitaba en mi pecho, como, no sé, no puedo realmente explicar cómo me sentía, pero, sabes, estaba como muy relajado: como si acabara de pelearme con alguien y de pronto quisiera reconciliarme con él. Escuchando pensé en lo afortunado que tú eres, sabes, te envidio, puedes hacer que la gente se sienta así. Me refiero a que, no sé, como yo no puedo hacer nada solo, nunca me he vuelto a sentir igual, no puedes saberlo hasta que lo haces por ti mismo.

»Yo no soy más que un yonqui, sí, y cuando me quedo sin caballo, hay veces que no puedo soportarlo, deseando chutarme, sólo queriendo chutarme, a veces creo que mataría a alguien si así pudiera conseguirlo, pero aquella tarde, en casa de Reiko, estuve pensando. Sí, pensé que hay algo, sí, que debe haber otra cosa entre yo y el caballo. Quiero decir que, mientras tiemblo como si estuviera tiritando, tengo tantas ganas de chutarme que pierdo la cabeza, pero entonces pienso que la simple unión entre yo y la Dama Blanca no es suficiente, que debe haber otra cosa. Cuando finalmente me chuto, no pienso en nada, a excepción de una cosa. No en Reiko, ni en mi madre, ni nada, sólo en la flauta como la tocaste aquel día.

»He pensado en hablar contigo acerca de ello alguna vez. No sé cómo te sientes cuando tocas, Ryu, pero ¿sabes que yo me siento fantástico cuando te escucho? Siempre estoy pensando que lo que quiero es algo como lo que tú tenías aquella tarde, lo pienso cada vez que absorbo el caballo en la jeringa. Estoy acabado, sabes, porque mi cuerpo está ya podrido. Y mira mi cara, reblandecida, estoy seguro de que la voy a palmar pronto. No me importa un carajo morir, no importa, no pienso arrepentirme de nada.

»Es sólo, bueno, que me gustaría saber algo más acerca de la sensación que tuve aquella vez que oí tu flauta. Eso es todo lo que quiero, saber lo que era. Quizás si lo supiera, dejaría el caballo, bueno, quizás no. No es por eso por lo que te digo que deberías

tocar la flauta, sólo que deberías olvidarte de todo lo demás y tocar, venderé algo de caballo y con la pasta te compraré una buena flauta.

Los ojos de Okinawa estaban inyectados en sangre. Se había manchado los pantalones de café mientras hablaba.

—Entonces, cómprame una Muramatsu; sería algo fantástico.

—¿Uh?

—Una Muramatsu, ya sabes, es una marca de flauta. Me gustaría una Muramatsu.

—¿Una Muramatsu, eh? De acuerdo, te la regalaré para tu cumpleaños, y entonces tocarás otra vez para mí.

—Oye, Ryu, ve y dile que pare ya, yo ya estoy harto de estos dos pelmas, la pierna me duele de veras.

Respirando agitadamente, Kazuo había abierto la puerta y nos había dicho que Yoshiyama estaba pegando a Kei.

Okinawa se tumbó en la cama.

Desde el tejado, nos llegó con claridad un grito. Parecía de Kei. No era el tono de voz que utilizas para llamar a alguien, era un grito de verdad, de los que no se pueden contener cuando a uno le pegan.

Kazuo bebió del café frío que había rehusado Yoshiyama, encendió un cigarrillo y empezó a cambiarse el vendaje de su tobillo.

—Si no vais pronto, puede que Yoshiyama la mate de veras, ha perdido la cabeza —murmuró.

Okinawa se incorporó.

—Vale, vale, déjale, déjales que hagan lo que quieran, estoy harto de ellos, harto del todo. Oye, Kazuo, ¿qué le pasó a tu pierna?

—Oh, me pegaron con un bate.

—¿Quién te lo hizo?

—Un guardia del servicio de orden en Hibiya, sabes, no me gusta hablar de ello, no debería haber ido.

—¿Pero es una contusión, no? No necesitas vendaje para una contusión. ¿O te rompió algo?

—Sí, bueno, pero es que el tío había plantado clavos en el bate, así que lo tengo que ir desinfectando, ya sabes, las heridas de clavo son muy jodidas.

Detrás de la ropa tendida, ondulando al viento, Yoshiyama tenía agarrada a Kei por el pelo y la estaba pegando en el vientre. Cuando su rodilla se hundía en el vientre, Kei, la cara tumefacta, dejaba escapar gemidos de dolor.

Escupió sangre y cayó inerte al suelo; yo obligué a Yoshiyama a apartarse. Estaba empapado de sudor frío y el hombro, que toqué, estaba completamente rígido.

En la cama, Kei hipaba de dolor, castañeteando los dientes, agarrando la sábana y apretándose los lugares en que había sido golpeada. Reiko salió de la cocina y abofeteó lo más fuerte que pudo a Yoshiyama, que no paraba de sollozar.

Haciendo una mueca, Kazuo se aplicó un desinfectante de fuerte olor en sus propias heridas. Okinawa disolvió una píldora de Nibrole en un vaso de agua caliente y se la dio a beber a Kei.

—¡Vaya mierda, pegar patadas a una persona en el vientre! Yoshiyama, si muere Kei, serás un asesino —dijo Okinawa.

—Entonces moriré yo también —sollozó Yoshiyama.

Kazuo se rió con sarcasmo.

Reiko puso una toalla fría en la frente de Kei y limpió la sangre de su cara. Examinó su estómago, vio los hematomas verdosos, e insistió en que había que llevarla a un hospital. Yoshiyama se acercó y miró la cara de Kei, las lágrimas caían sobre la carne golpeada. Gruesas venas palpitaban en las sienes de Kei, escupía continuamente un líquido amarillo. El blanco de sus ojos, e incluso el iris, estaban completamente rojos. Reiko abrió los labios cortados y presionó con un poco de gasa, tratando de taponar la sangre que salía de un diente roto.

—Perdóname, perdóname, Kei —dijo Yoshiyama suavemente, con la voz enronquecida.

Kazuo acabó de cambiarse el vendaje y dijo:

—¿Que te perdone, eh? A buenas, horas. Te has pasado, tío.

Reiko le dio a Yoshiyama un empujón y señaló hacia la cocina:

—¡Ve a lavarte la cara! No puedo soportar el verte así un momento más, así que ve a lavarte.

Kei apartó la mano de su vientre y negó con la cabeza cuando Okinawa le preguntó:

—¿Quieres que te chute una dosis?

Después, gimiendo, dijo:

—Lo siento por todos vosotros, una vez que lo pasabais bien. Pero esto es realmente el final, quiero romper de una vez, por eso he soportado los golpes.

—Tampoco nosotros lo pasábamos tan bien, así que no te preocupes por eso ¿vale?  
—le sonrió Okinawa.

Yoshiyama empezó a sollozar de nuevo:

—¡Kei, no digas que vamos a romper, Kei, no me dejes, por favor, perdóname, haré



todo lo que tú quieras!

Okinawa lo empujó hacia la cocina.

—Vale, ya nos hemos enterado, así que ve a lavarte la cara.

Yoshiyama asintió y se fue hacia la cocina, limpiándose la cara con la manga. Oímos el sonido del agua.

Cuando volvió a la habitación, Kazuo dejó escapar un grito.

—Este tío está chalado —dijo Okinawa, meneando la cabeza.

La muñeca izquierda de Yoshiyama estaba abierta de un tajo, la sangre caía sobre la alfombra. Reiko chilló y cerró los ojos. Kazuo se levantó de un salto y gritó:

—¡Ryu, llama a una ambulancia!

Apretando en la mano derecha, por encima de la herida, su brazo tembloroso, Yoshiyama dijo, con una voz que salía de la nariz:

—Kei, ¿me comprendes ahora?

Corría hacia la puerta para llamar a una ambulancia, pero Kei me sujetó del brazo y me detuvo. Se levantó, ayudada por Reiko y miró fijamente a los ojos de Yoshiyama. Se acercó más a él y tocó con cuidado la herida. Él había parado de llorar. Ella levantó la muñeca abierta de un tajo y se la acercó a los ojos. Habló con dificultad, torciendo la boca herida.

—Yoshiyama, nos vamos a ir a comer, nadie ha comido todavía, así que vamos a salir a comer. Si quieres morirte, ve y muérete solo ¿entiendes? No metas en follones a Ryu, sal y muérete solo.

Una enfermera con un ramo de flores atravesó el pasillo encerado. Sólo llevaba una media, el otro tobillo estaba cubierto con un vendaje manchado de amarillo. Enfrente mío, una mujer que balanceaba la pierna con aburrimiento miró el ramo de flores envuelto en reluciente celofán, le dio unos toques en el hombro a una vieja que estaba a su lado, que parecía ser su madre, y susurró:

—Eso debe ser caro.

Sujetando un paquete de revistas con el brazo izquierdo, un hombre con una muleta cruzó la fila de gente que esperaba consulta. Llevaba toda la pierna escayolada desde el muslo, y el polvo blanco de la escayola le salpicaba los dedos del pie. Asomando de aquella mole con forma de pie, los dos dedos más pequeños parecían guisantes.

Junto a mí estaba un viejo con el cuello escayolado. La mujer que había a su lado estaba haciendo calceta.

—Bueno —dijo él—, estoy aquí para que me retuerzan el cuello.

Le salían de la barbilla pelos blancos, con el polvo de la escayola aún más blancos, y miraba el regular movimiento de manos de la mujer con ojos tan estrechos que apenas se distinguían de sus arrugas.

—Y eso duele de verdad, se lo aseguro, duele tanto que te podrías morir y te preguntas por qué no lo haces. Te hace bien y a la vez te empeora, no puedes estar seguro, me pregunto si es que no pueden hacer otra cosa; esto se lo deben reservar a los viejos.

Sin dejar descansar sus manos, la mujer, oscura y de grueso cuello, miró al viejo, que se puso la mano en el cuello y soltó una amarga risotada.

—Debe ser espantoso ¿verdad?

La risa del viejo se convirtió en una tos espasmódica. Sacudió su cabeza congestionada.

—Bueno, bueno, da igual, de todos modos a los viejos no deberían dejarlos conducir, mi nuera me dijo que no condujera más y ya no me deja coger el coche.

Una mujer de limpieza, con una banda blanca a modo de turbante, vino a limpiar las manchas de sangre que había dejado Yoshiyama en el suelo. Tenía la cara redonda, se inclinó, sacando la fregona del cubo, se dio la vuelta y gritó hacia el final del pasillo:

—¡Kashi, Kashi, puedo hacerlo yo sola, no te preocupes!

Al oírla, toda la gente sentada en la sala de espera levantó la cabeza. La mujer empezó a fregar, cantando una vieja canción popular.

—¿Un suicidio, no? Bueno, como no estás muerto, es sólo un intento de suicidio, pero el hecho es que no sabes hacer las cosas bien. Aunque te cortes la muñeca, bueno, el ser humano está muy bien hecho, lo bastante para mantenerte con vida. Tendrías que frotar fuertemente la muñeca contra una pared o algo por el estilo para levantar la piel y sacar la vena fuera y entonces cortarla. Pero si lo quieres hacer realmente en serio, firmemente en serio, deberías cortarte aquí, ves, bajo la oreja, con una cuchilla de afeitarse, y entonces, aunque una ambulancia te trajese aquí directamente, no podrías salvarte.

Eso es lo que el doctor que le cosió la muñeca a Yoshiyama había dicho. Yoshiyama había estado todo el rato frotándose los ojos. Pensé que no quería que este doctor cuarentón viese que estaba llorando.

El viejo con el cuello escayolado le preguntó a la mujer de la limpieza:

—¿Qué? ¿Se va?

—¿Eh? Bueno, si lo cojo cuando todavía está fresco, sí, se limpia muy bien, pero ya sabe como es esto.

—¿Es desagradable, verdad?

—¿Uh? ¿Qué?

—Me refiero a que debe ser desagradable limpiar sangre.

Niños en sillas de ruedas jugaban en el jardín, lanzándose una pelota amarilla. Eran tres, todos con los cuellos muy flacos. Cuando uno de ellos fallaba, una enfermera recogía la pelota. Me fijé mejor y vi que uno de los niños no tenía manos; participaba en el juego pegándole a la pelota con los brazos. Aunque la enfermera le echaba la pelota con cuidado, siempre salía desviada cuando él le daba. Se reía enseñando mucho los dientes.

—Lo que quiero decir es que supongo que toda esta sangre debe asquear. Bueno, yo no fui al frente en la guerra así que no he visto mucha sangre, pero me ha hecho mucho efecto verla ahí, qué asco.

—Yo tampoco fui al frente. —La mujer de la limpieza echó un polvo blanco encima de la sangre restante. Se arrodilló y empezó a frotarla con un cepillo.

La pelota rodó hasta un charco y la enfermera la limpió con una toalla. El niño sin manos, quizás demasiado excitado para esperar, gritaba y meneaba sus cortos brazos.

—¿El ácido clorhídrico lo limpiaría bien, no?

—Eso es para los retretes. Si lo usara aquí, estropearía todo el suelo.

A lo lejos, los árboles se agitaban. La enfermera les lanzó la pelota a los niños. Una

multitud de señoras preñadas bajó de un autobús y se acercó en nuestra dirección. Un joven con un ramo de flores tropezó en las escaleras y la mujer que estaba haciendo punto le miró. La mujer de la limpieza canturreaba la misma vieja canción que antes; el viejo, que no podía doblar el cuello estaba leyendo un periódico sosteniéndolo a la altura de la cara.

La sangre de Yoshiyama, mezclada con el polvo blanco, formaba rosadas burbujas en el suelo.

—Ryu, estaba realmente podrido, ganaré algo de dinero y me iré a la India, trabajaré en los muelles y ganaré dinero, sabes, no voy a vagar más, lo siento, os pido perdón, me iré a la India.

En el camino de vuelta del hospital, Yoshiyama hablaba y hablaba sin parar. Había sangre en sus sandalias de goma y en los dedos de sus pies, y de vez en cuando se tocaba el vendaje. Su cara estaba todavía pálida, pero decía que no le dolía.

El ananás que yo había tirado estaba todavía junto al álamo. Anochecía, no se veía ningún pájaro.

Kazuo ya no estaba en la habitación; Reiko dijo que se había ido pronto a casa después de lo que había ocurrido.

—Debería aprender un poco de los cojones de Yoshiyama, me pregunto si está un poco alelado, no entiende nada —dijo ella.

Okinawa se chutó por tercera vez y rodó por el suelo; el rostro de Kei se había deshinchado bastante. Yoshiyama se sentó frente al televisor.

—¡Una película sobre Van Gogh, Ryu, ven a verla! —exclamó.

Reiko no respondió cuando le pedimos café. Yoshiyama le dijo a Kei que había decidido irse a la India:

—Ya —fue todo lo que ella dijo.

Reiko se levantó y sacudió el hombro a Okinawa. Él tenía un cigarrillo en la boca y no se movió. Ella le dijo:

—¿Eh, dónde está el resto?

—Mierda, se ha acabado todo, esto era lo último, si quieres más ve a comprarlo —dijo Okinawa.

Ella le pegó una patada en la pierna lo más fuerte que pudo; la ceniza del cigarrillo cayó sobre el pecho desnudo de Okinawa, quien rió suavemente, pero no se movió. Reiko le arrancó su jeringuilla y la estampó contra la baranda de la terraza.

—¡Eh, Reiko, recoge eso! —protesté.

Sin contestar, sacó y se tragó de golpe cinco pastillas de Nibrole. Okinawa siguió sacudido por la risa.

—Oye, Ryu, ¿no podrías tocar la flauta un rato? —dijo él, mirándome.

En la televisión, Kirk Douglas, interpretando a Van Gogh, intenta con mano temblorosa cortarse la oreja.

Kei dijo entonces:

—Yoshiyama sólo copió a este tío. Todo lo que tú haces no es más que copiar ¿sabes?

Van Gogh soltó un aullido terrible. Excepto Okinawa, todos nos volvimos hacia la televisión.

Con la mano sobre su vendaje ensangrentado, Yoshiyama le iba diciendo a Kei entrecortadamente:

—¿Tu vientre va mejor? Hoy ha sido un día espantoso para mí, pero cuando vaya a la India, Kei, puedes venirte conmigo hasta Singapur, y luego puedes irte a Hawai.

Kei no dijo palabra.

El pecho de Okinawa subía y bajaba lentamente. Bruscamente, Reiko se puso a gritar:

—¡Voy a hacer de puta y comprar caballo, como me dijo Jackson! ¡Ryu, llévame a casa de Jackson! ¡Me dijo que podía pasarme por ahí cualquier día, no voy a pedirle nunca más a Okinawa, llévame a casa de Jackson!

Okinawa se rió de nuevo, todo su cuerpo se estremecía.

—¡Sigue riéndote, yonqui de mierda! ¿Te das cuenta de que no eres más que una basura, con esa ropa zarrapastrosa, nada más que un paria? ¡Estoy harta de chupar tu pollita apestosa! Voy a vender mi bar, Ryu, y luego voy a venir aquí y comprar un coche, comprar caballo, y luego seré la chica de Jackson. O la de Saburo ¿por qué no? ¡Me compraré una camioneta, un minibús en el que pueda vivir, y haré fiestas todos los días! Oye, Ryu, ¿me lo buscarás al minibús?

Después, a Okinawa:

—Supongo que no sabes lo largas que tienen las pollas esos negros. Hasta cuando se chutan, siguen igual de largas, me atraviesan hasta el fondo. ¿Y tú, qué tienes tú, paria? No sabes el asco que me das.

Okinawa se levantó y encendió un cigarrillo. Sin mirar a ningún sitio en particular, expulsó el humo débilmente.

—Reiko, has de volver a Okinawa, iré contigo. Será lo mejor, que vuelvas a estudiar en el instituto de belleza, hablaré con tu madre. Este sitio no es bueno para ti.

—No me vengas con esas, Okinawa, anda y vete a dormir, y la próxima vez que vengas a llorar y a suplicarme, aunque te cortes las venas de las dos manos no pienso prestarte más dinero, así que *vuélvete tú* a Okinawa. Tú eres el que quieres volver ¿no?, pero aunque me lo pidas, no pienso darte dinero para el viaje. Aunque vengas llorando cuando estés con el mono, cuando vengas llorando suplicando... ¡No pienso darte un solo yen! ¡Tú eres el que has de volverte a tu Okinawa!

Okinawa se volvió a tumbar y murmuró:

—Vete al carajo... Oye, Ryu, toca la flauta.

Yoshiyama miraba la televisión en silencio.

Kei, con muestras todavía de dolor, se tomó una pastilla de Nibrole. Se oyó el sonido de un disparo de pistola, y la cabeza de Van Gogh, cayó sobre su pecho.

—Vaya, este cabrón sí que lo consiguió —murmuró Yoshiyama.

Había una polilla en la columna.

Al principio pensé que era una mancha, pero cuando me fijé, vi que cambiaba ligeramente de posición. Movi6 casi imperceptiblemente las alas cenicientas.

Despu6s de que todo el mundo se fuera, la habitaci6n parec6a m6s oscura de lo normal. No era que la luz se hubiera hecho m6s d6bil. Parec6a que me hubiese alejado enormemente de su foco.

Hab6a muchas cosas desparramadas por el suelo. Esa bola de pelo enrollado deb6a ser de Moko. La envoltura de un pastel que Lilly hab6a comprado, migas de pan, cortaduras de u6as rojas, negras y transparentes, p6talos de flores, kleenex sucios, ropa interior de mujer, sangre seca de Yoshiyama, medias, colillas aplastadas, cristales, trozos de papel de aluminio, un bote de mayonesa.

Fundas de discos, pel6cula, una caja de dulces en forma de estrella, un estuche de jeringuilla, un libro, una antolog6a de poes6a de Mallarm6 que Kazuo hab6a olvidado. En la contraportada del libro, aplast6 el vientre, estriado de blanco y negro, de la polilla. Me pareci6 o6r un grito muy d6bil, un sonido distinto al del l6quido que brot6 de su vientre despachurrado.



—Ryu, estás cansado, tienes los ojos nublados. ¿No deberías irte a casa a dormir un poco?

Después de matar la polilla, me había sentido extrañamente hambriento. Me había abalanzado sobre un resto de pollo asado que encontré en el refrigerador. Pero estaba completamente podrido; su sabor agrio se clavó en mi lengua y se extendió por toda mi cabeza. Cuando traté de echar fuera el pegajoso pedazo atascado en la garganta, un estremecimiento sacudió todo mi cuerpo. Fue intenso y repentino, como si me hubieran golpeado. Tenía la piel de gallina y, aunque me friccioné, no podía librarme del frío, y aunque hacía gárgaras una y otra vez, la agria acidez persistía en mi boca, con una sensación viscosa en las encías. Un trozo de piel de pollo quedaba cogido entre mis dientes, y mi lengua no tenía fuerzas para expulsarlo. Acabé por escupir el pedazo de pollo, húmedo de saliva, que quedó flotando remojado en el fregadero. Un pequeño cubo de patata bloqueaba el sumidero, y la grasa formaba círculos en la superficie del agua sucia. Cuando agarré la patata entre mis uñas y la saqué, trazando líneas de babaza, el agua comenzó a irse, el pedazo de pollo se movió en círculo hasta que se lo tragó el agujero.

—¿No deberías ir a tu casa a dormir un poco? ¿Se han ido ya todos esos locos?

Lilly estaba arreglando su cama. Podía ver sus nalgas palpitantes bajo el camisón transparente. La luz roja del techo hacía centellear la pulsera de su mano izquierda.

El pedazo de pollo se había quedado atascado de nuevo en el sumidero. Con un sonido de succión, se había quedado pegado a los cuatro pequeños agujeros de la rejilla. En el pegajoso pedazo, aunque había sido mordido por mis dientes y disuelto en parte por mi saliva, podía ver todavía claramente los agujeros de las plumas arrancadas y algunos erizamientos que parecían de plástico. Tenía las manos impregnadas de una sustancia grasienta y nauseabunda; a pesar de lavarlas y frotarlas, el hedor persistía.

Luego, salí de la cocina y entré en la habitación.

Cuando iba a coger un cigarrillo que había encima de la televisión, me invadió una indecible desazón. Era como si me hubiera abrazado una vieja leprosa.

—¿Se han ido ya todos esos gamberros? Ryu, te voy a preparar algo de café.

La mesa redonda y blanca, hecha por presos finlandeses, de la que Lilly estaba tan orgullosa, reflejaba la luz. Pude distinguir un leve barniz verdoso en ella. Apenas lo advertí, aquel verde particular se hizo cada vez más fuerte; recordaba aquella vibración de verde casi imperceptible que limita con el tembloroso anaranjado, derramado en el mar por el sol poniente.

—¿Por qué no tomas un poco de café? —dijo Lilly—. Te pondré también un poco de coñac, necesitas echarte un buen sueño. Me he sentido también muy rara desde la otra noche, no he ido a trabajar. Y he tenido que llevar el coche a arreglar, está todo rayado, ¿sabes?, pero la pintura está tan cara que no sé qué hacer. Pero me gustaría probarlo una

vez más ¿sabes, Ryu?

Lilly estaba de pie junto al sofá. Su voz sonaba apagada. Me sentía como si estuviese viendo una vieja película, como si Lilly estuviese muy lejos y me enviase su voz a través de un largo tubo. Sentí que la Lilly que estaba frente a mí era sólo una muñeca con su forma. Sólo movía la boca y una cinta grabada tiempo atrás sonaba con su voz.

El frío glacial que me había apresado en mi habitación, había resistido a todo. Me puse un jersey y cerré las puertas de la terraza y las cortinas, logré empezar a sudar, pero el frío seguía siempre ahí.

El sonido del viento, en la habitación enteramente cerrada, se oía más débilmente, no era más que una especie de suave zumbido en mis oídos. El hecho de no poder mirar al exterior me hacía sentir como atrapado.

Apenas había prestado atención, un poco antes, a lo que pasaba afuera, y sin embargo, como si hubiera estado observando la calle durante largo rato, de golpe, el borracho cruzando la calle, la chica pelirroja corriendo, el bote vacío arrojado desde un coche en marcha, los álamos agitándose sombríos, la masa del hospital por la noche y las estrellas, todo ello se puso a flotar delante de mis ojos, con una misteriosa nitidez. Y al mismo tiempo, bajo mi campana estanca y ciega, me sentí separado, excluido del mundo exterior. La habitación estaba llena de extrañas emanaciones; me resultaba difícil respirar. Flotaba una neblina de humo de mi cigarrillo, y de alguna parte, ignorada, venía un olor de mantequilla derritiéndose.

Al buscar el sitio de donde podría venir el olor, puse el pie sobre el insecto muerto: sus jugos y el polvo fino que recubría sus alas me mancharon los dedos de los pies, oí el aullido de un perro. Cuando puse la radio, sonaba la canción de Van Morrison *Domino*. Y cuando puse la televisión, salió de repente un primer plano de un hombre frenético con la cabeza afeitada gritando: «¿No os parece que es obvio?». La apagué, la pantalla se oscureció como si hubiera sido chupada y apareció mi propia cara distorsionada. Mi imagen en la oscura pantalla, moviendo los labios, diciéndose algo a sí misma.

—Ryu, estoy leyendo una novela donde hay un tipo igual que tú, exactamente igual que tú.

Lilly se sentó en una silla en la cocina, esperando que hirviera el agua en una cafetera de cristal transparente. Espantó con la mano a un pequeño insecto volador. Yo me hundí en el sofá en el que había estado el cuerpo de Lilly y me pasé la lengua por los labios una y otra vez.

—Bueno, este tío tiene algunas putas trabajando para él en Las Vegas y también organiza orgías para los ricos... ¿Igual que tú, no? Y también es muy joven; como tú, pensé. Tú tienes diecinueve, ¿no?

La superficie del cristal se empañó de blanco y empezó a elevarse vapor. La llama

temblorosa de la lámpara de alcohol se reflejaba en la ventana. La sombra gigante de Lilly se desplazaba por la pared. Otras sombras, pequeñas y densas —como las de la bombilla del techo— grandes y ligeras —como las de la lámpara de alcohol— se agitaban y se cabalgaban, dibujando movimientos complicados, como de cosas vivas, igual que amebas dividiéndose sin fin, multiplicándose.

—Ryu, ¿me estás escuchando?

—Uh-uh —respondí. Mi voz, como abrasada al pasar por mi lengua seca y febril, parecía salir de la boca de otra persona. Tuve la sensación inquietante de que ya no me pertenecía, me dio miedo de hablar. Jugando con un sombrero emplumado y entreabriendo de vez en cuando el camisón para rascarse un pecho, Lilly siguió:

—Y este tío, sabes, obliga a hacer de puta a la chica que era su mejor amiga en la escuela.

Okinawa, él último en irse, se había embutido sus malolientes ropas de trabajo y había cerrado la puerta sin decir adiós.

—Y el tío es un hijo bastardo de alguna puta, también, pero su padre era el príncipe heredero de algún pequeño país, es el niño abandonado por este príncipe que vino a Las Vegas de incógnito a divertirse un poco.

¿Qué es lo que estaba contando Lilly?

Mi visión no era normal. Lo veía todo extrañamente brumoso. Era como si el resto de leche pegado a la botella que había en la mesa, junto a Lilly, se extendiera por toda la casa. Parecía incluso pegarse a Lilly mientras se inclinaba. Como eflorescencias que nacieran no en la superficie, sino en carne viva, después de haber despojado de su piel a Lilly.

Me acordé de un amigo que había muerto por culpa del hígado, y de lo que siempre decía: «Sí, decía, quizás sea sólo una idea mía, pero creo que realmente duele siempre, sabes, las veces que no duele es porque te olvidas, simplemente te olvidas de que duele, sabes, y no es que me ocurra sólo a mí porque esté podrido, todo el mundo siente dolor. Así que cuando realmente me empieza a atacar, de alguna forma me siento calmado, porque soy yo otra vez. Es difícil de aceptar, claro, pero en cierta forma me siento calmado. Porque siempre he sentido el dolor desde que nací»...

—Luego el tío se va al desierto, al amanecer, volando con su coche se mete en el desierto de Nevada.

Lilly echó cucharadas de polvo negro, de un bote marrón, en la esfera de cristal donde el agua está hirviendo. El aroma llegó flotando hacia mí. La noche en que Jackson y Ludiana me violaron, había tenido la impresión de ser realmente como una muñeca amarilla. ¿Cómo había sucedido?

Ahora, inclinada, con su pelo rojizo cayéndole por la espalda, era Lilly quien parecía una muñeca. Una vieja muñeca mecánica, con olor a mohó, una de esas muñecas que repiten eternamente las mismas palabras cuando tiras de un bramante, y cuyos ojos se iluminan cuando habla, gracias a las pequeñas pilas plateadas que se descubren al desatornillar una plaquita sobre su pecho. Una muñeca cuyos mechones de pelo rojizo han sido implantados uno por uno. Una muñeca a la que si echas leche por su boca, el fluido pegajoso saldrá por un agujero de su culo. Incluso si la golpeas contra el suelo, mientras no se rompa la cinta grabada, la muñeca seguirá hablando. Ryu, buenos días, yo soy Lilly. Ryu ¿cómo estás? Yo soy Lilly, buenos días. Ryu ¿cómo estás? Yo soy Lilly, buenos días...

—Y el tío, en el desierto de Nevada, ve dónde tienen guardadas las bombas «H», sabes, bombas H tan grandes como edificios, alineadas en una base al amanecer.

En mi habitación, el frío, lentamente, se había ido haciendo más intenso. Me había puesto más ropa, me había envuelto entre las colchas, bebí whisky. Abrí y luego cerré la puerta, intenté dormir. Al no conseguirlo, tomé café fuerte, hice algunos ejercicios gimnásticos, me fumé no sé cuántos cigarrillos. Leí un libro, apagué todas las luces y las volví a encender. Abrí los ojos y contemplé durante largo rato las manchas del techo, luego cerré los ojos y las conté. Recordé los argumentos de películas que había visto hacía mucho tiempo, y el diente que le faltaba a Macho, la polla de Jackson, los ojos de Okinawa, el culo de Moko, el vello púbico de Ludiana.

Al otro lado de las puertas cerradas de la terraza, pasaban algunos borrachos, cantando a gritos una vieja melodía. Parecía un coro de cautivos encadenados, o una canción de guerra cantada por soldados japoneses, demasiado malheridos para seguir luchando, antes de arrojarse por un acantilado, con las caras llenas de vendajes, mirando al mar, con heridas abiertas supurando pus y pululantes de gusanos en sus cuerpos casi esqueléticos, a ojos ciegos inclinándose hacia Oriente, para una última salutación a su emperador... así sonaba su triste canción.

Esta canción siniestra, unida a mi imagen distorsionada que reflejaba oscuramente en el televisor, me daba la sensación de sumergirme en un sueño profundo del que no podía salir a pesar de todos mis esfuerzos. Mi reflejo en el televisor se superponía a los soldados japoneses que desfilaban bajo mis párpados. Y los puntos negros que componían las imágenes superpuestas y se aglutinaban para que emergieran de la nada y darles existencia y densidad, estos puntos negros se agitaban en mi cabeza como enjambres, como las innumerables orugas que pululan sobre los melocotoneros. De toda esta miríada negra, cabalgándose y atrepellándose, hacía una forma informe e inquietante, y me di cuenta, de súbito, que mi cuerpo estaba cubierto de piel de gallina. En la oscura pantalla, mis ojos turbios se reblandecieron como metal a punto de derretirse, y en voz baja le dije a aquel yo al borde de la licuefacción: «¿Quién eres tú? ¿De qué estás hecho?».

—Estos misiles, eh, sabes, estos misiles intercontinentales, estaban todos alineados en el enorme y vacío desierto de Nevada. Un desierto en el que las gentes parecen insectos. Estos misiles estaban allí plantados, misiles altos como casas.

El interior de la esfera de cristal seguía hirviendo. El líquido negro burbujeaba. Lilly mató de una palmada a un insecto volador. Se limpió los restos del insecto, que se había convertido en una mínima línea oscura en la palma de su mano, y lo echó en el cenicero. El humo púrpura se mezcló con el vapor que salía de la cafetera. Los finos dedos de Lilly sostenían un cigarrillo; tapó la lámpara de alcohol para apagarla. La sombra gigante de la pared se extendió por un momento por toda la habitación y luego se reabsorbió y desapareció como un globo pinchado con un alfiler. Las sombras más pequeñas y densas proyectadas por la bombilla del techo se la tragaron.

Lilly me tendió una taza de café.

Cuando miré dentro, vi mi reflejo temblando en la superficie.

—Y entonces este tío empieza a gritar a los misiles desde lo alto de una colina. Le han ocurrido tantas cosas y él no comprende por qué ni cómo. No comprende qué ha estado haciendo hasta ese momento, ni quién era realmente, ni qué va a hacer a partir de ese momento, y no tiene a nadie con quien hablar, y se siente rabioso y solo. Así que se vuelve hacia los misiles y grita, en el interior de su cabeza: «¡Explotad! ¡Y que todo explote! ¡Quiero ver como todo explota!».

Noté algo creciendo en la superficie del café. Cuando yo estaba en el colegio, a mi abuela la habían llevado al hospital con cáncer.

El analgésico que el doctor le daba le había producido una alergia, se le llenó todo el cuerpo de sarpullido, y el sarpullido le deformó la cara. Cuando fui a verla me dijo, rascándose las costras: «Pequeño Ryu, tu abuelita se va a morir, tengo esta cosa que me va a llevar al otro mundo, tu abuelita se va a morir». Lo que flotaba en la superficie del café era exactamente igual que aquel sarpullido.

A instancias de Lilly lo bebí. Cuando el líquido caliente entró en mi garganta, sentí que el frío de mi interior se mezclaba a este sarpullido que flotaba en la superficie de las cosas.

—Ryu, se parece mucho a ti, lo pensé desde un principio, desde que lo empecé a leer, me pareció igual que tú.

Lilly hablaba sentada en el sofá. Una de sus piernas hacía una extraña curva para ser tragada por una pantufla roja.

Una vez que había comido ácido en un parque, me había sentido igual. Podía ver los árboles escalar el cielo nocturno y una ciudad extranjera se extendía entre ellos; me dirigí hacia allí. En aquella ciudad de ensueño nadie se cruzó en mi camino, las puertas estaban cerradas; caminé en solitario. Cuando llegué a las afueras de la ciudad, un hombre extenuado me paró y me dijo que no continuara más lejos. Cuando seguí avanzando, a pesar de ello, mi cuerpo empezó a enfriarse y pensé que estaba muerto. Con la cara empalidecida, mi ser muerto se sentó en un banco y se volvió hacia mi ser real, que estaba

contemplando esta alucinación en la pantalla de la noche. Mi ser muerto se acercó más, como si quisiera estrechar la mano de mi ser real. Fue entonces cuando me invadió el pánico y traté de correr. Pero mi ser muerto me persiguió hasta lograr al final capturarme, entrando en mi ser real y posesionándose de él.

Sentía ahora aquella misma sensación. Como si se me hubiera abierto un hueco en la cabeza, por el que se escaparan mi conciencia y mi memoria, reemplazada de inmediato por un gran sarpullido y por un frío que evocaba a pollo asado podrido.

Pero aquella vez, temblando en el húmedo banco, me había dicho a mí mismo: «Eh, mira bien. ¿No está el mundo todavía bajo tus pies? Estoy pisando este suelo, y en este mismo suelo hay árboles, hierba y hormigas arrastrando arena a su hormiguero, niñas jugando con pelotas y perritos corriendo. Este suelo pasa bajo innumerables casas y montañas y ríos y mares, por debajo de todo. Y tú estás sobre él. No te asustes, me dije, el mundo está todavía debajo tuyo».

—Pensé en ti, Ryu, mientras leía la novela. Me preguntaba qué harías a partir de ahora. No sé lo que hará este tío, todavía no he acabado la novela.

Cuando era niño, cuando, corriendo, tropezaba y me caía, y la piel levantada me producía un dolor agudo, me gustaba que me la pintaran luego con una tintura que emanaba un fuerte olor y me escocía. En la herida ensangrentada siempre quedaba algo pegado: tierra, barro, restos de hierba, insectos aplastados, y me gustaba el dolor de la medicina que penetraba en la herida haciendo burbujitas. Acabado el juego, a la caída del sol soplabla en mi herida y sentía una agradable sensación de paz, como si me fundiera con el paisaje crepuscular. Al revés de las sensaciones que se tiene con la heroína o el disolverse en los juegos amorosos de una mujer, el dolor me singularizaba, el dolor me daba la impresión de estar rodeado por un aura brillante. Y pensaba que esta aura, este yo refulgente, combinaba admirablemente con la hermosa luz anaranjada del ocaso. En mi habitación, mientras recordaba esto, seguía intentando luchar contra el frío insoportable que me invadía, me había puesto en la boca el ala de la polilla muerta que había sobre la alfombra. La polilla estaba rígida, el líquido verdoso que había salido de su vientre se había coagulado ligeramente. El polvo dorado de sus alas brillaba en la punta de mi dedo, las minúsculas esferas negras de ojos, expulsadas de la cabeza, seguían aún unidas a ella por una especie de filamentos. Cuando puse sobre mi lengua el ala que había arrancado, la fina pelusa que la recubría me raspó en las papilas.

—¿Está bueno el café? Di algo, Ryu. ¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando?

El cuerpo de Lilly, hecho de metal. Si se le quitara la blanca piel, aparecería una aleación centelleante.

—Sí, ejem, está bueno, Lilly, muy bueno —contesté.

Mi mano izquierda temblaba. Aspiré una profunda bocanada de aire. En la pared había un poster de una niña que se había cortado el pie con un cristal mientras saltaba a la

comba en un solar vacío. En la habitación reinaba un extraño olor. Dejé caer la taza de líquido negro e hirviente.

—¿Qué haces, Ryu? ¿Qué es lo que te pasa?

Lilly se acercó con un trapo blanco. La taza blanca se había roto, y la alfombra absorbió el líquido. Se elevó un poco de humo. Entre los dedos de mis pies, el líquido parecía caliente y pegajoso.

—¿Estás temblando? ¿Por qué? ¿Qué es lo que te ocurre?

Toqué el cuerpo de Lilly. Parecía duro y áspero como pan viejo. Su mano estaba en mi rodilla.

—Vete a lavar los pies, la ducha todavía funciona, ve a lavártelos, deprisa.

Lilly tenía la cara torcida. Se inclinó a recoger los pedazos de la taza, los puso sobre la cara de una sonriente chica extranjera, en la portada de una revista. Quedaba algo de café en uno de los pedazos, lo escurrió en un cenicero. Una colilla, aún encendida, chisporroteó al caerle encima el líquido.

Lilly vio que me había levantado. Su cara relucía con la crema de belleza.

—En seguida me di cuenta que estabas raro —dijo—. ¿Con qué te has drogado? Bueno, no quiero saberlo, ve a lavarte los pies, no quiero que sigas manchando mi alfombra.

Comencé a andar desde el sofá. La frente me hervía, tuve vértigo, toda la habitación daba vueltas a mi alrededor.

—Ve a lavarte, rápido. ¿Qué estás mirando? Ve a lavarte.

Las cortinas de la ducha estaban frías y me recordó a una cabina de ejecución americana, con su silla eléctrica, que había visto alguna vez en una foto. Había ropa interior con manchas de sangre en la lavadora, una araña corría por la pared amarilla fabricando su tela. Sin hacer ruido, dejé caer el agua por las plantas de mis pies. La rejilla del desagüe estaba atascada por un pedazo de papel.

Al llegar allí, desde mi casa, había atravesado el jardín del hospital, que tenía las luces apagadas; yo apretaba todavía en mi mano el cadáver de la polilla, y al pasar la había tirado entre los arbustos. El sol de la mañana secaría el líquido verde, y quizás unos cuantos insectos hambrientos darían buena cuenta de él, pensé.

—¿Qué estás haciendo? Oye, Ryu, vete a casa, no puedo contigo.

Lilly me miró. Apoyada en la puerta, arrojó el trapo blanco que llevaba en la mano

al cesto de la ropa. Tenía manchas de café. Como un recién nacido abriendo sus ojos por vez primera, observé a Lilly en su blanco y luminoso camión. ¿Qué es esta cosa difuminada e hilachosa? ¿Qué son esos globos, giratorios y brillantes, que hay debajo de ella?, ¿y, más abajo, esta prominencia con dos agujeros debajo de todo esto, qué es ese hueco negro rodeado por esos dos blandos ribetes de carne? ¿Y los huesecillos blancos, ahí dentro? ¿Y esto, ese delgado pedazo de carne roja y húmeda?

Allí estaba el sofá, tapizado de flores rojas, las paredes grises, los cepillos del pelo en los que estaban atrapados cabellos rojizos, la alfombra rosa, techo de color crema todo manchado y del que cuelgan flores artificiales, el cordón de tísú alrededor de un cable eléctrico que cae del techo, el resplandor de la bombilla que se bambolea al final de ese cordón, y algo así como una torre de cristal dentro de la bombilla. La torre giraba y giraba a tremenda velocidad, mis ojos me dolían como si se abrasasen, cuando los cerraba veía decenas de caras como descuartizados por una risa burlona; apenas podía respirar:

—¿Oye, qué te ocurre, por qué estás tan nervioso, es que te estás volviendo loco?

El reflejo rojizo de la bombilla acarició la cara de Lilly. El reflejo se extendía y ondulaba como cristal fundido, luego se rompía y desmenuzaba en multitud de puntitos, inundando todo mi campo de visión. Con la cara moteada de puntos rojos, Lilly se me acercó hasta tocar mi mejilla.

—Di, ¿por qué tiembles? ¡Di algo, responde!

Recordé la cara de un hombre, también tenía puntos rojos. Era la cara de un médico americano que había alquilado la casa de mi tía en el campo.

—Ryu, tienes la carne de gallina, ¿te pasa algo, seguro! Di algo, estoy asustada.

Cuando iba yo a cobrar el alquiler para mi tía, el médico me dejaba siempre ver el coño peludo de una flaca japonesa con cara de mono que vivía con él.

—Estoy bien, Lilly, sí, estoy bien, no es nada. Sólo que no consigo calmarme todavía, siempre me pasa lo mismo después de una fiesta.

En la habitación del médico, en aquella habitación decorada con lanzas de Nueva Guinea, con las puntas envenenadas, me enseñaba el coño de aquella mujer, muy maquillada, con sus piernas levantadas en el aire.

—¿Estás pirado, no? ¿Es eso?

Sentí como si fuera aspirado por los ojos de Lilly, como si me estuviera tragando.

Una vez, el médico había abierto la boca de la mujer para que yo la viera. «Se le han disuelto los dientes», me dijo en japonés, y luego se rió.



Lilly sacó algo de coñac.

—No estás bien. ¿Quieres que te lleve al hospital?

La mujer, con la boca abierta semejante a un hoyo, pegó un chillido.

—Lilly, no sé lo que me pasa, quizás si tuvieses algo de Philopon me podrías chutar, necesito calmarme.

Lilly intentó que bebiera un poco de coñac. Mordí muy fuerte el mojado borde de la copa, y, a través de esta transparencia húmeda, vi la luz del techo. Con este amasijo de manchas, mi mareo empeoró y sentí náuseas.

—Ya no queda nada, Ryu. La última vez, después de la mescalina, me lo chuté todo.

El médico le metió a la mujer varias cosas por el culo, en mi presencia. La mujer frotaba sus labios pintados con las sábanas, gimiendo, me miró, se volvió hacia el médico, que bebía whisky y se reía como un loco, y le chilló con voz ceceante:

—Dámmeme, damme mázz.

Lilly me obligó a sentar en el sofá.

—Lilly, de verdad que no he tomado nada, es diferente que la primera vez, es completamente distinto a lo de aquella vez con el jet. Aquella vez, sabes, había aspirado mucho keroseno, estaba muy asustado, también, pero esta vez es diferente, estoy vacío, no hay nada. Mi cabeza está tan caliente que no lo puedo soportar, pero estoy frío, no puedo liberarme del frío. Y no consigo hacer lo que quiero, me resulta extraño incluso el verme hablar, es como si estuviera hablando en un sueño.

»Como si estuviera hablando en una pesadilla de la que no pudiera escapar, siento miedo. Y aunque esté hablando de esto, estoy pensando en otra cosa enteramente distinta, sobre una idiota mujer japonesa, no tú, Lilly, sino otra. He tenido a esa mujer y a un médico del ejército americano en mi mente todo el rato.

»Sin embargo, sé muy bien que no estoy soñando. Sé que mis ojos están abiertos y que estoy aquí, por eso estoy asustado. Estoy tan asustado que tengo ganas de morirme, de que me mates. Te lo juro, quiero que me mates, me asusto sólo de estar aquí, sin moverme.

Con el borde del vaso, Lilly me obligó a aflojar los dientes para que bebiera coñac. La quemazón del alcohol me desplazó la lengua y pudo infiltrarse por mi garganta. El zumbido de mis oídos me hacía sentir como con la cabeza llena de abejas. Las venas de las palmas de mis manos se hincharon como si fueran a explotar, su color era gris, de un gris que palpitaban al ritmo del pulso. El sudor me corrió helado por el cuello, y Lilly me lo secó.

—Sólo estás cansado, estarás bien después de una noche de descanso.

—Lilly, quizás debería volver, sí, debo volver. No sé adónde pero quiero volver allí, me he debido perder. Quiero ir a algún lugar más fresco, allí estaba antes, quiero volver. ¿Lo entiendes, Lilly? Un lugar bajo grandes árboles que huelen muy bien. ¿Dónde estoy ahora? ¿Dónde estoy?

Mi garganta parecía estar lo bastante seca como para arder en llamas. Lilly meneó la cabeza, se bebió el coñac que quedaba y murmuró:

—Este rollo no tiene gracia.

Me acordé de aquel tipo, Ojos Verdes. «¿Has visto al pájaro negro? Tú serás capaz de ver al pájaro negro», me había dicho.

Fuera de la habitación, al otro lado de la ventana, un gran pájaro negro podía estar volando. Un pájaro tan grande y negro como la noche misma, un pájaro negro danzando en el aire igual que los pájaros grises que siempre veía picoteando migajas, pero como era tan grande, lo único que podía ver era el agujero de su pico, como, una caverna llena de noche más allá de la ventana, supuse que nunca podría verlo entero. La polilla que había matado había muerto sin poderme ver entero.

Sí, simplemente, una especie de cosa enorme había aplastado aquel blando vientre lleno de fluidos verdes, y la polilla había muerto sin saber que aquello sólo era una parte de mí. Ahora yo era igual que la polilla, a punto de ser aplastado por el pájaro negro. Supuse que Ojos Verdes había venido a avisarme, había tratado de decírmelo.

—¿Lilly, puedes ver el pájaro? ¿Ahora hay un pájaro volando afuera, no? ¿No lo ves? Yo sé que la polilla no lo sabía, pero yo lo sé. El pájaro, el gran pájaro negro, Lilly, ¿lo entiendes?

—¡Ryu, te estás volviendo loco! ¡Contrólate un poco! ¿No lo entiendes? ¡Te estás volviendo loco!

—Lilly, no te burles, yo lo sé. Nadie me va a engañar nunca más. Lo sé, sé dónde estoy. Éste es el lugar más cercano al pájaro, tengo que poder verlo desde aquí... Lo sé, lo he sabido durante mucho tiempo, finalmente he comprendido. El pájaro está volando como debe, mira, está allí volando, más allá de la ventana, el pájaro que destruyó mi ciudad.

Llorando, Lilly me dio una bofetada.

—Ryu, te estás volviendo loco. ¿No lo entiendes?

Supuse que Lilly no podía ver el pájaro, abrió la ventana. Sollozando, la dejó abierta por completo, la ciudad nocturna se extendió ante nosotros.

—Dime dónde está volando tu pájaro, mira bien. ¡No hay ningún pájaro!

Estrellé la copa de coñac contra el suelo. Lilly lanzó un grito. El cristal estalló volando en piezas. Los fragmentos brillaron en el suelo.

—Lilly, ése es el pájaro, mira bien, esa ciudad es el pájaro, no es una ciudad ni nada por el estilo, no hay gente ni cosa que viva allí. Es el pájaro ¿no lo ves? ¿De verdad que no lo ves? Cuando ese tío les gritó a los misiles que explotaran en el desierto, estaba tratando de matar al pájaro. Tenemos que matar al pájaro, si no lo matamos no sé que será de mí. El pájaro se interpone en mi camino, está ocultando lo que yo quiero ver. Mataré al pájaro, Lilly, si no lo mato, me matará a mí. Lilly, dónde estás, ven y ayúdame a matar al pájaro, Lilly, no puedo ver, Lilly, no veo nada.

Rodé por el suelo. Oí como Lilly salía corriendo. Luego el ruido de un coche arrancando.

La bombilla giró locamente. El pájaro estaba volando fuera. Lilly se había ido, el gran pájaro negro estaba acercándose. Recogí un pedazo de cristal de la alfombra, lo apreté firmemente con la mano y me lo clavé en mi brazo tembloroso.

El cielo estaba lleno de nubes que me envolvían, con el dormido hospital, como un suave ropaje blanquecino. Una ráfaga de viento refrescó mis mejillas, todavía ardientes, se oía el sonido de las hojas de los árboles, frotándose. El viento arrastraba humedad, traía el olor de las plantas que respiraban dulcemente en la noche. En el hospital había las luces rojas de emergencia en la entrada y en el vestíbulo, el resto estaba sumido en la oscuridad. Innumerables ventanas, delimitadas por estrechos marcos de aluminio, reflejaban el cielo, aguardando el amanecer.

Miraba la línea púrpura que ribeteaba el horizonte, parecía una grieta en las nubes.

De vez en cuando, las luces de un coche iluminaban los arbustos, con formas como de gorro de niño. La polilla que había arrojado no había llegado hasta allí, yacía sobre el suelo, entre la gravilla y las briznas de hierba seca. La recogí. El rocío de la mañana había empapado la pelusa que la recubre. Parecía bañada de sudor frío, sudor de muerte.

Momentos antes, cuando había salido corriendo del apartamento de Lilly, había sentido mi brazo izquierdo ensangrentado como la única parte con vida de mi ser. Metí el pequeño fragmento de cristal, manchado de sangre, en mi bolsillo y salí corriendo por la carretera neblinosa. Las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, nada se movía. Pensé que me había tragado un enorme monstruo, y yo estaba dando vueltas y más vueltas en su vientre, como el héroe de un cuento para niños.

No sé cuántas veces me caí, el pedazo de vaso que llevaba en el bolsillo se rompió en mil trocitos.

Al cruzar un espacio vacío, caí sobre la hierba. Me di de bruces con las húmedas hojas de hierba. Su sabor amargo me picó la lengua y un escarabajo que descansaba allí acabó en mi boca.

El bicho luchó por escapar, con sus ásperas patitas.

Lo busqué con el dedo dentro y el bicho, con un extraño dibujo en el lomo, salió arrastrándose, mojado con mi saliva. Resbalando con sus patas húmedas, volvió a la hierba. Mientras sentía los lugares en los que el bicho me había arañado la lengua, él rocío de la hierba enfrió mi cuerpo. El olor de la hierba me envolvió completamente, y noté que la fiebre que me había invadido iba escapando lentamente hacia la tierra.

Acostado en la hierba, pensaba que, desde siempre, vivía encantado con cosas que no entendía. E incluso ahora, incluso en el jardín de este agradable hospital nocturno, todo seguía igual. El gran pájaro negro continuaba volando también ahora, y yo, al igual que la hierba amarga y el bicho redondo, estaba metido en su vientre.

Aunque mi cuerpo se secara como las polillas que se quedan como piedras, no podría escapar del pájaro.

Saqué de mi bolsillo un fragmento de cristal del tamaño aproximado de una uña y

limpié la sangre que tenía pegada. Su suave concavidad reflejó el cielo luminoso que empezaba a surgir de la noche. Bajo el cielo se extendía el hospital y, más lejos aún, la calle bordeada de árboles y la ciudad.

El recorte de esta sombra de ciudad reflejada tomaba una curva de una extrema delicadeza —el mismo género de curva que la del relámpago que me había iluminado, aquella noche que casi mato a Lilly en la pista del reactor, bajo la lluvia— aquel delgado arabesco blanco que me había quemado los ojos por un instante, el tiempo de un relámpago. Como el neblinoso y oleado horizonte del mar, como el blanco brazo de una mujer —la dulzura misma.

Todo el tiempo, desde una eternidad, había estado rodeado por esta curva blanquecina.

El fragmento de cristal, aún manchado de sangre en el borde, bañado por el aire del amanecer, era casi transparente.

Era de un azul inerme, casi transparente, sí.

Me levanté, y mientras me dirigía a mi apartamento, pensé: «Quiero ser como este cristal, para reflejar a mi vez la dulzura de esta curva blanca. Quiero mostrar a los otros su apacible esplendor, reflejado en mí».

El borde del cielo se empañó de luz, y el fragmento de cristal perdió de pronto su limpidez. A los primeros cantos de los pájaros, nada se reflejaba en el cristal, absolutamente nada.

El ananás que había tirado la víspera seguía allí, junto al álamo, frente a mi apartamento. Su húmedo borde seguía desprendiendo el mismo olor nauseabundo.

Me agaché en la hierba para esperar a los pájaros.

Cuando los pájaros bajen a posarse y la luz y el calor del día lleguen aquí, imagino que mi larga sombra se extenderá por encima de los pájaros grises y el ananás, y lo cubrirá todo.

## *Carta para Lilly*

*¿Lilly, dónde estás en estos momentos? Hace quizás unos cuatro años de esto, intenté ir a tu casa, una vez más, y ya no estabas. Si lees este libro, escíbeme.*

*Recibí una carta de Augusta, que volvió a Louisiana. Me cuenta que conduce un taxi y que te saludara. Igual te has casado con ese pintor mestizo, pero no me importa, aunque estés casada, creo que me gustaría verte al menos una vez más. Sólo una vez más, para cantar de nuevo los dos juntos «Che sera sera».*

*Y porque haya escrito este libro, no creas que he cambiado. Sigo siendo igual que entonces, de veras.*



RYU MURAKAMI. Nació en Nagasaki en 1952 y durante dieciocho años vivió a la sombra de la base naval americana de Sasebo. De joven tomó parte activa en las manifestaciones contra la presencia militar norteamericana. Ha sido batería de un grupo de rock y ha dirigido varias películas, entre ellas el largometraje de culto *Tokyo Decadence*. Es autor de más de treinta novelas y ha publicado numerosos artículos sobre la crisis económica de Japón. Su primera novela, *Azul casi transparente* (1976), ganó el Premio Gunzo de Nuevos Talentos y el Akutagawa, y superó el millón de ejemplares vendidos. Cinco de sus novelas están traducidas en Occidente con una acogida crítica excelente, especialmente en Estados Unidos y Gran Bretaña. *Sopa de miso* obtuvo el Yomiuri Literary Award en 1998, concedido por un jurado que presidió el Premio Nobel de Literatura Kenzaburo Oé.

## Notas

<sup>[1]</sup> Avenida a la que los japoneses denominan los Campos Elíseos de Tokio. <<